

# Sacerdos

Revista de comunión sacerdotal,  
caridad pastoral y formación  
permanente.

## El perfil actual del confesor: actitudes esenciales

† Mons. José Rafael Palma

La pastoral juvenil y vocacional  
en la XV Asamblea Ordinaria del  
Sínodo de los Obispos

† Mons. Jorge Cuapio Bautista

• ENERO, FEBRERO, MARZO | 2019

#132

www.centrologos.org





**P. Alfonso López Muñoz, L.C.**  
Director Editorial Revista  
SACERDOS

### ***Estimados en El Señor, hermanos sacerdotes:***

Con gusto les presentamos este presente número de nuestra revista Sacerdos, esperando les sea de utilidad. Como de costumbre les ofrecemos artículos en las diversas dimensiones de la formación integral del presbítero:

En la dimensión humana se nos invita a cuidar de nuestra salud integral, a nuestro "bienestar integral", que, como bien sabemos, es mucho más que el simple "bien – estar", pues responde más bien a nuestro "ser integral" como personas, como cristianos y como sacerdotes. En definitiva, se trata de entender que: "cuidar de ti mismo como sacerdote, es cuidar de tus feligreses".

En lo que dice a la dimensión espiritual, se presentan varios artículos que abordan diversos temas dentro de ese ámbito, como son el "centro y culmen de toda la vida cristiana", es decir "La Eucaristía", el cual se presenta aquí en cuanto "misterio de amor que produce amor". También se invita a la reflexión sobre la importancia del acompañamiento espiritual en la vida del presbítero, el cual es de verdad una "luz permanente" para la vida del sacerdote. De hecho, éste es necesario para la búsqueda, el conocimiento y el cumplimiento de la Voluntad de Dios en nuestra vida; de hecho, "La Voluntad de Dios y el discernimiento de la misma" en específico es el tema afrontado por otro de los artículos incluidos en este número. El mejor ejemplo y la motivación más profunda y sobrenatural para tal seguimiento de lo que Dios nos pide en nuestra vida sacerdotal lo encontramos en el mismo Cristo, quien afronta su pasión para librarnos del pecado y de la muerte, que es precisamente el tema que desarrolla otro escrito sobre "La pasión de Cristo para nuestra liberación". Finalmente, en este ámbito nos permitimos publicar una conferencia que nos habla de la advocación de "María, Rosa Mística" como "Madre de los sacerdotes", según se ha adoptado tal advocación como tal en algunos santuarios marianos, en concreto en uno de ellos en Italia.

En lo tocante a la dimensión netamente intelectual, ofrecemos un artículo sobre "La ideología del gender", tal y como fue "denunciada en su esencia por el Papa Emérito Benedicto XVI" en tres de sus saludos de felicitación navideña a la Curia Romana. En esta ocasión el comentario atañe al primer de éstos, del año 2008, en donde también indica "el deber de la Iglesia" ante tal ideología; en las próximas ediciones de la revista se presentarán comentarios a los otros dos discursos que afrontan dicho tema tan actual y tan grave de cara al sano autoconocimiento del hombre, de su identidad y de su plena realización como tal en sociedad. La reflexión sobre esto nos puede ayudar a tomar consciencia de los retos que dicho fenómeno ideológico

## EDITORIAL

representa para la humanidad, y muy en concreto para la Iglesia, la cual, según lo que dice el mismo Benedicto XVI, tiene la obligación de denunciar no sólo ad intra sino públicamente

Respecto al campo pastoral, presentamos varios artículos que nos pueden ayudar a mejorar tanto personalmente, como es uno en el que se nos habla sobre "El perfil actual del confesor", en el cual se subraya de manera especial las "actitudes esenciales" con las cuales hemos de ofrecer y ofrecernos en tan sacro y delicado deber como ministros de la reconciliación de las almas con Dios Nuestro Señor; o bien otro que aborda los "Aspectos pastorales y espirituales del exorcismo" desde el enfoque concreto del "discernimiento de los espíritus". Así mismo, incluimos un reporte que nos habla, en esencia, sobre aquello a lo que nos invita en el campo de "La pastoral juvenil y vocacional" el reciente sínodo o "XV Asamblea Ordinaria de los Obispos". Por otra parte, publicamos una entrega más en el campo de la predicación sagrada; en esta ocasión la temática trata de "Los tipos de predicación".

Como casos de vida o experiencias sacerdotales, nos permitimos participar aquí de algunos testimonios de sacerdotes "sobre la vivencia de los ejercicios espirituales en silencio" que ofrece nuestro Centro Sacerdotal Logos, pues creemos que sólo un ambiente de profundo silencio y reflexión puede coadyuvar a la verdadera renovación de la vida sacerdotal y a de verdad renovarse tanto en la vida interior como el deseo de entrega apostólica a las almas encomendadas. Aprovecho para hacer una atenta invitación a todos nuestros hermanos sacerdotes que deseen y necesiten hacer dicha experiencia.

Finalmente, como tema de actualidad presentamos un artículo que cuestiona el hecho de que hoy día se presente el nefasto crimen del aborto como un logro de la sociedad moderna, cuyo título es: "El aborto: ¿un progreso moderno?".

Me despido de ustedes no sin desearles una muy Feliz Navidad y Año Nuevo 2018 lleno de bendiciones y de gracias especiales de Dios para su vida sacerdotal y ministerio.

Suyo en Cristo y Su Iglesia,

P. Alfonso López Muñoz, L.C.  
**CENTRO SACERDOTAL LOGOS**

# ÍNDICE



## DIMENSIÓN HUMANA

- "Cuidar de ti mismo como sacerdote es cuidar a tus feligreses": el bienestar integral del sacerdote.** 7  
P. Marcelino Monroy



## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

- La Eucaristía: misterio de amor que produce amor** 10  
P. Adrián Lozano Guajardo

- Acompañamiento espiritual: Luz permanente para la vida sacerdotal** 14  
P. Roberto González, L.C.

- Voluntad de Dios, conformidad y discernimiento** 21  
P. Alberto Mestre, L.C.

- La pasión de Cristo para nuestra liberación** 34  
P. Ignacio Andereggen

- Conferencia sobre María, Rosa Mística, Madre de los sacerdotes** 50  
P. Pedro Barraón, L.C.



## DIMENSIÓN INTELECTUAL

- "La ideología del "gender" denunciada en su esencia por Benedicto XVI, y el deber de la Iglesia ante la misma"** 59  
P. Alfonso López Muñoz, L.C.



## DIMENSIÓN PASTORAL

- El perfil actual del confesor: actitudes esenciales** 64  
† Mons. José Rafael Palma

*\*Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*

# ÍNDICE

**Aspectos pastorales y espirituales del exorcismo: el discernimiento de espíritus** 70  
P. Francois Dermine, O.P.

**La pastoral juvenil y vocacional en la XV Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos** 80  
† Mons. Jorge Cuapio Bautista

**Tipos de predicación** 83  
P. Antonio Rivero, L.C.



## TESTIMONIO

**La vivencia de ejercicios espirituales en silencio** 90  
Varios



## ACTUALIDAD

**El aborto, ¿Un progreso moderno?** 94  
H. Ismael González, L.C.

**Director responsable:** P. Alfonso López Muñoz, L.C.

**Consejo editorial:** †S.E. Mons. Rogelio Cabrera López./ Arzobispo de Mty. / Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano, †S.E. Mons. Jaime Calderón Calderón / Obispo de Tapachula/ Presidente Vocaciones y Ministerios de la Conferencia del Episcopado Mexicano, †S.E. Mons. José Rafael Palma Capetillo/ Obispo Auxiliar de Xalapa, P. Carlos Enrique Samaniego, P. Ignacio Andereggen, P. Salvador Valadez Fuentes, P. Jaime Rivas, P. Octavio Pérez Ramírez, P. Eduardo Muñoz, P. Marcelino Monroy, P. Javier Jaramillo, P. Eduardo Godínez, PP. Fernando Pascual, Antonio Rivero y Alex Yeoung, LL.CC.

**Coordinación gráfica:** Lic. Hugo Toro Monjaraz

**Coordinación Editorial:** En Sacerdos velamos porque todo cuanto se escribe en nuestra revista refleje en todo momento la doctrina de la Iglesia Católica sobre cada uno de los temas tratados; sin embargo, la responsabilidad del pensamiento y de las ideas en concreto de cada artículo competen a su respectivo autor.

*\*Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*



Pedro ¿me  
amas?  
¡Señor, tú  
sabes que te  
amo!

## Ejercicios espirituales

IMPARTIDO POR  
P. Roberto González L.C.



**De lunes 13 al viernes 17 de Mayo de 2019.**

**Centro de Retiro Santa María de la Cascada  
de Amecameca**

**Costo:** \$3,300.00 en habitación individual

**Registro:** 13:00 hrs del lunes

*Llevar Estola, alba, liturgia de las horas y biblia.*

*Los ejercicios concluyen hasta después de la  
comida del viernes.*

Contacto:

**Gabriela Sordo**

Asistente General y Coordinadora de Programas Nacionales Centro Sacerdotal Logos

Tel: (55)55.20.54.11 (55)55.20.55.85 Cel: (55)17.29.86.70

logos@caesc.com

**www.centrologos.org**

Síguenos:

Centro Sacerdotal Logos

Acueducto Río Hondo 218, Lomas de Virreyes C.P. 11000, Ciudad de México



# “Cuidar de ti mismo como sacerdote es cuidar a tus feligreses”: el bienestar integral del sacerdote



**Pbro. Lic. Marcelino Monroy Tolentino**

Licenciado en Derecho Canónico  
Dimensión Episcopal del Clero de la Conferencia del  
Episcopado Mexicano, Secretario Ejecutivo

En la formación presbiteral, que es integral y única, convergen tres áreas de servicio que engloban una mayor integralidad: la educación permanente, la fraternidad sacerdotal y el bienestar integral; éstas aplicadas transversalmente en las cuatro dimensiones, humana, espiritual, intelectual y pastoral<sup>1</sup>.

En este artículo, pongo la mirada en la del BIENESTAR INTEGRAL: esta área, de alguna manera, es fruto de la educación y comunión. El objetivo de este rubro es lograr que los presbíteros tengan continuamente el bienestar integral adecuado necesario para la buena realización de su vida, su vida y ministerio.

Jesús cuida integralmente a sus apóstoles: les lavó los pies para educarlos en el servicio, para formarlos en la fraternidad; los llama a descansar un poco en medio de mucho trabajo, que no les daba tiempo ni de comer (Mc 6, 30-32). Pablo exhorta a los ministros: “Miren por ustedes mismos y por todo el rebaño del que los constituyó pastores el Espíritu Santo...” (Hch 20, 28-38). Qué interesante son estas palabras del Apóstol: la preocupación por el cuidado personal del sacerdote. De acuerdo a los documentos de la Iglesia, el origen de una buena pastoral se asienta en el bienestar sacerdotal. El cuidar atentamente de la propia persona, en el presbítero significa valorar cada uno de los aspectos del perfil sacerdotal, presente en el Ideario de su formación

permanente, en el que encontramos elementos fundamentales del cuidado sacerdotal: desde la salud y las buenas relaciones hasta la vivencia de la oración personal y la comunión con los demás sacerdotes. De tal manera que la formación integral debe responder a la vida pastoral e incidir en ella. *Pastores Dabo Vobis (PDV)*, en el número 70, enfatiza que “el presbítero queda configurado con Jesucristo Cabeza y Pastor de la Iglesia y es enviado a ejercer el ministerio pastoral...”; por tanto, el cuidado del presbítero es una necesidad intrínseca al mismo don divino, que debe ser continuamente “vivificado” para que aquél pueda responder adecuadamente a su vocación y misión (2 Tim 1, 6).

La nueva *Ratio Fundamentalis Sacerdotalis (RF)* en el número 82, señala que “es importante que los fieles puedan encontrar sacerdotes maduros y bien formados”; es decir sacerdotes con una formación asumida con gran disponibilidad, ya que de ella el presbítero es el primer y principal responsable. Así, éste ha de estar atento a que su quehacer ministerial no sea un mero activismo, sino fruto de un corazón sacerdotal íntegramente formado, que cuida todo lo que significa su ser como persona y sacerdote, y que, en consecuencia, se hace capaz de responder a ese derecho de los fieles. Esto también porque en la vida sacerdotal van emergiendo necesariamente nuevos desafíos. Una formación permanente procesual,

<sup>1</sup>Cf. JULIO DANIEL BOTIA APONTE, *Lavarnos los pies los unos a los otros*, CELAM, 2017, Bogotá, 244-285.





## DIMENSIÓN HUMANA



integral, nos permite descubrir con mayor atención esos nuevos retos, así como ser provisorios ante los mismos; sobre todo el reto que atañe al mismo ser del ministro ordenado. La *RF*, en el número 84, enlista algunas desafiantes realidades en la vida del presbítero, como pueden ser: “el cansancio, el natural decaimiento físico y aparición de los primeros problemas de salud, los conflictos, las desilusiones respecto a las expectativas pastorales, el peso de la rutina”; por otra parte, “la dificultad para cambiar y otros condicionamientos socio-culturales podrían debilitar el celo apostólico y la generosidad en la entrega al ministerio pastoral”<sup>2</sup>.

El Papa Francisco, hace una exhortación al respecto:

“Queridos hermanos: os exhorto a mantener el equilibrio entre salud física y espiritual. Sobre todo os animo a crecer cada día en la oración y en la experiencia del amor reconciliador de Dios, porque es la base de vuestra identidad sacerdotal, la garantía de la solidez de vuestra predicación y la fuente de la caridad pastoral con la que conducís al Pueblo de Dios...”<sup>3</sup>.

El presbítero, en cuanto persona, requiere de un equilibrio suficiente en los tres niveles de la vida físico-psíquica, en orden a poder vivir con salud integral: uno es el nivel fisiológico del organismo (alimentación en tiempo y forma, descanso adecuado, etc.); el segundo es el nivel psicosocial, que significa el ámbito de las relaciones

(filiación, amistad, ayuda, cuidado, servicio, entre otros); y el último es el espiritual, en el que el hombre expresa su libertad, su obligación moral y su relación intrínseca e indispensable con Dios<sup>4</sup>.

Por ende, aunado a la educación permanente y a la fraternidad, el bienestar integral juega un papel decisivo en el desarrollo, en orden a que el ministerio sacerdotal sea eficaz, tanto en lo humano como en lo que dice netamente a la santidad. Armando de León, sacerdote diocesano de la Arquidiócesis de Monterrey, en sus diversas exposiciones y bajo su perspectiva, afirma que “la salud y el desarrollo físico constituyen la base de un crecimiento armónico para que el presbítero pueda desempeñar de la mejor manera su ministerio sacerdotal”.

Por otra parte, en el campo del bienestar integral el cuidado de la salud y el descanso correcto y necesario son un deber que el presbítero debe asumir con disponibilidad, aceptándolo con responsabilidad personal y con un espíritu eclesial, ya que su ser y quehacer está consagrado a la Iglesia.

Una pregunta que debemos replantearnos es: ¿Por qué debo cuidar mi salud? La enfermedad y el cansancio son aspectos adherentes a nuestra naturaleza humana, por lo que difícilmente podríamos escapar de ellos; sin embargo, si nos descuidamos física, emocional y/o espiritualmente, agravamos eso a lo que de suyo, por naturaleza, y por oficio, estamos expuestos. Y sumado a ello, está también la tentación latente ante la existencia de escaparates que agudizan la situación peculiar de un sacerdote enfermo o cansado.

El cansancio no debe ser ocasión para hundirnos sino para renovarnos. Cuando el presbítero hace un esfuerzo para conocerse más a sí mismo, para reconciliarse con las propias emociones y afectos, da otro sentido a su cansancio, a su fragilidad.

Cuando se habla de construir una “cultura” de la formación permanente, ello significa construir actitudes y convicciones, es decir algo que no se identifica con el mero sentido de responder a normas establecidas por el estricto deber de cumplir, sino con una pre-disposición

<sup>2</sup>CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*, Libreria Editrice Vaticana, Roma 2017.

<sup>3</sup>PAPA FRANCISCO, *viaje apostólico de su santidad Francisco a Myanmar y Bangladés* (26 de noviembre- 2 de diciembre de 2017): *Encuentro con los obispos de Myanmar*. Complejo de la Catedral de Rangún, miércoles, 29 de noviembre de 2017.

<sup>4</sup>Cf. PEDRO ASTORGA GUERRA, *La salud en el ministerio sacerdotal y la vida religiosa*, Arquidiócesis de Durango, 2018, 71. Cita a Rafael Villareal y Christian Contreras en “La fe y el camino de madurez humana”.





## DIMENSIÓN HUMANA



En esta perspectiva resulta esencial que la pastoral presbiteral diocesana contemple en su itinerario formativo esta área del bienestar integral, animando al presbítero precisamente al cuidado de su propio bienestar integral, ayudándole a crecer en su conciencia sobre el derecho y deber de trabajar por la adecuada satisfacción de las necesidades básicas y por el bienestar integral personal y comunitario, así como su deber de elaborar un proyecto personal de vida, en el cual se asuma un itinerario para tal bienestar integral, dando pasos muy concretos y constantemente hacia ello, con espíritu evangélico pobreza y de caridad pastoral, por supuesto. Todo ello de tal manera que se favorezca una estructura que garantice realmente el bienestar integral en el presbiterio<sup>7</sup>.

interior del corazón y de la mente, de los sentidos y de las emociones, enfatiza el padre Amedeo Cencini. Para una cultura de la salud integral del presbítero es fundamental susodicha actitud interior, y ésta requiere de una formación constante, ya que “todo es formación en la vida”; en efecto, un sacerdote maduro se ha de sentir responsable de sí mismo y del propio crecimiento; no delega a nadie ni posterga ni omite lo que le corresponde asumir; un presbítero responsable lo es, sobre todo, “porque se esfuerza él mismo por recorrer su propio camino de crecimiento, que se realiza en la vida de cada día y que exige toda su atención”<sup>5</sup>.

La enfermedad y el cansancio en el presbítero deben ser consecuencia de una vida apostólica llena de generosidad sin medida a ejemplo de Cristo, Buen pastor; de esa manera tanto la enfermedad como el cansancio se convierten en oración, medio de encuentro con Dios y sólo con Dios.

En este contexto, el Papa Francisco también señala:

“Nuestro cansancio, queridos sacerdotes, es como el incienso que sube silenciosamente al cielo (Cf. Sal 140, 2). Nuestro cansancio va directo al corazón del Padre (...). Sucede también que, cuando sentimos el peso del trabajo pastoral, nos puede venir la tentación de descansar de cualquier manera, como si el descanso no fuera de Dios. No caigamos en la tentación. Nuestra fatiga es preciosa a los ojos de Jesús, que nos acoge y nos pone de pie: “Venid a mí cuando estéis cansados y agobiados, que yo los aliviaré” (Mt 11, 28)<sup>6</sup>.

<sup>5</sup>Cf. AMADEO CENCINI, ¿Creemos de verdad en la Formación Permanente?, Sal Terrae, Santander, 2013, 63-65.

<sup>6</sup>Papa Francisco, “ Homilía Misa Crismal Jueves Santo 2 de abril de 2015.

<sup>7</sup>Cf. JULIO DANIEL BOTIA APONTE, Lavarnos los pies los unos a los otros, 244-245.



# La Eucaristía: misterio de amor que produce amor



**P. Adrián Lozano Guajardo**

Doctor en Filosofía

Director espiritual del Seminario Conciliar de México

En la despedida de la Santa Misa, uno de los modos en los que el sacerdote puede dirigirse a la comunidad es con las palabras: “A vivir lo que aquí hemos celebrado, pueden ir en paz”. Me parece que esta despedida es muy significativa en cuanto invita a hacer de la vida una presencia del amor de Cristo, una especie de Misa continua; y también invita a valorar la Misa como el momento del encuentro con el amor de Dios que viene a nosotros; como el amor de Dios que une al cielo con la tierra, al tiempo con la eternidad, al hombre con Dios, y así la Misa se convierte en un momento de gracia infinita, en el que Dios nos alimenta directamente con su amor, en el que se nos presenta como Palabra y como Eucaristía.

En este artículo presentaré una reflexión sobre la Santa Misa como un misterio de amor. Un misterio considerado primero en la celebración misma como

llamado de Dios al hombre a ofrecerse con Jesucristo y como llamado a un confidente coloquio con Él. Un misterio de amor que es fuente de beatitud, de amor y de inmortalidad; dones que vivifican y sustentan a la Iglesia. Un misterio de amor considerado también como presencia continua, en la propia vida, del amor de Jesucristo, que se traduce en evangelización, fidelidad y en ocasión de ser bendecido por el mismo Señor.

## La Eucaristía es misterio de amor

La celebración de la Eucaristía es fuente de beatitud y de amor que suscita la reconciliación de los hombres entre sí y la reconciliación de todo hombre con Dios. Hemos de decir, en primer lugar, que la Misa es esencialmente “Sacrificio”. Así lo decía san Pablo VI en su Carta Encíclica *Mysterium Fidei*: “El Sacrificio pertenece a la esencia de la Misa”<sup>1</sup>. La Misa es un misterio de amor porque es el encuentro del amor de Dios, que llama al hombre a la fidelidad a su palabra, con el sí del mismo hombre, el cual encuentra en esta palabra la fuente de su verdadera libertad, la libertad de los hijos de Dios. La Misa es un misterio de amor porque es el amor de Dios que se hace substancialmente presente en las especies del pan y del vino para ser Pan de vida y Bebida de salvación para todo hombre que, al acercarse con sinceridad y verdad a la comunión, es transformado en el mismo Cristo. Siendo propio del amor el unir podemos ver cómo la presencia del amor de Dios en la acción del Espíritu Santo que santifica las ofrendas, las cuales quedan convertidas en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, santifica también a toda



<sup>1</sup>Mysterium Fidei, 5.



## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

la comunidad que queda más unida y transformada, no substancialmente pero sí por gracia, en un solo Cuerpo: el Cuerpo Místico de Cristo. El Espíritu Santo hace presente el amor de Dios en tal grado, que el cielo se une con la tierra, la palabra de Dios con la palabra del hombre, la eternidad con el tiempo, el Creador con la creatura.

El misterio de amor que es la celebración de la Santa Misa llama al hombre a ofrecerse a sí mismo y a los demás al Corazón de Dios y también lo llama a un coloquio íntimo y confidente, como el que debe seguirse con quien ya no nos llama "siervos" sino "amigos". En primer lugar, es un llamado a la oblación y al ofrecimiento porque son muchas las situaciones que el mundo y la Iglesia viven y que, humanamente, no tienen solución. Sin embargo, en estas situaciones siempre puede llegar el abrazo de Dios, la consolación y la fuerza de Dios, y, entonces, en la Santa Misa pueden el sacerdote y todos los fieles ofrecerse a sí mismos y ofrecer a la mirada de Dios todas estas realidades, para que no sea la desesperanza y la impotencia las que tengan la última palabra, sino la esperanza y el amor de Dios, el cual, al expulsar nuestra miseria y la del mundo con su amor, se muestra como potencia que es misericordia. En segundo lugar, es un llamado a un coloquio íntimo y confidente, porque la alegría de Dios es estar con los hijos de los hombres, y la alegría del hombre es saberse llamado a este diálogo de tal amor que los mismos ángeles se admiran. A este respecto me parecen muy ilustrativas las palabras que san Pablo VI pronunció en la fiesta del *Corpus Domini* en 1964 en Roma: "¡La Eucaristía: así ama Dios, así nos ama Cristo! Nos ama en nuestra pequeñez, desciende a nuestra medida, busca nuestra enfermedad, se revela como aquello que es, infinito en el amor cuando, propiamente por nosotros, por cada uno de nosotros, ¡se ha hecho accesible, se ha hecho amigo, se ha hecho Salvador! *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me*; me amó, amó a mí, escribe san Pablo, y por mí se donó a sí mismo (Gal 2,20). Cada hombre, cada mujer, cada enfermo, cada pobre, cada afligido, cada pecador, cada alma humana se puede aplicar estas tremendas y suaves palabras delante de Jesús que se ofrece por nosotros en el Sacrificio Eucarístico"<sup>2</sup>. Y como para animar a todo creyente a que se acerque a este coloquio con Jesucristo, añade: "El llamado al coloquio con Jesucristo es para todos y cada uno. Nadie debe desesperar, sea

que se encuentre en situaciones dolorosas de tribulación, enfermedad o incluso envuelto en debilidades y pecados. Mientras el corazón, con actitud sincera, se dirija al Maestro, al Médico, al Amigo, siempre habrá espacio en el Maestro, Médico y Amigo, en el Corazón de Cristo para cada uno de nosotros. En este sentido la Eucaristía es el misterio del amor misericordioso"<sup>3</sup>.

La Santa Misa, la celebración de la Eucaristía, es fuente de beatitud, de amor y de inmortalidad, que vivifica y sustenta a la Iglesia. Es fuente de beatitud porque la alegría del hombre estriba en el saberse amado con un amor incondicional, infinito y eterno, y sólo el amor de Dios puede amar así. Es fuente de amor porque el amor engendra amor, el saberse amado de esta manera transforma el corazón del hombre en el Corazón de Cristo, que busca hacer llegar su amor a todos sin excepción. Es fuente de inmortalidad porque el alimento que recibimos en la Misa, la Palabra y la Eucaristía, es prenda de vida eterna. Recibir este alimento es llevar en sí ya la vida eterna que se hará plena en el anhelado día en el que Dios nos llame a su presencia. Y la presencia de



la beatitud, el amor y la vida eterna en cada uno de los bautizados, dinamiza y consolida a la Iglesia, la Esposa de Jesucristo. En este sentido podemos afirmar junto con Henri de Lubac que la Iglesia hace a la Eucaristía y que la Eucaristía hace a la Iglesia<sup>4</sup>. Si bien tanto la Palabra como la Eucaristía consolidan a la Iglesia y dan vida al hombre, hemos de reconocer que la Eucaristía tiene una densidad

<sup>2</sup>Discurso en la procesión del *Corpus Domini*, Roma 1964.

<sup>3</sup>Ibid.

<sup>4</sup>Cf. Henri de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*.



privilegiada del amor de Dios en cuanto presencia substancial de Jesucristo con su cuerpo, sangre, alma y divinidad.

### La Eucaristía produce amor

La Eucaristía no sólo es amor sino que produce amor. Es fuente de caridad que quiere hacer de los fieles un solo Cuerpo, la Iglesia, unida por el amor de Jesucristo. San Pablo VI, acentuando y destacando a la Eucaristía como dinamizadora del compromiso social, decía: "Nosotros, que adoramos la Eucaristía, debemos demostrar en el sentimiento, en el pensamiento, en la práctica, que sabemos de verdad amar a nuestro prójimo, aún aquel que no se sienta a la mesa del Señor con nosotros, aún aquel prójimo que no tiene la comunión en



la fe, la esperanza y la caridad, de unión eclesial, o que le falta alguna cosa necesaria para la vida: de dignidad, de defensa, de asistencia, de instrucción, de trabajo, de pan, de optimismo, de amistad; toda deficiencia humana deviene programa a la Escuela de Cristo"<sup>5</sup>.

Al producir amor, la Eucaristía está llamada, por su propia naturaleza, a traducirse y continuarse en la vida del hombre y de la Iglesia. Habiendo suscitado la concordia, el encuentro con Jesucristo permite que el mundo tenga aquello que más le hace falta; es decir, que tenga y viva del Corazón de Cristo. En verdad, al mundo le hace falta un corazón, el Corazón de Jesucristo. La continuidad entre la Santa Misa y la propia vida se hace

evangelización, fidelidad y ocasión de ser bendecido por Jesucristo. Se hace evangelización porque ésta consiste esencialmente en amar, y amar con el Corazón de Jesucristo, de modo que el hombre se transforme interiormente por el ejercicio del amor y del ser amado, y la misma Iglesia se transforme crecientemente en ese reino de paz, de justicia, de caridad, que será pleno en el cielo. En este sentido decía san Rafael Arnáiz: "Le dije a Jesús: 'Señor, tómate a mí y date Tú al mundo. Reparte lo que a mí me das... Déjame repartir el tesoro que yo tengo entre los necesitados del mundo... ¡son tantos!... Déjame a mí, pobre contigo..., nada quiero más que tu amor, tu amistad..., tu compañía...'"<sup>6</sup>. La continuidad entre la Santa Misa y la propia vida se hace también fidelidad, porque la Eucaristía hace posible el decir "sí" a Dios y a su voluntad y mantener ese "sí" siempre, a ejemplo de María Santísima. Este "sí" se sostiene incluso cuando se vive un momento de cruz. Serán precisamente esos momentos los más expresivos del amor de Jesucristo que vive en el corazón de cada hijo de la Iglesia; será la cruz un verdadero tesoro que nos asegura que Dios nos quiere, y nos quiere mucho. Finalmente, la continuidad entra la Santa Misa y la propia vida se hace ocasión de ser bendecido por Jesucristo, porque la Eucaristía hace posible el dar de comer al hambriento, de beber al sediento, el vestir al desnudo, el acoger al peregrino, el visitar al enfermo y al encarcelado; y serán estas acciones vividas en lo cotidiano, las que harán posibles el escuchar las palabras más bellas de parte del Señor: "Ven, bendito de mi Padre, a poseer el reino preparado para ti desde antes de la creación del mundo..."

### A modo de conclusión

En esta breve reflexión hemos considerado cómo la Eucaristía es amor y produce amor. Es amor porque es la presencia substancial de Jesucristo que se hace presente, por la efusión del Espíritu Santo, en oblación al Padre por cada uno de nosotros y por toda la Iglesia y el mundo. Produce amor porque la Eucaristía transforma más y más nuestro corazón a semejanza del Corazón de Jesucristo, un Corazón que busca amar a todos sin excepción, un Corazón que esencialmente es todo para el Padre Celestial y para los hermanos. Siendo el amor eucarístico el misterio de la fe de la Iglesia, y siendo el amor vivido en la Iglesia la señal más clara de que vivimos

<sup>5</sup>Discurso en la procesión del *Corpus Domini*, Roma 1972.

<sup>6</sup>En *Dios y mi alma*, 14 de abril de 1938.





## DIMENSIÓN ESPIRITUAL



entero en su historia, en su proyecto divino, en su destino final, en su compleja, total y unitaria composición, en su humana e imperfecta consistencia, en sus desgracias y sufrimientos, en las debilidades y en las miserias de tantos de sus hijos, en sus aspectos menos simpáticos y en su perenne esfuerzo de fidelidad, de amor, de perfección y de caridad. Cuerpo místico de Cristo. Quisiera abrazarla, despedirla, amarla en cada ser que la compone, en cada obispo y sacerdote que la asiste y la guía, en cada alma que la vive y la muestra; bendecirla”<sup>8</sup>.

de la Eucaristía, concluyo esta reflexión citando a dos santos, san Rafael Arnáiz y san Pablo VI. El primero, poco antes de morir, escribe un verdadero poema de amor a Jesucristo; el segundo, escribe un testamento de amor a la Iglesia. Como ambos amores, a Jesucristo y a la Iglesia, son inseparables, lo que san Rafael Arnáiz dice de Jesucristo podría decirse de la Iglesia; y lo que san Pablo VI dice de la Iglesia, exceptuando lo que dice de su humana imperfección, podría decirse de Jesucristo.

San Rafael Arnáiz, casi al final de su vida, dirige estas palabras a Jesucristo: “Quisiera que mi pobre y enferma vida fuera una llama en la que se fueran consumiendo por amor... todos los sacrificios, todos los dolores, todas las renunciaciones, todas las soledades. Quisiera que tu vida fuera mi única Regla. Que tu ‘amor eucarístico’, mi único alimento. Tu evangelio, mi único estudio. Tu amor, mi única razón de vivir. Quisiera dejar de vivir, si vivir pudiera sin amarte. Quisiera morir de amor, ya que sólo de amor vivir no puedo”<sup>7</sup>.

San Pablo VI, hacía del amor a la Iglesia el testamento de su vida: “Por eso ruego al Señor que me conceda la gracia de convertir mi próxima muerte en un don de amor a la Iglesia. Podría afirmar que siempre la he amado...; pero quisiera que la Iglesia lo supiese: que mi corazón se atreviera a revelárselo con una confianza, que sólo en el último momento de la vida se tiene el valor de hacer. Quisiera finalmente comprenderla por

<sup>7</sup>En *Dios y mi alma*, 31 de enero de 1938.

<sup>8</sup>Giselda Adornato, Pablo VI: *El coraje de la modernidad*, p. 386.



# ACOMPañAMIENTO ESPIRITUAL: LUZ PERMANENTE PARA LA VIDA SACERDOTAL



**P. Roberto González, L.C.**  
Doctor en Teología Moral y Bioética

## Introducción

El libro del Génesis narra que, cuando Dios acababa de crear al hombre, dijo algo que tiene mucho que ver con lo que queremos tratar en este artículo: *No es bueno que el hombre esté solo* (Gn. 2,18). Esta es una gran verdad referible no sólo al matrimonio y a la amistad, sino también a la misma vida del hombre que, como peregrino en el tiempo, camina hacia la Patria a la que pertenece. En efecto, *caminar solos* en el ancho campo de la vida, en el que cada uno hacemos nuestro camino al andar y lo recorremos una sola vez sin posible retorno, es un gran riesgo, que ninguno de nosotros hemos de correr.

Mi intención en este artículo es exponer algunos datos de la teología del acompañamiento espiritual, que no puede faltar en el campo de la formación permanente del sacerdote y el primer dato que quiero señalar es el siguiente: Dios Creador es el acompañante permanente y primordial de cada una de sus criaturas.

Un segundo dato del acompañamiento divino es el propósito que Dios tiene de hacer de cada hombre una imagen y semejanza suya. Esto hace que Dios se ocupe permanentemente de ir dando su forma divina a cada hombre que Él ha creado.

El tercer dato es que Dios acompaña a cada hombre en el cumplimiento de la vocación y misión que a cada uno le ha asignado Él mismo; muy en especial a aquellos hombres que Él ha querido asociar a su Plan de Redención: los sacerdotes.



El cuarto dato se refiere al acompañamiento de profunda amistad que Jesucristo mismo quiso establecer entre Él y sus elegidos.

Un quinto dato es el acompañamiento indispensable que Cristo, Luz del mundo (cfr. Jn. 8,12), realiza en relación con cada uno de sus elegidos. Él los escoge y los envía como luz para el mundo, y, por lo mismo, ninguno de ellos puede ir sin llevar consigo esa Luz inmortal.

Un último dato cotidiano del acompañamiento es el discernimiento. Es una de las funciones más presentes e indispensables de este factor de formación permanente del orden sacerdotal. En efecto, la vida del cristiano y del sacerdote con frecuencia presenta encrucijadas, que generan perplejidad en cualquiera de ellos. La





## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

vida también, más de una vez, formula interrogantes que requieren respuestas claras y firmes, y no siempre encuentran al interesado pertrechado para aportarlas. El acompañamiento en esas situaciones se demuestra de un valor y de una conveniencia insustituibles. Este dato, sin embargo, requiere un conjunto más amplio de consideraciones y por lo mismo prefiero tratarlo en un artículo aparte.

### Dios Creador acompaña su criatura

La vida de todo ser humano, en el simple orden creado, no se puede concebir de otra manera que como un indispensable y perpetuo acompañamiento de parte de Dios creador. Este es uno de los capítulos de mayor envergadura del Principio y Fundamento de los ejercicios espirituales de San Ignacio. Dios no crea en un momento y luego se desentiende de su criatura, echándola a rodar por el mundo y abandonándola a su suerte. Esto no es posible, porque ninguna criatura se sostiene en el ser si Dios no acompaña su existencia continuamente con su querer creativo. En efecto, Dios acompaña permanentemente con su inmutable acto creativo a cada una de sus criaturas, las cuales, por lo mismo, no tienen consigo su propia razón de ser, sino que la tienen siempre en Dios Creador. Es el querer divino el que las sustenta a todas y a cada una en el ser, muy en especial a sus criaturas predilectas, es decir, a cada uno de los hombres. Cada hombre vive, lo sepa o no, se dé cuenta o no, lo quiera o no, en una relación vital de dependencia de Dios en el orden ontológico y en el orden operativo. Así lo hizo presente el Apóstol San Pablo a los miembros del Areópago de Atenas: *En Dios vivimos, nos movemos y somos* (Hechos, 17,28). Al decir: *en Dios*, San Pablo no

quiere decir que Dios es un lugar en el que caímos por pura casualidad, sino que quiere decir que Dios es la fuente misma de la vida que vivimos, es la fuerza que activa todos nuestros movimientos y es el ámbito vital que nos acoge y en el que habitamos.

Esta atención divina, propia del acto creativo de Dios, acompaña a todas y a cada una de las criaturas en el orden natural, pero se hace particularmente maravillosa sosteniendo en el orden sobrenatural a aquellas criaturas elegidas para participar, primero por el sacramento del bautismo y luego por el sacramento del orden, del sacerdocio espiritual y ministerial de su hijo Jesucristo.

Es cierto que el sacerdote es célibe, mas no por eso puede ser o debe ser un hombre solo. Por el contrario, el sacerdote es un hombre permanentemente acompañado por Dios, que lo ha creado, lo ha escogido y le ha asignado una misión que lo incorpora de modo muy singular a Cristo, que para todos nosotros es *justicia, santificación y redención para todos los hombres* (cfr. 1 Cor. 1,30). Se trata de una presencia divina, en cada uno de los elegidos, que equivale a un acto creativo, que dura eternamente y que imprime sobre cada uno de ellos el carácter de hijos adoptivos de Dios y de sacerdotes de Jesucristo para la eternidad.

### Dios Alfarero acompaña su vasija

Dios se ocupa de su criatura predilecta no sólo acompañándola, sin solución de continuidad, con su voluntad creativa, que le participa el ser, sino que se ocupa de ella también en su desarrollo, modelándola poco a poco a su imagen y semejanza. Contamos por lo mismo con un doble "el" acompañamiento divino: el acompañamiento de Dios *Creador* y el acompañamiento de Dios *Modelador*. Esto se refiere, muy en particular, al hombre elegido, primero para ser cristiano y, luego, para ser sacerdote.

El propósito primordial de Dios al crear al hombre fue: *Hagamos al hombre a nuestra Imagen y Semejanza* (Gn. 1,26). Este mismo sigue siendo el propósito de Dios acerca de cada uno de los hombres que hace nacer en este mundo. Por eso, Dios, el amor de Dios, la Providencia divina nos acompañan permanentemente. Para decirlo con el lenguaje mismo del Génesis: sus amorosas manos (cfr. Gn. 2,7) se mueven amablemente sobre cada uno de nosotros y nos van dando su parecido. Y no puede ser de otra manera; primero: porque esa imagen y semejanza





sólo Él la conoce, sólo Él es el dueño absoluto de su propio misterio, y segundo: porque el único que *puede comenzar en nosotros, cristianos y sacerdotes, esa obra de altísimo valor y llevarla a término es sólo Él*. Sólo Él puede darnos el parecido cristiano y sacerdotal que tanto nos asemeja a Él.

Hay una quintilla en la literatura de oro castellana, que habla de Dios como el primer Alfarero, dice: *Oficio noble y bizarro, entre todos el primero, pues en la industria del barro, Dios fue el primer Alfarero y el hombre el primer cacharro*. En efecto, Dios es el Alfarero -del que hablan los profetas Isaías (29,16; 64,7) y Jeremías (18,3-6)- que tiene continuamente sus manos en la vasija de barro que cada uno somos, y va modelando en nosotros su designio a lo largo de todos nuestros días. El es la perpetua, amorosa e infatigable compañía que nos participa su forma y su semejanza en el orden natural y en el orden sobrenatural.

Por eso nuestra vida es un diálogo permanente con Él. Él es el Alfarero y nosotros el barro vivo que manejan sus manos (cfr. Is. 64,7). Nuestro acierto o nuestro desacierto en la vida está en prestarnos activa y dócilmente al gesto amoroso de sus dedos o en no prestarnos. La disponibilidad obediente de nuestra vida: *No como quiero yo, sino como quieres Tú* (Mt. 26,39) hace de nosotros jarros que corresponden al designio divino. Un designio que Él realiza en nosotros, pero no sin nosotros, como escribe San Agustín: *Él, que te creó sin ti, no te salvará sin ti*. Esta es la grande gloria, y, al mismo tiempo, la grande responsabilidad que cada uno llevamos sobre nuestra vida. Si nos prestamos a las manos de Dios con una total disponibilidad y docilidad, la obra de arte que seremos al final de la vida será, a la vez, obra suya y mérito nuestro. Si, en cambio, nuestra vida se resiste a las

manos de Dios y decidimos darnos a nosotros mismos la forma que nos parece, al final, cuando nos encontremos con Él al concluir nuestra vida terrena, nos daremos cuenta de nuestro desacierto al escuchar esta dura sentencia: *En verdad, en verdad les digo, no los conozco* (cfr. Mt. 25, 12).

Este acompañamiento divino que nos da forma es nuestra gestación en el orden natural y en el orden sobrenatural. En efecto, la atención de Dios, que acompaña a todo hombre, en el orden creado natural, se hace particularmente maravillosa en el orden creado sobrenatural, pues a *los hijos nacidos de Dios en el bautismo* (Jn. 1,12) Dios mismo, por medio de su Espíritu divino, nos va gestando y va haciendo aparecer en nosotros rasgos particulares de su Hijo Jesucristo, que nos dan un parecido con Él. Por eso San Juan escribe que *De su Plenitud todos hemos recibido* (cfr. Jn. 1,16), y el Papa Francisco comenta que *Todo lo que Cristo vivió hace posible que nosotros podamos vivirlo en Él y que Él pueda vivirlo en nosotros* (Cfr. Exhortación Apostólica *Gaudete et exultate, sobre el llamado a la santidad en el mundo*, n. 20).

Después, gracias al Sacramento del Orden, por medio de su Espíritu divino, Dios encarna y hace crecer en nuestra humanidad a Cristo Sacerdote. La obra es sublime, requiere las manos divinas y, al mismo tiempo, la humilde obediencia de un barro escogido y habilitado para calcar esa presencia sacerdotal única. Hay que tener en cuenta, en efecto, que no se hace sacerdote el que quiere, sino el que es elegido: *Ninguno puede tomarse este honor, solamente el que es llamado por Dios, como en su tiempo, Aarón* (Hebreos 5,4). Por lo mismo, como elegidos somos objeto de una atención especial de Dios, que nos da forma sacerdotal por medio de su específico e indispensable acompañamiento. Está claro que Dios no elige a los competentes, sino que hace competentes a los que elige.

### **Dios acompaña a cada elegido: Yo estaré contigo**

Una nota constante y muy admirable en la Biblia es ésta: todos aquellos que son llamados a desempeñar un papel en la Historia de la Salvación reciben de Dios una promesa, que es a la vez una garantía de carácter estructural, que constituye la esencia de esa llamada a ocuparse de un capítulo de la Historia *salutis*. Dicha promesa y garantía se encierra en tres palabras: *Ego ero tecum, Yo estaré contigo*. De lo cual resulta muy claro



## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

que el acompañamiento divino de quien es llamado al ministerio sacerdotal no es algo opcional, sino que es un dato estructural de esa vocación.

En efecto, Dios, a todos los que llama a colaborar con Él en su Plan de Salvación, a largo o corto plazo, les hace esta promesa: *Yo estoy contigo*; así sucedió con Isaac (Gn. 26,24), con Jacob (Gn. 28,15), con Moisés (Éxodo 3,12), con Josué (Deut. 31,23), con Gedeón (Jueces 6,16), con David (2 Sam. 7,3), con Jeroboam, sucesor de Salomón (1 Reyes 11,38), con el profeta Jeremías (Jr. 15,20); así sucedió también con María Santísima: el Señor está contigo (Lc. 1,28), con S. Paolo, Apóstol de los gentiles (Act. 18,10), con los Doce: Iglesia naciente: *Yo estaré con Ustedes, todos los días, hasta el fin del mundo* (Mt. 28,0).

Esta promesa de Dios y de Jesucristo no es simplemente una promesa, con la cual Él manifiesta que quiere estar junto a las personas elegidas, sino que es una promesa que quiere significar claramente que el acompañamiento de Dios es parte constitutiva, es pieza estructural de la llamada y de la misión que Él mismo asigna. Esta es una cosa obvia, porque los llamados tienen que saber que no son ellos los protagonistas de la Historia de la Salvación, sino que son personas asociadas a llevar a cabo en el tiempo un propósito, que es exclusivamente divino. En esto sólo Dios es el protagonista, y, por lo mismo, los llamados a asociarse a este plan divino no pueden no estar acompañados de quien es el único Señor de la vida y de la historia, el único Salvador y Redentor.

Es muy elocuente, a este propósito, la profesión de humildad, es decir, la profesión de verdad de San Juan Bautista, el Precursor. Los sacerdotes y levitas enviados a investigar sobre él le preguntan: *¿Quién eres tú? Él confesó: yo no soy el Cristo; ¿eres Elías? Él dijo: No lo soy; ¿eres el profeta? Él respondió: No. Entonces, ¿quién eres? Porque tenemos que llevar una respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo? Él dijo: Yo soy la voz del que clama en el desierto: Enderecen el camino del Señor, como dijo el Profeta Isaías* (Jn. 1,19ss). San Agustín subraya este pasaje haciendo notar que San Juan, muy atinadamente, confiesa que él es sólo la voz, que la voz es sólo un vehículo que se presta para transportar a los oídos de los que quieren oír algo infinitamente precioso, que es *La Palabra*, es decir Jesucristo. Esa voz nada es y nada vale sin *La Palabra*; esa voz, una vez que ha entregado *La Palabra* a los oídos de los que escuchan,

cumplida su misión, desaparece, como dice el mismo Bautista: *Es necesario que Él crezca y yo disminuya* (Jn. 3,30).

En todos los llamados se da esta condición fundamental de San Juan Bautista: ellos no son ni la *Salvación*, ni la *Vida*, ni la *Luz*, ni la *Palabra*; ellos son sólo portadores de la *Salvación*, de la *Vida*, de la *Luz* y de la *Palabra*, y, por lo mismo, el elemento estructural de su vocación es Cristo, porque sólo Él es la *Salvación*, la *Vida*, la *Luz* y la *Palabra*. Por eso es indispensable que Cristo esté con ellos y en ellos y que ellos estén con Él y en Él.

Repito, no se trata de un hecho opcional; el *Yo estaré contigo* habla de un acompañamiento que forma parte estructural de la vocación y misión de cada elegido. Ésta es la enseñanza fundamental de la parábola de la Vid, con la que Jesucristo quiso dar a entender a sus elegidos lo indispensable y vital que es para cada uno el que Él esté con ellos y en ellos y que ellos estén con Él y en Él: *Permanezcan en Mí y Yo en Ustedes. Como el sarmiento no puede dar fruto si no está unido a la Vid, así ustedes si no están unidos a Mí [...], el que está en Mí y yo en Él da mucho fruto; porque ustedes sin Mí no pueden hacer nada.* (Jn. 15,4ss).

De parte de Cristo el acompañamiento a los suyos está asegurado, no tiene ni vacíos ni intervalos de ningún tipo, como consta en toda la Historia de la Salvación: *Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo* (Mt. 28,20). Este acompañamiento esencial de Cristo a todo el que ha sido llamado requiere la reciprocidad; así escribe San Marcos: *Instituyó doce para que estuvieran con Él* (Mc. 3,14); requiere la respuesta consiente y libre







de quien recibe la llamada: *Estoy a la puerta y llamo; si uno escucha mi llamada y me abre, yo entraré y cenaré con Él* (Ap. 3, 3).

### Jesucristo Amigo acompaña a sus amigos elegidos

También el concepto de la amistad se ve magníficamente iluminado por la Palabra Revelada. Es obvio que no existe mejor amigo para todo hombre que viene a este mundo que Jesucristo. Él mismo llama y acoge a sus Apóstoles en el círculo incomparable de su amistad: *Ya no los llamo siervos -les dijo-, porque el siervo no sabe lo que hace su señor, sino que los llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre se lo he dado a conocer a Ustedes* (Jn. 15,15). Estas palabras de Jesús dejan ver, que la esencia de la amistad es tener en común un mismo conocer y un mismo querer. Jesucristo, Hijo de Dios encarnado, pone en común con sus Elegidos el conocimiento que Él tiene de su Padre y el amor que le profesa, conocimiento y amor exclusivamente suyos, y que son la esencia de la misma Vida Eterna: *Ésta es la Vida Eterna: que te conozcan a Ti, único Dios verdadero y al que enviaste: Jesucristo* (Jn. 17, 3).

Desgraciadamente los conceptos de amigo y de amistad se encuentran entre esas palabras a las que el mucho uso y, en particular, el uso impropio, han vaciado del contenido real y verdadero que les es propio; hasta tal punto, que el imaginario colectivo dice que el caballo y del perro son los mejores amigos del hombre, sin darse cuenta de que la analogía desborda, en mucho, su real proporción, dado que la amistad es una de las expresiones más propias y exclusivas de la especie humana, la cual queda muy por encima de toda posible analogía. Hasta se tiene la impresión de que el mismo Dios esperaba hacerse hombre para abrirse el camino hacia esta relación de amistad, no de señorío, con sus Apóstoles y con todos sus elegidos: *Ustedes son mis amigos* (Jn. 15, 14).

Santo Tomás de Aquino, analizando esta relación humana, presenta las cinco notas fundamentales que la componen: (1) Los amigos se aman con *amor de benevolencia*; (2) Se profesan un amor *recíproco*; (3) Su amor recíproco es un amor *manifiesto, expreso*; (4) El amigo sabe y es capaz de *"enotromismarse"* con el amigo (contrapuesto a *ensimismarse*); (5) La amistad es propia, como *princeps analogatum*, de la especie humana.

Digamos una palabra, de entre lo mucho que se pueden decir, a propósito de cada una de estas

condiciones de la amistad; también para anotar que cada una de estas condiciones encuentra en Jesucristo su *princeps analogatum*, su primera y última palabra.

1. El *amor de benevolencia* hace que el amigo se empeñe en conocer al amigo, en amarlo por sí mismo y en propiciar y alentar su crecimiento, bajo todo punto de vista, hasta que el amigo alcance su plenitud.

2. El amor se hace verdaderamente amor de amigos cuando entre los amigos despierta y crece la *reciprocidad*, cuando el amigo corresponde al amigo con amor de amigo, para bien del amigo: no hay mejor invitación a amar -enseña San Agustín- que amar primero; y se revela muy duro de corazón el que ni quiere amar primero, ni quiere responder con su amor a quien lo ama primero.

3. El amor de amistad no se queda guardado en la persona como algo sobreentendido e implícito, sino que el amigo lo *manifiesta* al amigo en hechos y palabras; también cuando, por circunstancias de la vida, los hechos o las palabras del amigo pueden resultar dolorosas para el amigo que las recibe: una reprimenda, por ejemplo.

4. El amor de amigo hace capaz al amigo de *"enotromismarse"*, es decir, de identificarse con el amigo, de vivir la vida y las situaciones del amigo como propias, en carne propia; dicho con el lenguaje familiar: el amor del amigo hace posible que el amigo sea capaz de meterse en los zapatos y en los paños del amigo, de ponerse en el lugar del amigo, para poder encontrar el mejor modo de afrontar las situaciones que asedian la vida del amigo, y de ayudarlo a seguir adelante. Así dice el Profeta Isaías a propósito de Jesucristo: *Él tomó*





## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

sobre si todas nuestros males y dolencias, y gracias a sus llagas nosotros nos curamos (cfr. Is. 53, 4). Es por eso que, como escribe San Jerónimo, la amistad no sólo hace inseparables a los amigos, sino que también o los encuentra o los hace iguales.

5. El amor de amistad, como acabamos de decir, puede darse solamente entre los *humanos*. También por eso el *Verbo se hizo hombre* (Jn. 1,14). La amistad, en efecto, es un don y un privilegio que pertenece a las personas y que revela en las que la profesan un alto coeficiente de humanismo.

### **La Luz de Dios es el acompañamiento indispensable de todo enviado**

En la preciosa liturgia de la Vigilia Pascual se lleva a cabo el lucernario. En medio de las tinieblas de la noche del Sábado Santo aparece el fuego nuevo. El Cirio Pascual encendido representa a Jesucristo, que es La Luz y La Vida: *En Él estaba la Vida y la Vida era la Luz para los hombres* (Jn. 1,4). *Él era la Luz verdadera que alumbró a todo hombre que viene a este mundo* (Jn. 1,9).

El grito glorioso de esa noche es: *Aquí está la Luz de Cristo*. Ante ese anuncio todos nos volvemos hacia la Luz, la queremos recibir y nos acercamos a ella, llevando en nuestras manos nuestra vela apagada, para participar de ella, y con ella participar de Cristo Luz y de Cristo Vida. Uno por uno vamos encendiendo nuestra vela de la única Luz del Cirio, y así todos, poco a poco, *nos hacemos Luz en el Señor* (Ef. 5, 8).

El que esa noche grita: *Aquí está la luz de Cristo*, es un enviado. Él no es la Luz, es uno que trae la Luz: Cristo Resucitado; y la trae para entregarla a todo hombre que viene a este mundo. Esta es la profecía y la historia de nuestra vocación y de nuestra misión sacerdotal: llevar siempre con nosotros para todos los hombres la Luz de Cristo, el Evangelio o Buena Nueva de Cristo: *Apareció un hombre, mandado por Dios, que se llamaba Juan, -aquí cada uno de los llamados podemos poner nuestro nombre-; venía como testigo para dar testimonio de la luz, y para que todos creyeran por él; no era él la luz, sino que era testigo de la luz* (Jn. 1,6).

Éste es nuestro ministerio: somos lámparas que llevan la Luz de Cristo, porque somos testigos de la Luz, y la llevamos porque la Luz de Cristo, que es la Vida, debe llegar a todos los hombres que vienen a este mundo. Así

nos enseña Jesucristo mismo: *Ustedes son luz para el mundo. Una ciudad emplazada sobre un monte no puede quedar escondida. Ni se enciende una antorcha para ponerla debajo del celemín, sino para colocarla sobre un candelero, de modo que ilumine a todos los que están en casa. Hagan brillar su luz delante de los hombres, de tal manera que vean sus buenas obras y den gloria a su Padre que está en los cielos* (Mt. 5,14ss).

En la liturgia del Sábado Santo se pueden ver escenas muy sencillas, pero profundamente significativas. A alguno, por ejemplo, por no proteger bien la llama, o por un tropiezo o por un pequeño golpe de viento, se le apaga la vela, y todos lo vemos acudir inmediatamente no a otro que tiene su vela apagada, sino a otro que tiene su vela encendida. El que tiene su vela encendida ofrece la luz con gusto, *den sin esperar nada en cambio* (Lc. 6,35), sabiendo que quien da la Luz no la disminuye, ni la pierde, sino que la multiplica, y coopera para que reine la Luz en la noche, para que el Reino de la Luz se extienda y se acabe el reino de las tinieblas.

Dado que nuestra misión es llevar siempre con nosotros la Luz de Cristo, para que todos los hombres puedan recibirla, pues a todos ellos está destinada, como la misma vida divina, es indispensable, por un lado, que los enviados tengamos y llevemos siempre con nosotros esa divina Luz, dado que eso es lo único que tenemos para todo el mundo, y, por otro, que nuestra luz sea siempre la verdadera Luz de Cristo.

### **Conclusión**

Todo lo que hemos dicho a propósito del acompañamiento imprescindible con que Dios nos asiste: su gesto creador, que sin solución de continuidad nos mantiene en el ser y en la existencia; el paciente y continuo gesto modelador de sus manos, que va plasmando en nosotros su imagen y semejanza, como hombres, como cristianos y como sacerdotes; su promesa de estar con cada uno de sus llamados para que pueda cumplir su misión en la Historia de la Salvación; la amistad con que nos privilegia y nos acompaña a cada elegido, poniendo en común con nosotros todo lo que es suyo; la luz que nos participa y que hace de nosotros testigos de la luz para el mundo; todo esto se realiza de modo *quasi sacramental* en la figura del mentor espiritual y en la acción interpersonal, que se establece en esa gran estrategia espiritual que llamamos acompañamiento.



Todo sacerdote, con sencilla humildad, reconociendo lo indispensable de su relación con Dios, se acerca periódicamente a su mentor espiritual como al representante de Dios para profesar su permanente referencia de criatura a Dios Creador, para poner en acto la docilidad de su barro ante las manos del Alfarero divino, para expresar su adhesión a quien lo ha elegido como colaborador en la Historia de la Salvación de los hombres, para acoger y vivir esa divina amistad que hace iguales a los amigos, y para hacer suya y hacer brillar en su vida la Luz divina que lo hace testigo de esa misma Luz ante los hombres.

Notemos, para concluir, que la figura del mentor espiritual, que acompaña a todo sacerdote en su propósito de formación espiritual permanente, es algo que aparece en la Sagrada Escritura como un *modus operandi* de Dios, que llama a sus elegidos. Algún ejemplo nos permitirá constatar esto que acabo de decir.

Samuel es un adolescente que presta asistencia en el templo de Señor en tiempos del Sacerdote Helí (1 Samuel, cap. 3). Samuel está durmiendo en el templo y oye una voz que lo dice: *Samuel, Samuel*. Él se levanta y va a donde está el sacerdote Helí y le dice: *¿Me llamaste? Aquí estoy*. Helí le responde: *No, yo no te llamé. Vete a dormir*. Samuel se fue a su cama. Pasa un poco de tiempo y Samuel vuelve a oír la misma voz que lo dice: *Samuel, Samuel*. El chico se levanta y va con Helí y se presenta como antes. Helí, ante esto, sospecha que es el Señor el que está llamando al chico y le dice: *Mira, si vuelves a oír que alguien te llama tu responde: Habla, Señor, que tu siervo te escucha*. Como se puede notar, no fue Samuel mismo el que se dio cuenta que era el Señor que lo llamaba, sino que fue el sacerdote Helí, y fue el sacerdote Helí el que le enseñó al muchacho cómo debía comportarse en el caso de que volviera a suceder eso mismo; como si le dijera a Samuel: *Mira, Samuel, ya sé de quién es esa voz que te está llamando, debes saber que a ese Señor que te está llamando sólo se le puede responder de esta manera: Habla, Señor, que tu siervo te escucha*. Respóndele así y todo estará en su lugar.

El mismo profeta Samuel recibe de Dios la orden de ir a Belén para ungir como nuevo rey de Israel, en vez de Saúl, a un hijo de Jesé betlemita (1 Samuel cap. 16). Dios le dice: *Ve a Belén, porque he elegido de entre los hijos de Jesé un rey para Mí*. Samuel fue a Belén y llegando a la casa de Jesé apenas vio a Eliab y se dio cuenta de su magnífica estatura se dijo: *Éste es el elegido del Señor*;

pero Dios le dijo: *No, no es él, no te dejes impresionar por las apariencias*. Jesé le fue presentando uno por uno a sus hijos, y Samuel los iba descartando. Había aprendido a elegir según Dios. Preguntó a Jesé: *¿Estos son todos tus hijos?* Jesé respondió: *Queda uno, el más chico, pero está cuidando las ovejas*. Jesé, el padre de David, daba por descontado que siendo el más chico y sabiendo sólo cuidar ovejas no debía tomarse en cuenta. Samuel, en cambio, dijo: *Hazlo venir, no cenaremos hasta que no llegue*. Al llegar el muchacho, Dios le dijo a Samuel: *Es él, levántate y úngelo*. Samuel, sin titubeo alguno, lo ungió, y así quedó realizada en la Historia Sagrada la elección divina del Rey David, Padre del Mesías de Israel y profecía del Reino de Dios. Así nos damos cuenta de que Dios se vale de hombres para encontrar, señalar y ungir a sus elegidos.

Un último ejemplo es el Apóstol de los gentiles: Pablo de Tarso. Siguiendo la narración que él mismo hizo ante el pueblo hebreo con la autorización del centurión romano que lo había apresado (Actos, cap. 22), nos damos cuenta de que él, en el camino a Damasco, respirando repulsión contra los discípulos de Cristo, cae por tierra y escucha a alguien que le dice: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Saulo responde con una pregunta: *¿Quién eres, Señor?* Y Él le responde: *Yo soy Jesús, el Nazareno, a quien tú estás persiguiendo*. Saulo entonces se pone a disposición: *Señor, ¿qué tengo que hacer?* Jesús de Nazaret escucha la pregunta de Saulo, y le dice: *Levántate, entra en Damasco y ahí se te dirá todo lo que está establecido que hagas*. Así, en nombre de Dios, Ananías, fue a donde estaba Saulo le devolvió la vista, y le dijo: *El Dios de nuestros Padres te ha destinado para que conozcas su voluntad, veas al Justo y escuches la voz de sus labios, pues has de ser su testigo ante todos los hombres de todo lo que has visto y oído*.

Como puede verse, por los ejemplos aducidos, Dios suele dar a conocer su voluntad, a los que la buscan de corazón, valiéndose de terceras personas. A ese esquema divino responde sea el que acepta la misión de acompañar en el camino espiritual a alguien, sea el que acepta ser acompañado. Es el caso de dar gracias a Dios por su cercanía y su condescendencia hacia nuestras proporciones y límites humanos al proporcionarnos un contacto con Él tan cierto y tan a la mano.





# Voluntad de Dios, conformidad y discernimiento



**Alberto Mestre, LC**<sup>1</sup>  
 Doctor en Teología  
 Licenciado en Filosofía

## Introducción

Los temas de la *voluntad de Dios*, la conformidad de la voluntad humana con la divina y el discernimiento son siempre temas antiguos y siempre nuevos. Para el que quiere seguir las huellas de Cristo resultan siempre actuales. No menos presente lo son para el sacerdote, para todo guía de almas, que intenta colaborar con el Espíritu Santo en este complicado y a la vez fascinante arte de la dirección espiritual.

Queremos afrontar esta temática desde una perspectiva espiritual, pero también moral y pastoral, no tanto por un deseo interdisciplinar, tan presente hoy en la investigación de cualquier tema, sino porque entre las tres disciplinas existe una especial unidad, siempre respetando lo que las distingue.

La temática tratada surge de una inquietud ante la revisión de la misma a lo largo de los doce primeros siglos, la cual fue tratada desde una perspectiva siempre

moral-espiritual, y también pastoral. También se encuentra tratado de modo profundo y peculiar no sólo en la *Suma Teológica* de Santo Tomás<sup>2</sup>, aunque también aparece en otros textos suyos. Lo curioso es que esta temática va dejando de ser tratada paulatinamente por la moral, y va siendo confinada a la espiritualidad.

Dada la amplitud de esta temática iniciaremos con la identificación de expresiones semejantes, seguiremos con una investigación en el Evangelio de San Mateo y terminaremos con una breve revisión en los principales autores patristicos y medievales.

### 1. Algunas expresiones semejantes.

Ciertamente, la expresión “conformidad con la Voluntad de Dios” posee otras que se asemejan, o están muy cercanas, o están incluidas en ella, pero antes de entrar en esta breve exposición introductoria resulta conveniente ya desde un inicio ofrecer una primera noción de “Voluntad de Dios”. Podríamos iniciar con una noción

<sup>1</sup>El autor es actualmente profesor estable en la Facultad de teología y Profesor de teología moral fundamental en el Instituto superior de ciencias religiosas del Ateneo *Regina Apostolorum* en Roma. Licenciado en Filosofía y Ciencias de la Educación por la Universidad Central de Barcelona, España; Licenciado en Filosofía por la Universidad Pontificia Gregoriana (PUG), Roma; Licenciado en Teología en la especialidad de Moral, por el Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum* (APRA); Doctor en Teología, por el Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum* (APRA); Licenciatura en Bioética, APRA; Máster en psicología, por el Instituto Skinner, Roma.

<sup>2</sup>El tema de la conformidad de la voluntad humana con la Voluntad Divina se trata explícitamente en los artículos 9 y 10, de la cuestión 19 de la Ia.-IIae. del libro de la *Suma teológica*. Dicho tema está injertado dentro de una cuestión exquisitamente moral: “Bondad y malicia del acto interior de la voluntad”, SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología*, Vol. II, Parte I-II, q. 19, a. 9 y 10, BAC, Madrid, 2001, 191-203. Esta cuestión a su vez está en el corazón del tratado de los actos humanos.



bíblica, que nos abriría a la riquísima realidad del “Diseño divino”, “el Decálogo”, “el misterio”, “la Alianza”, “la elección”, “el Reino de Dios”<sup>3</sup>, etc. Cada una de estas realidades podrían ser profundizadas teológicamente con un fruto enorme, por ejemplo el mismo tema del “Reino de Dios como horizonte de la fe”<sup>4</sup>, etc. Todas estas temáticas nos introducen en la noción de “Voluntad de Dios” dentro de toda la perspectiva teológica<sup>5</sup>, pero todavía no nos centran en su aspecto principal: ¿Qué es la Voluntad de Dios? ¿En qué consiste? Un primer intento sería definirla como el “querer divino”, es decir aquel principio supremo que debe guiar la entera vida de los seres humanos. Basada en la infinita sabiduría y bondad de Dios, la Voluntad Divina es un proyecto personal de amor para todos los hombres y busca llevarlos a la plena y final felicidad<sup>6</sup>.

Tendremos que profundizar esta realidad más adelante, pero por lo menos ya tenemos una cierta noción que nos permite ahora regresar a las expresiones similares a la “conformidad con la Voluntad Divina”.

Por ejemplo, encontramos la expresión semejante de “obediencia a la Voluntad de Dios”. Estas dos nociones: “conformidad con la Voluntad de Dios” y “obediencia a la Voluntad de Dios” son tomadas con frecuencia como sinónimas; sin embargo, en sí misma la obediencia indica la ejecución a un mandato dado, mientras que la conformidad sugiere no solamente un acto exterior, sino también implica que los sentimientos, la voluntad y el pensamiento del que obedece están en armonía con la voluntad e inteligencia de aquél que manda; por lo que esta comunidad de vida armónica tiende a disminuir, sin



suprimirlo enteramente, la idea de subordinación del inferior al superior, que la noción de obediencia mantiene en primer plano<sup>7</sup>.

Otras expresiones que encontramos también aparecen como sinónimos, o por lo menos son locuciones que pertenecen en mayor o menor grado a un campo semántico semejante. Estas expresiones son: “la obediencia a los mandamientos de Dios”, “el abandono a Su Voluntad”, “la resignación”<sup>8</sup> y “la unión transformante”.

La obediencia a los *mandamientos*<sup>9</sup> participa de la connotación que el mismo concepto de obediencia ofrece, y que ya hemos comentado de modo sucinto. Se trataría por lo tanto de un cumplimiento, una realización sobre todo externa, de los mandamientos.

<sup>3</sup>Elenco de temas que se tratan en el índice del *Nuovo Dizionario di Teologia Biblica* (a cura di PIETRO ROSSANO, GIANFRANCO RAVASI, ANTONIO GIRLANDA, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1988, 1702.

<sup>4</sup>Cf. SEVERINO DIANICH, «*Regno di Dio*», in Giuseppe Barbaglio e Severino Dianich (ed.), *Nuovo Dizionario di Teologia*, Paoline, Roma 19792, 1244 ss.

<sup>5</sup>Cf. KARL, HÖRMANN, «*Dios*», *Diccionario de moral cristiana*, Herder, Barcelona 1985, 299.

<sup>6</sup>Cf. GERALD O'COLLINS – EDWARD G. FARRUGIA, «*Volontà di Dio*», *Dizionario sintetico di teologia*, LEV, Città del Vaticano 1995, 420.

<sup>7</sup>Cf. F. M. CATHERINET, «*Conformité a la volonté de Dieu*», in Ch. Baumgartner (ed.), *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 2, Paris 1953, 1442.

<sup>8</sup>El abandono y la conformidad poseen un matiz de resignación cuando en la vida de una persona aparece el signo del sufrimiento, el cual se acepta con paciencia y amor

<sup>9</sup>Cf. T. GOFFI, «*Obbedienza*», in Ermanno Ancilli (ed.), *Dizionario Enciclopedico di Spiritualità*, t. 2, Città Nuova, Roma 1990, 1739-1743; T. GOFFI, «*Obbedienza*», in Stefano De Fiore - Tullio Goffi (ed.), *Nuovo Dizionario di Spiritualità*, San Paolo, Cinisello Balsamo 1985, 1074-1091.



El *abandono a la Voluntad de Dios*<sup>10</sup> difiere en ciertos matices de la simple conformidad; el abandono implica un acto de renuncia a sus juicios y a su propia voluntad, se impone un silencio con el fin de dejar que obre Dios a su antojo; es cierto que se da el asentimiento voluntario y su cooperación a la acción divina, pero se evita de conocer explícitamente las razones y los fines que Dios tiene en la vida de la persona. Dios los conoce por nosotros, y Él tiene los motivos de fondo. Por lo contrario, en la conformidad el punto esencial es hacer producir a la inteligencia y a la voluntad unos actos explícitos y conscientes, los cuales lleven a sus dos facultades a ajustarse con los pensamientos y querer divinos en la vida, en una cooperación positiva y claramente consentidas. De este modo, el abandono va más lejos que la conformidad en el renunciamiento, pero la conformidad va más lejos que el abandono en el esfuerzo hacia una cooperación positiva, libre y total. Estas dos nociones son tan cercanas que es necesario leer atentamente en cada autor para determinar bien el sentido que él da a las palabras que emplea.

La *resignación*<sup>11</sup> queda especificada por el matiz del sufrimiento o sacrificio, que es tolerado o soportado por un bien mayor.

Finalmente, sin querer entrar en una investigación sobre el tema de la *unión transformante*<sup>12</sup>, que nos llevaría más allá de las posibilidades de este artículo, vemos que la noción de “la conformidad con la Voluntad divina” encuentra en la noción de “unión transformante” una plena realización, descrita por los santos y místicos. De algún modo podríamos decir que consistiría en una

conformidad más perfecta, si bien ya en la noción de *conformidad* parece designar una unión con la Voluntad con Dios en la cual se mantienen las operaciones propias, siempre ayudadas por la gracia. Sin embargo, cuando se habla de *unión mística*, la cooperación del alma tiene como aspecto principal el consentimiento, mientras que el alma es elevada pasivamente por Dios<sup>13</sup>.

Después de habernos adentrado en una cierta noción de la *conformidad con la Voluntad de Dios*, y de algunos conceptos semejantes, inciaremos ahora con una breve investigación sobre la *Voluntad de Dios en el Evangelio*, o más explícitamente, sobre “el hacer la Voluntad del Padre”, tal como se nos presenta de un modo preeminente en el Evangelio de San Mateo.

## 2. La expresión: “Hacer la Voluntad del Padre” en el Evangelio de San Mateo<sup>14</sup>.



<sup>10</sup>Cf. C. GENNARO, «*Abbandono*», in Ermanno Ancilli (ed.), *Dizionario Enciclopedico di Spiritualità*, t. 1, Città Nuova, Roma 1990, 4-7.

<sup>11</sup>Cf. A. FERRUA, «*Rassegnazione*», in Ermanno Ancilli (ed.), *Dizionario Enciclopedico di Spiritualità*, t. 3, Città Nuova, Roma 1990, 2127.

<sup>12</sup>Cf. J. CASTELLANO, «*Unione con Dio*», in Ermanno Ancilli (ed.), *Dizionario Enciclopedico di Spiritualità*, t. 3, Città Nuova, Roma 1990, 2582-2588.

<sup>13</sup>Cf. F. M. CATHERINET, «*Conformité a la volonté de Dieu*», in Ch. Baumgartner (ed.), *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 2, Paris 1953, 1443.

<sup>14</sup>Hemos elegido el Evangelio de San Mateo de entre los sinópticos porque “Marcos sólo utiliza una vez *voluntad de Dios* (Mc 3, 35), Lucas utiliza el término voluntad para referirlo a distintos protagonistas: Dios, Padre de Jesús (Lc 22,42), un cierto señor (Lc 12,47), la muchedumbre (Lc 23,25). En cambio, Mateo trabaja con el concepto “*zèlema*” (voluntad) de forma metódica y original. Es el que lo utiliza en más ocasiones, esa voluntad es siempre la voluntad de Dios Padre (aunque en Mt 21,31 lo sea de forma metafórica) y siempre está puesta directamente en boca de Jesús”, JOSÉ ANTONIO BADIOLA SAENZ DE UGARTE, *La Voluntad de Dios Padre en el Evangelio de Mateo*, Bíblica Victoriensia Vol. 7, Eset, Vitoria-Gasteiz 2009, 17.



Hemos elegido el Evangelio de San Mateo porque la expresión “voluntad del Padre”<sup>15</sup> resulta central en dicho Evangelio. En primer lugar, porque en su conjunto, dicha expresión aparece como una llave de comprensión<sup>16</sup>, y, en segundo lugar, como un elemento esencial que da explicación integral de su evangelio<sup>17</sup>.

A lo largo de dicho Evangelio va apareciendo la expresión *hacer la voluntad del Padre*. En primer lugar la encontramos en Mt 6,10: «Venga tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo»<sup>18</sup>, dentro del

contexto de la oración del *Padre Nuestro* (Mt 6,9-15), injertado en el *Discurso de la montaña* (Mt 5-7,1-28), exposición programática de Jesús dirigida a los discípulos y a la multitud. En segundo lugar, todavía en el mismo discurso, en Mt 7,21: «No todo el que me diga: ‘Señor, Señor’, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre Celestial». En tercer lugar lo encontramos en Mt 12,50: «Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre», ahora ya dentro de un contexto del misterio del Reino de los Cielos. En cuarto lugar, aparece en Mt 18, 14: «De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre Celestial que se pierda uno solo de estos pequeños». En quinto lugar en Mt 21,31: «¿Cuál de los dos hizo la voluntad del Padre? ‘El primero’, le dicen. Díceles Jesús: ‘En verdad os digo que los publicanos y las ramerías llegan antes que vosotros al Reino de Dios».

Aquí la voluntad está referida al padre de dos hijos, protagonistas los tres de una parábola que Jesús narra a un auditorio complicado: los sumos sacerdotes y ancianos del pueblo. El padre de la parábola evoca al propio Dios Padre de los otros textos. Finalmente nos encontramos con Mt 26,42: «Y alejándose de nuevo, por segunda vez oró así: ‘Padre mío, si esta copa no puede pasar sin que yo la beba, hágase tu voluntad’». El ambiente ha cambiado, estamos en un momento muy especial, son

<sup>15</sup>El tema de la “voluntad del Padre” ha sido materia de estudio, por lo menos en estos últimos tiempos, por G. Segalla, que lo ha estudiado en el evangelio de San Juan: G. SEGALLA, *Volontà di Dio e dell’uomo in Giovanni (Vangelo e Lettere)*, SRivBib 6; Brescia 1974. Estudio que estuvo precedido por diversos artículos suyos, tanto en los sinópticos, como en los LXX y Qumrán: G. SEGALLA, “La Volontà di Dio in Qumran”, RivBib 11 (1963) 379-395; G. SEGALLA, “La Volontà del Figlio e del Padre nella tradizione sinottica”, RivBib 12 (1964) 257-284; G. SEGALLA, “La Volontà di Dio nei LXX, in rapporto al TM”, RivBib 13 (1965) 121-143; G. SEGALLA, “Gesù rivelatore della volontà del Padre nella tradizione sinottica”, RivBib 14 (1966) 467-508. Un estudio en San Pablo lo encontramos en: J. PALLIPARAMBIL, *The Will of God in Paul. A Commitment to man. An exegetico-theological Study of thélo-thélema Vocabulary in the writings of Paul*, Roma 1986. En una tesis de los años 90 encontramos el tema de la voluntad de Dios Padre, pero ya desde una perspectiva moral, en cuanto las consecuencias en el actuar del cristiano: A. WOUTERS, “...wer den Willen meines Vaters tut”. *Eine Untersuchung zum Verständnis vom Handeln im Matthäusevangelium*, Regensburg 1992. Interesante es el libro de M. LORENZANI (ed.), *La volontà di Dio nella Bibbia*, L’Aquila 1994; que incluye un trabajo de U. Vanni sobre la voluntad de Dios en el Evangelio de San Juan. Un estudio más reciente lo encontramos en el 2007 y su autor es: M. PALACHUVATTIL, *The one who does the will of the Father. Distinguishing Character of Disciples according to Matthew. An Exegetical Theological Study*, (TG 154); Roma 2007. Consideramos que está fuera del alcance de esta tesis abarcar un estudio exhaustivo de esta temática.

<sup>16</sup>Para este apartado me ayudaré del trabajo de investigación realizado por: JOSÉ ANTONIO BADIOLA SAENZ DE UGARTE, *La Voluntad de Dios Padre en el Evangelio de Mateo*, Bíblica Victoriensia Vol. 7, Eset, Vitoria-Gasteiz 2009.

<sup>17</sup>«Mateo, de forma sistemática y coherente, utiliza el concepto voluntad del Padre como un elemento esencial de su evangelio»: JOSÉ ANTONIO BADIOLA SAENZ DE UGARTE, *La Voluntad de Dios Padre en el Evangelio de Mateo*, Bíblica Victoriensia Vol. 7, Eset, Vitoria-Gasteiz 2009, 17.

<sup>18</sup>*Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1985. La versión del texto crítico que usaré es NESTLE-ALAND, *Novum Testamentum. Graece et Latine*, LEV-Gesamtherstellung Biblia – Druck Stuttgart 1984.





## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

las palabras de Jesús en momentos de agonía moral, de entrega total de su vida.

Ya a primera vista, llama mucho la atención cómo hemos recorrido de alguna manera todo el Evangelio de Mateo, y las expresiones han ido apareciendo con la impresión de un enriquecimiento progresivo, llegando al momento culmen de Getsemaní. Otro aspecto que también sorprende es que en todos los versículos vistos se utiliza el verbo "hacer o cumplir", excepto en una ocasión, donde se usa el verbo "ser", en Mt 18,14, y donde también aparece un fragmento del contenido de dicha voluntad: "De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre Celestial que se pierda uno solo de estos pequeños". En la exposición del Evangelista parece haber una intención de progresión, en la que es en la entrega radical que se realiza plenamente la voluntad del Padre.

Ante este proyecto salvador de Dios, Jesús tiene un papel centralizador en dicho programa, una responsabilidad personal que irá asumiendo, aceptando en su voluntad humana y realizando dicho plan. Él, *el Hijo*, es el ejemplo de una resuelta entrega a la misión encomendada por el Padre. Jesús se convierte, por lo tanto, en modelo autorizado para sus discípulos en el modo de entregar la vida; una vida asumida como cumplimiento y realización de la voluntad divina.

Referencia principal a la persona de Jesús. Sólo estableciendo una relación de profunda intimidad con Él, mediante la realización de la voluntad de Dios Padre, para lo cual Él nos capacita (12,50), podremos aprender el supremo ejemplo que Él nos da, ofreciéndose de forma absoluta a los designios del Padre, aun cuando esos designios incluyan el paso por el sufrimiento, pasión y la muerte (26,42)<sup>19</sup>.

La experiencia personal, interior, espiritual y humana, afectiva y volitiva, que plasma en todo su obrar ese designio siempre misterioso, pero no menos real, que incide fuertemente en la vida cotidiana y alcanza cada una de las áreas de la vida.

Jesús es el modelo de referencia vital para los



discípulos y el ejemplo de cumplimiento cabal de la voluntad de Dios. Sólo con y desde Jesús los discípulos podrán recorrer en toda su plenitud el recorrido existencial andado por Jesús y continuar su obra<sup>20</sup>.

Es, por lo tanto, la Voluntad de Dios un criterio supremo para el discípulo, que se definirá precisamente como aquél que hace la voluntad del Padre Celestial<sup>21</sup>. Se trata de un itinerario a seguir.

El juego verbal utilizado por Mateo para presentar la voluntad de Dios Padre no es casual. Es una voluntad que acontece (verbo "gínomai") y una voluntad que debe ser cumplida (verbo "poyeo"). En las recurrencias extremas (Mt 6,10 y 26,42) el verbo que acompaña a la voluntad del Padre es el verbo "gínomai": la voluntad del Padre debe acontecer<sup>22</sup>.

Camino, itinerario, criterio supremo, son todas imágenes que integran una indicación precisa de adecuación, de realización, de correspondencia. No es indiferente el que "no suceda" dicha voluntad. No es arbitrario el que no se realice. Incluye algo muy decisivo el que "deba ser cumplida", de lo contrario algo se va a perder, algo importante deja de suceder.

Las dos recogen la oración que Jesús enseña y la oración que Jesús hace; es en oración donde se descubre la

<sup>19</sup>JOSÉ ANTONIO BADIOLA SAENZ DE UGARTE, *La Voluntad de Dios...*, 308.

<sup>20</sup>JOSÉ ANTONIO BADIOLA SAENZ DE UGARTE, *La Voluntad de Dios...*, 308.

<sup>21</sup>Cf. M. PALACHUVATTIL, *The one who does the will of the Father. Distinguishing Character of Disciples according to Matthew. An Exegetical Theological Study*, (TG 154); Roma 2007, 213-215.

<sup>22</sup>JOSÉ ANTONIO BADIOLA SAENZ DE UGARTE, *La Voluntad de Dios...*, 313.



voluntad de Dios, como una llamada a entrar en el espacio de Dios (saber acoger en la vida la voluntad de Dios Padre), una llamada a acoger sus designios siempre salvíficos, porque Dios es Dios Padre, obstinadamente presentado como tal, a pesar de la manifestación inesperada o dolorosa de su voluntad<sup>23</sup>.

A lo largo de todo el Evangelio de Mateo vemos explicitada la voluntad de Dios Padre, que queda patente en la vivencia que hace de ella la misma persona de Jesús. El es el primero que recoge esta voluntad del Padre que acontece, la asume y la enseña a sus discípulos, para empezar en el mismo Padre Nuestro. La expresión siempre aparece en los labios de Jesús, por lo que adquiere una particular importancia como enseñanza propia del Señor. Se trata ni más ni menos que de *la voluntad del Padre, del Padre de Jesús, que es la Voluntad de Dios*. Estamos ante un aspecto esencial que el evangelista quiere transmitir, que aparece en el desarrollo del evangelio leído “como un todo”, que “da continuidad a su lectura”.

“Se nos presenta un completo itinerario existencial y espiritual para todo lector/oyente del texto evangélico”. En la expresión voluntad del Padre, con su decidida voluntad de salvación para los seres humanos, se encuentra el papel de Dios Padre, origen y meta de dicho itinerario del discípulo. Los discípulos están llamados a seguir el camino trazado por Jesús. Si bien es necesario una base de fe, de confianza en un Dios que salva, que tiene esta determinación en su meta, el discípulo está llamado a vivir una intimidad con Jesús, que le llevará a



compartir la experiencia de Jesús. Es todo un programa, un camino hacia el Reino, donde existe un proceso de aprendizaje, siempre tras las huellas de Jesús.

En este itinerario aparece en su horizonte el aspecto del sufrimiento, que no es perdición. La misión comporta su parte de sufrimiento, de pasión y muerte. Es pues, una llamada a la entrega total de la propia persona en la misión de los discípulos, que quieren seguir y continuar la experiencia de Jesús. Hay en todo ello una perspectiva escatológica de la vida.

La Voluntad de Dios Padre es el elemento globalizador y totalizador de toda la revelación de Jesús sobre Dios, va más allá de comportamientos determinados o mandamientos concretos, comporta este aspecto *martirial* que nos hace mirar el contexto vital y situacional en el que Mateo escribe su evangelio.

Es dentro de la perspectiva global del tema de la Voluntad de Dios donde el esfuerzo, el dolor, el sufrimiento, esa dimensión martirial de la vida adquiere una comprensión adecuada, esa visión escatológica tan necesaria cuando estamos hablando de “las cosas de Dios” y “las cosas de los hombres con respecto Dios”.

Él vio en la expresión “Voluntad del Padre Celestial” el eje vertebrador de su experiencia y, en consecuencia, del comportamiento de su comunidad. *La voluntad del Padre implica un itinerario existencial y espiritual que, contemplado desde el ejemplo de Jesús, desemboca en la entrega de la propia vida*, con la convicción de que Dios Padre no consentirá que esa entrega sea el punto final de dicho itinerario<sup>24</sup>.

Finalmente, en esta experiencia de Jesús, en esta experiencia de la Voluntad del Padre, se establece una relación íntima e insustituible entre Dios Padre, Jesús y los hombres y mujeres que quieran seguirlo.

Con la posesión ya de una cierta noción de *la conformidad con la Voluntad de Dios*, y de sus expresiones semejantes, y ahora con la revisión concreta de la expresión “*hacer la Voluntad de Dios*” en el Evangelio, específicamente en San Mateo, veamos ahora su presencia en algunos de los autores cristianos de los primeros siglos. La temática de la *conformidad de la*

<sup>23</sup>JOSÉ ANTONIO BADIOLA SAENZ DE UGARTE, *La Voluntad de Dios...*, 313.

<sup>24</sup>Cf. JOSÉ ANTONIO BADIOLA SAENZ DE UGARTE, *La Voluntad de Dios...*, 319.





*voluntad humana con la Voluntad de Dios* está presente tanto en un ámbito espiritual como moral. Veamos esta afirmación un poco más de cerca, si bien daremos tan sólo una panorámica breve mencionando tan sólo algunos autores representativos.

### 3. El tema de la conformidad de la voluntad humana con la Voluntad de Dios en algunos autores cristianos de los primeros doce siglos.

En los autores cristianos de los primeros siglos el tema de la conformidad de la voluntad humana con la Voluntad divina y el discernimiento se trata desde muy diversas perspectivas, con toda la riqueza que aporta la patrística tanto griega como latina. De este modo Orígenes (185-255)<sup>25</sup> comenta que para discernir sin error cuál es la Voluntad de Dios es necesario haber recibido la

iluminación de la sabiduría y estar imbuido de la ciencia<sup>26</sup>.

Esta aproximación que tiene muy en cuenta el conocimiento y la iluminación, muy propia de la investigación humana y de la ayuda del Espíritu Santo, no será muy seguida por otros autores que preferirán relacionar la conformidad con la Voluntad de Dios entendida más bien como perfección cristiana, o como seguimiento más cercano de Cristo, así como lo hacen los siguientes autores.

Para Tertuliano (+ 220)<sup>27</sup> la Voluntad de Dios nos está continuamente presente, ante los acontecimientos de la vida<sup>28</sup>. Dicha presencia llena todas las realidades existenciales, desde las más triviales a las más extremas, como la terrible persecución que el autor tuvo que sufrir. Es la Voluntad Divina la que determina la vida de los seres, y sin su determinación ni siquiera un pajarillo cae al suelo<sup>29</sup>.

Es San Cipriano (200-258)<sup>30</sup> quien recuerda que «la Voluntad de Dios es aquello que Cristo hizo y enseñó»<sup>31</sup>. En Cristo encontramos la fuente de acción y comportamiento, el origen de las virtudes. Al fin de cuentas todo esto, todo este bagaje de acciones y enseñanzas, es lo que debe ser querido por el heredero de Cristo; éstos son los preceptos de Dios que debe vivir, ésta es la Voluntad del Padre que debe cumplir<sup>32</sup>. San Pacomio (+348), por otro lado, enseña que la suma cima de la perfección consiste en conocer la Voluntad de Dios y en obedecerla<sup>33</sup>; para San Basilio (+379) la conformidad

<sup>25</sup>Cf. C. SORSOLI – L. DATTRINO, «Origene», in Ermanno Ancilli (ed.), *Dizionario Enciclopedico di Spiritualità*, Vol. 2, Città Nuova, Roma 1990, 1787.

<sup>26</sup>Cf. ORIGENES, *Commentarii in Epistulam ad Romanos – Römerbrief-kommentar. Fontes Christiani*, In Rom. 12, 2, PG 14, 1207, Herder, Bochum 1996, 35; ORIGÈNE, *Commentaire su l'Épître aux Romains*, Les Éditions du Cerf, Paris 2009.

<sup>27</sup>CHARLES MUNIER, «Tertullien», in A. Derville (ed.), *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 15, Paris 1991, 271-295.

<sup>28</sup>Cf. TERTULLIANO, *Scorpiace*, Biblioteca Patristica, n.14, Cardini, Firenze 1990, 89.

<sup>29</sup>Cf. TERTULLIANO, *Scorpiace*, Biblioteca Patristica, n.14, ..., 121.

<sup>30</sup>La fecha de nacimiento, si bien incierta, se data entre el 200 y el 210, Cf. SAN CIPRIANO, *Obras de San Cipriano*, BAC, Madrid 1964, 1-34.

<sup>31</sup>SAN CYPRIANUS, PL 4, *De oratione Dominica*, 546, XV, "Voluntas Dei est quam Christus et fecit et docuit" (la traducción es mía).

<sup>32</sup>Cf. SAN CYPRIANUS, PL 4, *De oratione Dominica*, 546, XV. "Hoc est cohaeredem Christi esse velle, hoc est praeceptum Dei facere, hoc es voluntatem Patris adimplere".

<sup>33</sup>Cf. P. RESCH, *La doctrine ascétique des premiers maîtres égyptiens du IV siècle*, Paris, 1931, 24. Esta referencia se encuentra en el artículo de F. M. CATHERINET, «Conformité a la volonté de Dieu», in Ch. Baumgartner (ed.), *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 2, Paris 1953, 1444.



entera o el querer la Voluntad divina es uno de los aspectos bajo los cuales puede ser descrita la perfección<sup>34</sup>.

Entre los padres latinos es San Ambrosio (+397) quien representa el alma en búsqueda de su unión con Cristo, pero esta unión es en el espíritu, conformando su voluntad con la voluntad de Cristo, de tal modo de llegar a conformarse lo más posible a la imagen de Cristo, desapegándose todo lo posible de la carne<sup>35</sup>. San Ambrosio es muy explícito en su expresión: “*conformans se ad eius voluntatem*”, con un significado de unión, de identificación, volviendo a utilizar la misma palabra “conformidad”, ahora conformándose a Cristo: “*ut esset et ipsa conformis imagini Christi*”.

San Juan Crisóstomo (+407), tomando pie del texto evangélico de San Mateo 12, 46-49, donde encontramos a Jesús en medio de la gente, y le vienen a buscar diciéndole que están fuera su madre y hermanos, que le andan buscando, Él aprovecha esta

pregunta y responde: “¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos?”. San Juan Crisóstomo comenta que «una sola es la nobleza, hacer la Voluntad de Dios. Este es el modo de ser nobles, más sublime y más auténtico que cualquier otro»<sup>36</sup>. San Jerónimo (+ 420) a su vez recuerda que la bondad de Dios se manifiesta en todo lo creado, hizo las cosas buenas; la Voluntad de Dios es por lo tanto una realidad que debemos aceptar y vivir<sup>37</sup>.

San Agustín (+430) escritor, que sin duda alguna es considerado uno de los autores que más han influido en la teología de todos los tiempos, quien amaba utilizar la comparación entre la Voluntad de Dios y nuestra voluntad humana como una regla bien derecha y otra torcida y curvada, comenta con frecuencia que el conformarse con la Voluntad divina resulta una tarea nada fácil y exige un verdadero esfuerzo, aunque siempre colaborando con la Gracia. Veamos algunos textos:

Tu trono, ¡oh Dios!, permanece por los siglos de los siglos. ¡Oh divinidad de eternidad! Dios no podía tener un trono temporal. *Tu trono, ¡oh Dios!, permanece por los siglos de los siglos. Cetro de equidad es el cetro de tu reino.* Es cetro de rectitud que endereza a los hombres. Los hombres estaban torcidos; se hallaban extraviados; querían gobernarse a sí mismos; se amaban, amaban sus malas acciones; no sometían su voluntad a la de Dios, sino que pretendían inclinar la de Dios a sus concupiscencias<sup>38</sup>.

Sin embargo, no es fácil aceptar que Dios “esté recto”. Para el inicuo y el pecador es una realidad que impele al enderezamiento y esto siempre provoca una resistencia.

Se aíra el pecador y el inicuo contra Dios porque

<sup>34</sup>Cf. P. Humbertclaude, *La doctrine ascétique de saint Basile de Cesaree*, Paris, 1932. Esta referencia se encuentra en el artículo de F. M. CATHERINET, «*Conformité a la volonté de Dieu*», in Ch. Baumgartner (ed.), *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 2, Paris 1953, 1444.

<sup>35</sup>Cf. «Infatti, siccome prima aveva sentito: *Vieni qui dal Libano, o sposa, vieni qui dal Libano*, e siccome si accorgeva che non poteva stare vicino a Cristo nella carne, ma che avrebbe potuto farlo solamente nello spirito, conformandosi alla sua volontà, in modo da essere anch'essa esattamente conforme alla immagine di Cristo, ormai, dunque, l'anima non sente più le spoglie della carne, ma, divenuta come uno spirito, si stacca dal congiungimento con il corpo, quasi dimentica di esso», SANT'AMBROGIO, *Opera Omnia di Sant'Ambrogio. Isacco o l'anima*, c. 6, n.52, Vol. 3, Città Nuova, Roma 1982.

<sup>36</sup>.SAN GIOVANNI CRISOSTOMO, *Omelie sul Vangelo di Matteo/2, Vol. 171, Testi patristici*, Omelia 44, 1, Città Nuova, Roma 2003, 272. La traducción es mía. (PG 57, 466)

<sup>37</sup>. Cf. SAN JERÓNIMO, PL 22, 467.

<sup>38</sup>SAN AGUSTÍN, *Obras de San Agustín. Enarraciones sobre los Salmos*, 44, n. 17, Vol XX, BAC, Madrid 1965, 80-81. (PL 36, 503-504).



## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

no llueve, y no quiere que Dios se enoje contra él porque resbala y cae. La ocupación casi cotidiana de los hombres es altercar contra Dios, diciendo: esto debió hacer, esto no lo hizo bien. Tú ciertamente ves lo que haces, ¿lo ignora Él? Tú estás torcido, Él es recto. ¿Cuándo acoplarás lo torcido a lo recto? No puede ser alineado lo uno con lo otro. Si en un pavimento nivelado colocas un madero torcido, no se acopla, no se adhiere, no se adapta al pavimento. El pavimento en toda su extensión está nivelado; pero el madero está torcido, no se ajusta al suelo nivelado<sup>39</sup>.

El inicuo para justificar que no está del todo torcido tenderá a afirmar que es Dios el que lo está, y con ello buscará evitar, o por lo menos retrasar, el descubrimiento que al final la opción justa es el encauzarse a la medida de Dios.

La voluntad de Dios es recta, la tuya torcida; te parece torcida la de Dios porque tu no puedes ajustarte a El. Encaúzate en ella y no intentes torcerla hacia ti. En vano lo intentarás, pues no podrás. Ella siempre es recta. ¿Quieres unirte a ella? Corrígete<sup>40</sup>.

La comparación es muy expresiva, y busca motivar al lector u oyente a un alinear su voluntad, su mente, pero también su corazón.

¿Quiénes son los rectos de corazón? Los que quieren lo que Dios quiere. El perdona a los pecadores, tú quieres que ya los condene. Cuando tú quieres una cosa y Dios otra distinta, eres de corazón avieso y de voluntad perversa. Dios quiere perdonar a los malos, y no quieres que los perdone<sup>41</sup>.

Pero no sólo los inicuos tienen necesidad de orientar su corazón hacia Dios, sino también los que se creen buenos, los que piensan que ya han dirigido su vida hacia Dios, pero sin embargo son duros y no comprenden a los demás en su camino.

Dios es paciente con los pecadores, tú no quieres soportarlos. Como había comenzado a decir, tú quieres

una cosa, Dios otra distinta; endereza tu corazón y dirígelo a Dios, porque el Señor se compadeció de los débiles. Ve en su cuerpo, es decir en su Iglesia, a los enfermos, que primeramente intentaron seguir su voluntad; pero, al ver que la voluntad de Dios era otra distinta a la suya, se encaminaron y dirigieron su corazón a aceptar y seguir el querer de Dios. No pretendas encauzar la voluntad de Dios a la tuya, sino endereza la tuya hacia Dios. La voluntad de Dios es como una regla<sup>42</sup>.

En estos textos, donde queda plasmada la idea de la Voluntad de Dios como regla, también se refleja un profundo conocimiento espiritual que de un modo u otro experimenta los movimientos psicológicos de rechazo, de aceptación, de incompreensión, o incluso de manipulación de la misma Voluntad divina.

Mira, piensa que torciste tu regla. ¿De qué te valdrás para enderezarla? La de Dios permanece intangible; es una regla inmutable. Mientras hay una regla inalterable tienes un medio de enderezar y corregir tu deformidad, tienes un medio de alinear lo que en ti está torcido. Pero ¿qué quieren los hombres? Poco es que tengan torcida su voluntad; pretenden aún más, quieren torcer la voluntad de Dios, según tienen ellos torcido su corazón para que así haga Dios lo que ellos quieren, siendo así que ellos deben hacer lo que Dios quiere<sup>43</sup>.



<sup>39</sup>SAN AGUSTÍN, *Obras de San Agustín. Enarraciones...*, 80-81.

<sup>40</sup>SAN AGUSTÍN, *Obras de San Agustín. Enarraciones ...*, 80-81.

<sup>41</sup>SAN AGUSTÍN, *Obras de San Agustín. Enarraciones ...*, 460-461.

<sup>42</sup>SAN AGUSTÍN, *Obras de San Agustín. Enarraciones...*, 460-461.

<sup>43</sup>SAN AGUSTÍN, *Obras de San Agustín. Enarraciones...*, 460-461.



Buscar y realizar en consecuencia aquello que Dios quiere, es parte de la conformidad con la Voluntad de Dios. La comparación de la regla la encontraremos en otros autores en los siglos sucesivos. La voluntad humana tiene ante sí este desafío, nada fácil de lograr pero meta de la vida cristiana.

Pues, ¿dónde te hallé para conocerte –porque ciertamente no estabas en mi memoria antes que te conociese-, dónde te hallé, pues, para conocerte, sino en ti sobre mí? No hay absolutamente lugar, y nos apartamos y nos acercamos, y, no obstante, no hay absolutamente lugar. ¡Oh Verdad!, tú presides en todas partes a todos los que te consultan, y a un tiempo respondes a todos los que te consultan, aunque sean cosas diversas<sup>44</sup>.

En este investigar cuál sea la Voluntad Divina sobre la propia vida existe siempre el peligro de escuchar lo que uno quiere escuchar, sin dejar espacio a lo que Dios realmente quiere.

Claramente tú respondes, pero no todos oyen claramente. Todos te consultan sobre lo que quieren, mas no todos oyen siempre lo que quieren. Óptimo ministro tuyo es el que no atiende tanto a oír de ti lo que él quisiera cuanto a querer aquello que de ti oyere<sup>45</sup>.

Finalmente, añadimos una bella expresión de San León Magno (+ 461), que nos recuerda que «la verdadera paz del cristiano está en no separarse de la Voluntad de Dios y encontrando la alegría sólo en aquello que Dios ama»<sup>46</sup>.

#### **4.El tema de la conformidad de la voluntad humana con la Voluntad de Dios en algunos autores cristianos de la Edad Media.**

También los autores cristianos de la Edad Media se refieren a dicho tema con profusión; así encontramos a San Anselmo (+1109), el cual afirma que el hombre que quiere seguir con su voluntad aquello que la Voluntad



Divina quiere. Tiene en ella una maestra que le lleva a estar de acuerdo con su disposición y esfuerzo<sup>47</sup>.

San Bernardo (+ 1153) afronta esta temática desde perspectiva cristológica, el alma busca convertirse continuamente, dirigirse hacia el Verbo, para ser reformada por Él; busca identificarse con Él, encontrando el mejor modo en la caridad.

El regreso del alma es su conversión al Verbo, para ser reformada por él y conformada a él. ¿Cómo? En el amor. Escuchadlo: *Procurad pareceros a Dios como hijos queridísimos y vivid en mutuo amor, igual que os amó Cristo*. Esta conformación desposa el alma con el Verbo, pues ya que es semejante a él por naturaleza, procura también ser semejante a él por el amor, amando como es amada. Y si ama perfectamente, se desposa<sup>48</sup>.

Una caridad que va de la mano de las demás facultades: sensibilidad, inteligencia, deseos, etc, que se complementan en este quehacer de la conformidad y que no puede ser sino la mejor y más alta tarea del ser humano en esta tierra.

¿Hay algo más gratificante que esta conformación?

<sup>44</sup>SAN AGUSTÍN, *Obras de San Agustín. Confesiones*, L.X, c.26, n. 37, Vol II, BAC, Madrid 19746, 424. (PL 32, 795).

<sup>45</sup>SAN AGUSTÍN, *Obras de San Agustín. Confesiones*, L.X, c.26, n. 37..., 424.

<sup>46</sup>«Cui vera pax est a Dei voluntate non dividi et his solis quae Deus diligit delectari», SAN LEONE MAGNO, *I sermoni del ciclo natalizio. Sermone* n.9, Biblioteca Patristica, n.31, Nardini, Firenze 1998, 195.

<sup>47</sup>Cf. «Tunc tantam es bona voluntas humana, quando vult illud quod Deus vult illam velle: et sic concordat divinae, quae magistra est humanae», SAN ANSELMO, *Liber de voluntate Dei*, c. IV, PL 158, 582-583.

<sup>48</sup>SAN BERNARDO, *Obras completas de San Bernardo, Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, Sermón 83, n.2-3, Vol. V, BAC, Madrid 1987, 1029.





## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

¿Hay algo más deseable que el amor? Gracias a él, oh alma, prescindes del magisterio humano y te acercas al Verbo tú misma con toda confianza; te adhieres con insistencia al Verbo; preguntas y consultas familiarmente al Verbo sobre cualquier cosa; y cuanto más se despierta tu inteligencia más audaces son tus deseos. En realidad, éste es el contrato nupcial santo y espiritual<sup>49</sup>.

La peculiaridad, o si se prefiere, la excelencia de esta conformidad se encuentra en el amor, en la caridad, donde se encuentra a su vez la máxima conformidad. El alma se reviste así de una hermosura particular, pudiendo reivindicar «para sí la gloriosa conformidad no con el mundo, sino con el Verbo»<sup>50</sup>.

Para San Bernardo, las virtudes deben llevar a una sumisión de la voluntad a la de Dios. Se trata de un sometimiento voluntario, libre, lleno de alabanza, de agradecimiento. En este sentido encontramos diversas referencias en sus Sermones<sup>51</sup>.

Por su parte, Pedro Lombardo (+1160)<sup>52</sup>, en su libro que lo hace famoso, el *Libro de las Sentencias*, trata el tema de *la conformidad de la voluntad humana con la Voluntad divina* al final de su primera parte. Lo trata en el tratado dedicado a Dios Uno y Trino<sup>53</sup>. La problemática se suscita a raíz del estudio que hace de la Voluntad de Dios, y más propiamente cuando surge una dificultad que se plantea San Agustín: “En alguna ocasión el hombre, con una voluntad buena quiere otra cosa de lo que quiere Dios; y en otras ocasiones el hombre, con una voluntad malvada, quiere aquello que Dios quiere con una voluntad buena”<sup>54</sup>. A primera vista no parece que se esté aludiendo al tema de la “conformidad”, pero

el tema de fondo es sin duda el querer del hombre con respecto el querer de Dios. San Agustín se plantea una problemática específica y Pedro Lombardo quiere ofrecer algún aspecto de solución.

Dado que estamos en un cuestionamiento moral, donde es la voluntad humana la que se plantea hasta dónde debe querer lo que Dios quiere, parecería más apropiado encontrarlo en alguna parte de la obra que propiamente hable más bien de la moral<sup>55</sup>, sin embargo, curiosamente el tema del querer humano con respecto el querer de Dios está situado en este último artículo de la cuestión del primer libro de las Sentencias, estrictamente dogmático.

Otro autor medieval, Alejandro de Hales (+1245), en su comentario al *Libro de las Sentencias* de Pedro Lombardo, presenta una serie de distinciones que no estaban presentes en los capítulos del Libro de las



<sup>49</sup>SAN BERNARDO, *Obras completas de San Bernardo, Sermones sobre el Cantar de los Cantares...*, 1029.

<sup>50</sup>SAN BERNARDO, *Obras completas de San Bernardo. Sermones sobre el Cantar de los Cantares...*, 1057.

<sup>51</sup>Cf. SAN BERNARDO, *Obras completas de San Bernardo. Sermones varios*, Sermón 26: «Nuestra voluntad debe someterse de tres maneras a la voluntad de Dios», Vol. VI, BAC, Madrid 1988, 217-223; También en el sermón 2 (pp.51-61), encontramos una explicación sobre la obediencia, la paciencia y la sabiduría.

<sup>52</sup>J. DE GHELLINCK, «Pierre Lombard», in É. Amann (ed.), *Dictionnaire Théologie Catholique*, t. 12, Letouze et Ané, Paris 1933, 1941-2019.

<sup>53</sup>En la edición que utilizo se encuentra integrado el texto del Libro de las Sentencias de Pedro Lombardo en italiano y latín al frente, y a su vez contiene el comentario que hizo Santo Tomás de Aquino a dichas sentencias: S. TOMMASO D'AQUINO, *Commento alle Sentenze di Pietro Lombardo*, Volume 2, L. I, D. 22-48, ESD, Bologna 2000.

<sup>54</sup>S. TOMMASO D'AQUINO, *Commento alle Sentenze di Pietro Lombardo*, Volume 2, L. I, D. 48, ESD, Bologna 2000, 1001.

<sup>55</sup>El estudioso Ph. Delhaye, estudiando la estructura del libro de las Sentencias de Pedro Lombardo comenta que con respecto a la moral especial, es al libro tercero que el moralista debe referirse. El cuarto se ocupa de los signos de Redentor, es decir, de los sacramentos, con un apéndice sobre los novísimos. Cf. PH. DELHAYE, *Pierre Lombard, sa vie, ses oeuvres, sa morale*, Montréal-Parigi 1961, 24-25.



Sentencias de Pedro Lombardo. El tema de la conformidad de voluntad humana con la Voluntad Divina aparece en la distinción 48, dentro del tratado de la Voluntad de Dios. Es la última distinción de dicho tratado, si bien está colocado en un tratado dogmático, estudia la conformidad del hombre a la Voluntad de Dios, y en concreto sobre la conformidad de la voluntad humana, su capacidad de conformarse, de su conformidad a la Voluntad de "signo" y lo que representa dicha conformidad. Por todo ello vemos que estamos ante una distinción de orden moral<sup>56</sup>.

Por otra parte, San Alberto Magno (1206-1280)<sup>57</sup> afirma que la conformidad con la Voluntad divina se presenta como la norma más elevada de la acción moral. El autor presenta tres especies de conformidad. En primer lugar una conformidad de perfección, donde la conformidad consiste en querer aquello que Dios quiere que yo quiera, que en este caso puede identificarse como una causa eficiente. Esta conformidad sería la que viven los perfectos. Consiste en querer aquello que yo se que Dios quiere que haga, que sería la causa material; se trata por lo tanto de querer aquello que yo quiero con la misma caridad con la cual Dios quiere aquello que quiere, que sería la causa formal; finalmente, consiste en querer todo

aquello que yo quiero por la gloria de Dios, como Dios quiere por su gloria todo aquello que Él quiere, y a esto le correspondería la causa final.

Una segunda especie de conformidad, la de los que están en progreso, correspondería tan sólo a la conformidad que sigue las causas eficiente, formal y final.

La tercera especie corresponde a la conformidad de los imperfectos, que es la conformidad que sigue únicamente la causa material<sup>58</sup>.

También encontramos en San Buenaventura (1221-1274)<sup>59</sup> un comentario sobre esta temática. Notamos en San Buenaventura el influjo de San Agustín sobre la doctrina de la Voluntad de Dios como norma de la rectitud.

Y puesto que es rectísima, nadie puede ser recto si no es conformándose a ella; y nadie puede conformarse si aquella voluntad no se le da a conocer; de aquí la necesidad de que se nos dé a conocer la voluntad divina como norma de la rectitud<sup>60</sup>.

Rectitud que se concreta en una serie de signos, entre los cuales San Buenaventura realiza una distinción muy interesante entre dos ámbitos: el de necesidad y el de supererogación.

Ahora bien: una rectitud es de necesidad, y ésta consiste en hacer el bien necesario y evitar el mal; y otra es de perfección, y éste consiste en hacer lo que es de supererogación; y según esto se nos da a conocer por tres signos, que son: el precepto, la prohibición y el consejo: los cuales significa que el divino beneplácito acepta como justo lo que se ejecuta conforme al divino precepto, lo que se evita conforme a la divina prohibición y lo que se realiza conforme al divino consejo. Y estos signos son signos infalibles de la divina voluntad en cuanto es norma de la rectitud<sup>61</sup>.

<sup>56</sup>Cf. ALEXANDRI DE HALES, *Glossa In Quatuor Libros Sententiarum*. Petri Lombardi, L.I, Dist. 48, Quaracchi, Florentiae 1961, 481-485.

<sup>57</sup>M. VILLER, «Albert Le Grand (Saint)», in M. Viller (ed.), *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 1, Paris 1937, 277-283. En esta edición hay un error tipográfico con respecto la fecha de la muerte de San Alberto Magno, aparece que murió en 1580, cuando por razones obvias murió en 1280.

<sup>58</sup>M. VILLER, «Albert Le Grand (Saint)», in M. Viller (ed.), *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 1, Paris 1937, 281.

<sup>59</sup>C. FISCHER, O.F.M., «Bonaventure (Saint)», in M. Viller (ed.), *Dictionnaire de Spiritualité*, t. 1, Paris 1937, 1768-1856.

<sup>60</sup>SAN BUENAVENTURA, *Obras de San Buenaventura*. Breviloquio, P. I, c. IX, n. 5, Vol I, BAC, Madrid 19683, 211.

<sup>61</sup>SAN BUENAVENTURA, *Obras de San Buenaventura*. Breviloquio, P. I, c. IX, n. 5, Vol I, BAC, Madrid 19683, 211.



## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

En Santo Tomás de Aquino (1224/25-1274) el tema de la conformidad de la voluntad humana está presente a lo largo de toda su obra, pero si lo precisamos con respecto la Voluntad Divina, el resultado de las presencias es de 180, y se concentra principal y notablemente en tres específicos textos: *el Libro I del Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo*, distinción 48; *el libro De Veritatis* q. 23, a.7 y a.8; y en la *Suma Teológica*, Ia.-IIae. q.19, a.9 y a.10.

En el primer texto aducido, el Libro I del *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo*, distinción 48, trata del tema en una sola cuestión de cuatro artículos, donde se pregunta si la voluntad humana pueda conformarse con la voluntad divina (a.1), si dicha conformidad de la voluntad se considera sobre todo según el objeto querido (a.2), si debemos conformarnos a la voluntad divina (a.3), y, finalmente, si debemos conformarnos en el objeto querido (a.4). Esta distinción 48 ha estado precedida de un análisis sobre la Voluntad de Dios en las distinciones 44 (sobre la potencia de Dios), la 45 (sobre la Voluntad en Dios), la 46 (la Voluntad de Dios con respecto los hombres) y la 47 (sobre el alcance la Voluntad de Dios).

El segundo texto lo encontramos en el libro *De Veritatis*, cuestión 23, artículos 7 y 8. La exposición aquí se reduce a dos temas: primero, si estamos obligados a conformar nuestra voluntad con la voluntad divina; segundo, si estamos obligados a conformar nuestra voluntad con la voluntad divina en el objeto mismo que Dios quiere. Evidentemente el contexto de dicha cuestión 23 es el de la Voluntad de Dios.

El tercer texto está en la *Suma Teológica*, Ia.-IIae. Pars, q.19, a.9 y a.10. Aparecen los dos temas ya tratados en *De Veritate*, pero no consiste en una repetición, ya que la perspectiva ha cambiado. Estos artículos estudian la conformidad bajo el punto de vista del acto voluntario: si la bondad de la voluntad dependa de su conformidad con la Voluntad Divina (a.9), y si es necesario que la voluntad humana se conforme con la Voluntad Divina en lo que quiere, para ser buena (a.10).

### Conclusión

Hemos constatado que los autores arriba mencionados aprecian el tema de la *conformidad de la voluntad humana con la Voluntad Divina* y el



*discernimiento* desde una perspectiva moral-espiritual. Es cierto que hay autores que lo han tratado desde una perspectiva más espiritual, otros desde un enfoque moral como Pedro Lombardo, San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino. En algunos autores se ha tocado el tema en ámbitos homiléticos, o en obras de apologética, o en comentarios a los libros de la Biblia.

Esta suscita revisión de algunos autores de los primeros doce siglos nos ha permitido observar que los temas de la Voluntad de Dios, la conformidad y el discernimiento están presentes en la intención de los autores, tratados ya desde un ámbito más espiritual o desde la teología moral. La distinción misma no representa una separación. En ocasiones se implican e interrelacionan. No se oponen sino que se complementan. Apreciamos en los autores del medioevo, sobre todo a partir de Pedro Lombardo, cómo queda injertado el tema de *la conformidad con la Voluntad de Dios* dentro de los tratados de Dios Uno y Trino, y, por lo tanto, en partes exquisitamente teológicas y siempre desde un enfoque también moral; así lo hacen Alejandro de Hales y San Alberto Magno.

Si esta suscita revisión de algunos autores de los primeros doce siglos resulta muy interesante, no lo será menos descubrir si está presente y qué lugar toma el tema de la *conformidad con la Voluntad divina* y el *discernimiento* en los autores inmediatamente posteriores a Santo Tomás de Aquino, que podrá ser argumento de otro artículo.



# La pasión de Cristo para nuestra liberación



**P. Ignacio Andereggen**  
Doctor en Filosofía Teología

[...] pasamos ahora a tratar el aspecto central del misterio de Cristo en su vida en su mundo, que es el de su pasión, muerte y resurrección.

Se trata del misterio central porque con la pasión es Cristo el que nos salva. Por eso los sacramentos, que nos unen al Señor, son especialmente signos de su pasión. En los sacramentos se hace presente la pasión con toda su eficacia, es decir, con su obra salvadora.

Pero al respecto cabe preguntarse: ¿por qué padeció Cristo? Porque su vida no fue solamente gloriosa ni vida tranquila de enseñanza, sino que enseñó de manera tal que después tuvo que dar una explicación o ejemplo de lo que enseñaba. Eso mismo que enseñaba lo vivió. Y para que entendiéramos más murió en la cruz y resucitó, como significando que el centro de su enseñanza está todo contenido allí.

El motivo del padecimiento de Cristo está tratado en la tercera parte, en la cuestión 46, de la Suma Teológica. Santo Tomás se pregunta allí si fue necesario que Cristo padeciese para la liberación del género humano.

En este punto es necesario apoyarse sobre el testimonio de las Sagradas Escrituras, como lo hace el Aquinate sobre el Evangelio Según San Juan, en el pasaje en el que el evangelista explica que "A la manera de Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que sea levanta el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga la vida eterna".

Por tanto, parece haber sido necesario que el Salvador padeciera. Más aún, lo dice el mismo Cristo. Pero no fue necesario en el sentido de que no hubiese podido ser de otra manera: Dios, claro está, hubiera podido liberar a los hombres de diferente forma. Decimos que no fue necesario en el sentido de que Cristo estuviese obligado a padecer, sino que Él padeció voluntariamente. Tampoco fue necesario en el sentido de que Dios estuviese obligado a someterlo al padecimiento por su propia naturaleza, como piensan algunos. Dios, en efecto, envió a su Hijo a padecer voluntariamente.

Fue necesario por razón del fin. Este puede entenderse de tres maneras. Primera, por parte de nosotros, que fuimos liberados por su pasión, según el pasaje de Jn 3, 14: *Es necesario que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga la vida eterna*. Segunda, por parte de Cristo mismo, que por la humillación de la pasión mereció la gloria de la exaltación. Y a esto corresponde lo que se dice en Lc 24, 26: *Fue preciso que Cristo padeciese esto y entrase así en su gloria*. Tercera, por parte de Dios, cuya decisión sobre la pasión de Cristo fue profetizada en la Escritura y prefigurada en las observancias del Antiguo Testamento. Y esto es lo que se dice en Lc 22,22: *El Hijo del hombre se va, según está decretado; y en Lc 24, 44-46: E es lo que yo os dije estando todavía con vosotros, que era necesario que se cumpliera todo lo que estaba*





## DIMENSIÓN ESPIRITUAL



*escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí: y que estaba escrito que convenía que Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos.<sup>1</sup>*

Era necesario que Cristo padeciese por la salvación del género humano, lo cual se realizó de esa manera por la condición de los hombres, por la voluntad de Dios y por la promesa del mismo.

Por parte nuestra, era necesario porque este era el modo mejor para acercarnos a Él Pero, ¿cómo sabemos que era el modo mejor? No, ciertamente, porque por un razonamiento podamos descubrirlo, sino porque efectivamente ese es el modo que Dios reveló, y no podemos ir más allá de las Sagradas Escrituras. En efecto, no podemos saber por qué Cristo murió, como así tampoco por qué nosotros también tenemos que morir y sufrir la pasión como Cristo la sufrió. No podemos ir más

allá de la Revelación, sino sólo acceder humildemente a lo que en ella se nos dice.

Ningún libro, ninguna reflexión nuestra, ningún teólogo, podrán explicar totalmente qué quiere decir el hecho de que debamos padecer, como así tampoco sabemos qué significa que Cristo tuvo que padecer. Sin embargo, conocemos los bienes que se nos dan por ese padecimiento, a qué estado somos elevados y a qué participación íntima de la vida de Cristo somos llevados.

En la misma cuestión Santo Tomás se pregunta si existió algún otro medio más oportuno para liberar al hombre que la pasión de Cristo. Nuevamente aquí debemos subordinarnos a la autoridad de las Sagradas Escrituras. También debemos escuchar el testimonio de la Tradición. San Agustín, en el libro XIII de su *De Trinitate* –citado por Santo Tomás– enseña que “no hubo más conveniente modo de sanar nuestra miseria”<sup>2</sup>

Un medio es tanto más conveniente para conseguir un fin cuanto más ventajas concurren en él para lograr tal fin. Ahora bien, en la liberación del hombre por la pasión de Cristo concurren muchas circunstancias que pertenecen a la salvación del hombre, fuera de la liberación del pecado. Primero, por este medio conoce el hombre lo mucho que Dios le ama, y con esto es invitado a amarle a Él, en lo cual consiste la perfección de la salvación humana. Por lo que dice el Apóstol en Rm 5, 8-9: *Dios prueba su amor para con nosotros en que, siendo todavía pecadores, Cristo murió por nosotros.*<sup>3</sup>

En la pasión y muerte de Cristo, asumidas voluntariamente, se muestra de modo máximo el amor

<sup>1</sup>STh III, q. 46, a.1, c.: “Fuit autem necessarium finis. Qui quidem potest tripliciter intelligi. Primo quidem, ex parte nostra, qui per eius passionem liberati sumus, secundum illud Ioan. III, oportet exaltari filium hominis, ut omnis qui credit in eum non pereat, sed habeat vitam aeternam. Secundo, ex parte ipsius Christi, qui per humilitatem passionis meruit gloriam exaltationis. Et ad hoc pertinet quod dicitur Luc. Ult.k haec oportuit Christum pati, et sic intrare in gloriam suam. Tertio, ex parte Dei, cuius definitio est circa passionem Christi praenuntiatam in Scripturis et praefiguratam in observantia veteris testamenti. Et hoc est quod dicitur Luc. XXII, filius hominis secundum quod definitum est vadit; et Luc. Ult., haec sunt verba quae locutus sum ad vos cum adhuc essem vobiscum, quoniam necesse est impleri omnia quae scripta sunt in lege Moysi et prophetis et Psalmis de me; et, quoniam scriptum est quoniam oportebat Christum pati et resurgere a mortuis.”

<sup>2</sup>Cf. STh III, q. 1, a. 2, c.

<sup>3</sup>STh III, q. 46. A. 3, c.: “Tanto aliquis modus convenientior est ad assequendum finem, quanto per ipsum plura concurrunt quae sunt expedientia fini. Per hoc autem quod homo per Christi passionem est liberatus, multa occurrunt ad salutem hominis pertinentia, praeter liberationem a peccato. Primo enim, per hoc homo cognoscit quantum Deus hominem diligat, et per hoc provocatur ad eum diligendum, in quo perfectio humanae salutis consistit. Unde apostolus dicit, Rm. V, commendat suam caritatem Deus in nobis, quoniam, cum inimici essemus, Christus pro nobis mortuus est.”



de Jesucristo y de Dios, que hace padecer a su Hijo por nosotros. Cristo murió cuando aún éramos pecadores, es decir, cuando el género humano no tenía nada de amable para Dios, cuando estábamos sin el bautismo, en el pecado, y no teníamos nada de amistad con Él. Por otra parte, “con esto nos dio ejemplo de obediencia, humildad, constancia, justicia y demás virtudes manifestadas en la pasión, necesarias para la salvación de los hombres. De donde se dice en 1 Pe 2, 21: *Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus pasos*”.<sup>4</sup>

El misterio de la pasión de Cristo corresponde a la verdad de la caída del pecado original, porque los hombres, cuando actúan naturalmente, lo hacen contra todas esas virtudes necesarias para conseguir la amistad con Dios y la realización de su naturaleza humana.

La obediencia, la humildad, la constancia, la justicia son necesarias para realizar la vida humana y para tener la perfección divina. Eso no se puede tener cuando dejamos que nuestra naturaleza obre según su tendencia. Por eso Cristo en su pasión nos dio la muestra de ese perfecto dominio de la naturaleza humana, que es necesario tener para llegar a nuestro fin, a nuestra perfección, a la unión con Dios. “Porque Cristo con su pasión –explica Santo Tomás– no solo liberó al hombre del pecado, sino que también mereció para él la gracia de la justificación y la gloria de la bienaventuranza”.<sup>5</sup>

Es decir, la pasión fue humanamente meritoria; Cristo mereció humanamente nuestra salvación. Ella fue el fruto de la obra de un hombre: el mismo Cristo Jesús. No fue solamente el fruto de la voluntad de Dios, sino también de la obra y del mérito de un hombre. Él tuvo, en efecto, derecho a recibir a cambio de sus obras la salvación de la humanidad.

Pero cabe preguntarse: ¿para qué hizo esto Cristo de esta manera? ¿Para qué mereció? Pues para que nosotros, unidos a Él, también merezcamos. Para que participemos nosotros mismos en nuestra realización, en

la llegada a nuestro fin. Para que, de este modo, nuestro poder sea más grande. Para que, así, nuestro ser –ser de la gracia– sea más grande. Evidentemente, este mérito es para nosotros un regalo o don de Cristo: Dios nos da, por su medio, el poder merecer. Recibimos la gracia de Cristo de modo tal que, con esa gracia que nos une a Él –porque la recibimos de Él–, podamos merecer y hacer actos que requieran la salvación, la visión de Dios, el premio eterno, “porque con esto se intimó al hombre una mayor una mayor necesidad de conservarse inmune de pecado, según aquellas palabras de 1 Cr 6, 20: *Habéis sido comprados a gran precio, glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo*”.<sup>6</sup>

Contemplar la pasión de Cristo nos hace ver la gravedad del pecado, para que respetemos lo que Cristo hizo y no nos arruinemos por aquel; porque, como explica Santo Tomás,

[...] esto resulta de mayor dignidad, de modo que como el hombre fue vencido y engañado por el diablo, así fuese también el hombre el que derrotase al diablo, y así como el hombre mereció la muerte, así el hombre, muriendo, venciese la muerte, como se lee en 1 Cor 15, 57: *Gracias a Dios, que*



<sup>4</sup> *Ibidem*: “Secundo, quia per hoc debet nobis exemplum obedientiae, humilitatis, constantiae, iustitiae, et ceterarum virtutum in passione Christi ostensarum, quae sunt necessariae ad humanam salutem. Unde dicitur 1Pet. II, Christus passus est pro nobis, nobis relinquens exemplum, ut sequamur vestigia eius.”

<sup>5</sup> *Ibidem*: “Tertio, quia Christus per passionem suam non solum hominem a peccato liberavit, sed etiam gratiam iustificantem et gloriam beatitudinis ei promeruit, ut infra dicitur”.

<sup>6</sup> *Ibidem*: “Quarto, quia per hoc est homini indicta maior necessitas se immunem a peccato conservandi, secundum illud 1 Cor. VI, empti estis pretio magno, glorificate et portate Deum in corpore vestro.”



## DIMENSIÓN ESPIRITUAL



*nos ha dado la victoria por medio de Jesucristo”<sup>7</sup>*

En efecto, recibimos de Cristo la gracia, el merecer y el ser victoriosos. Ese es el carácter misterioso que envuelve toda nuestra vida como seguimiento o secuela de Cristo. Estamos hechos para librar un combate contra el diablo y vencer.

Santo Tomás concluye así la exposición de las razones, por las cuales resulta manifiesto que fue más conveniente ser liberados por la pasión de Cristo que serlo solamente por la voluntad de Dios.

Ahora bien, ¿por qué Cristo padeció en la cruz? La Carta de San Pablo a los Filipenses nos dice que “se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”. Y Santo Tomás se hace eco de las Sagradas Escrituras para elaborar su doctrina al respecto; conforme a la cual

Fue convenientísimo que Cristo padeciese la muerte de cruz. Primero, para ejemplo de virtud. Dice a este propósito Agustín en el libro *Octoginta trium quaest: La Sabiduría de Dios tomó la naturaleza humana para ejemplo de cómo viviríamos rectamente. Y pertenece a la vida recta*

*el no temer lo que no debe ser temido. Pero hay hombres que, si bien no temen a la muerte, tienen horror al género de muerte. Por consiguiente, para que ningún género de muerte hubiera de ser temido por el hombre que vive rectamente, hubo de mostrárseles el género de muerte en cruz de aquel hombre, pues nada había entre todos los géneros de muerte más execrable y más temible que aquel.<sup>8</sup>*

Esto nos enseña que el orden espiritual está absolutamente por encima del orden material. Las cosas espirituales, en efecto, tienen que prevalecer siempre sobre los materiales. Y la rectitud del espíritu humano –la virtud, la justicia- debe permanecer por encima de cualquier contradicción corporal, no sólo de la muerte en sí sino también de cualquier género de ella. Por tanto, nuestros ejercicios espirituales y nuestra lucha interior, nuestro combate en toda nuestra vida, participan de la condición de la cruz de Cristo. Participan de la disposición espiritual de Cristo, cuando aceptaba voluntariamente la muerte. Es decir, participan de su gracia, cuando nos unimos con Él.

La gracia de Dios significa la perfección de la naturaleza, no sólo la de los de dominio total sobre la condición corporal –todo lo corpóreo está en Él al servicio de lo espiritual-; y, mucho más allá de lo que la razón puede comprender, se nos manifiesta también en su muerte. Y esto es así, porque

[...] este género de muerte era el más conveniente para satisfacer por el pecado del primer hombre, que consistió en tomar la manzana del árbol prohibido, en contra del mandato de Dios. Y por eso fue conveniente que Cristo, a fin de satisfacer por aquel pecado, tolerase ser clavado en un madero, como si restituyese lo que Adán había robado, según aquellas palabras de Sal 68, 5: *Pagaba entonces lo que nunca había robado. Por lo cual dice Agustín en su Sermón acerca de la pasión: Adán despreció*

<sup>7</sup> *Ibidem*: “Quinto, quia hoc ad maiorem dignitate cessit, ut, sicut homo victus fuerat et deceptus a diabolo, ita etiam homo esset qui diabolum vinceret; et sicut homo mortem meruit, ita homo moriendo mortem superaret; ut dicitur 1 Cor. XV, Deo gratias, qui dedit nobis victoriam per Iesum Christum.”

<sup>8</sup> *STh. III*, q. 46, a. 4, c.: “Convenientissimum fuit Christum pati mortem crucis. Primo quidem, propter eemplum virtutis. Dicit enim Augustinus, in libro octogintatium quaest., sapientia Dei hominem, ad exemplum quo recte viveremus, suscepit. Pertiner autem ad vitam recta mea quae non sunt metuenda, non metuere. Sunt autem homines qui, quamvis mortem ipsam non timeant, genus tamen mortis horrescunt. Ut ergo nullum genus mortis recte viventi homini metuendum esset, illius hominis cruce ostendendum fuit, nihil enim erat, inter omnia genera mortis, illo genere execrabilius et formidabilius.”



*el precepto, tomando del árbol; pero lo que Adán perdió, lo encontró Cristo en la cruz.<sup>9</sup>*

Como nos dice San Pablo, Cristo es el nuevo Adán, que hace bien lo que el primer hombre hizo mal.<sup>10</sup> No sólo lo hace bien sino, además, con una perfección que no podía estar en Adán. Cristo tiene la plenitud de la gracia, inmediatamente derivada de su unión hipostática con y en la Persona del Verbo. Su humanidad es la humanidad del Verbo de Dios y, por eso, todas sus obras como Cabeza de toda la humanidad tienen una perfección inmensamente superior a la que podía tener en sus obras Adán –como cabeza, también, de la humanidad- de no haber pecado. Es decir,

Como dice el Crisóstomo, en un *Sermón acerca de la pasión, padeció en un alto madero, y no bajo techado, para que hasta la condición del aire fuera purificada*. Pero también la tierra experimentaba semejante beneficio al ser purificada por la destilación de la sangre que corría del costado. Y sobre las palabras de Jn 3, 14: Es preciso que el Hijo del hombre sea levantado, comenta: Cuando oigas lo de “ser levantado”, entiende la suspensión en alto, a fin de que santificase el aire quien había santificado la tierra caminando por ella.<sup>11</sup>

Esto demuestra que toda la realidad, simbólicamente, está alcanzada por la redención de Cristo. Al respecto dice San Pablo que la creación entera gime como con dolores de parto, esperando la manifestación de nuestra redención.<sup>12</sup> Todo el universo está hecho para ser sometido por medio del hombre a Dios, teniendo como Cabeza a Jesucristo. Tal cosa sucede en todas las circunstancias de la vida humana, y no únicamente en el mundo material, sino también en los ángeles obedientes a Dios, como así también en toda la historia humana.



El centro de esta última –que es dramática, porque, se mezcla la opción del pecado junto a la opción de la gracia- es la pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. En ellas se ve, del modo más claro e intenso, la lucha entre la vida y la muerte, como nos dice la Liturgia de la Pascua,<sup>13</sup> se ve de la manera más clara la contraposición entre la acción del pecado, que termina en el homicidio de Cristo, y la acción de la gracia, que termina en la redención del género humano y en la resurrección del mismo Cristo.

En el misterio pascual, en el misterio de la muerte y de la resurrección de Jesús, aparece como condensada la acción de la gracia en concreto, en medio de este mundo.

Nosotros también tenemos una vida que, en cuanto unida a Jesucristo por la gracia, participa también del dramatismo de esa condición: por una parte asumimos voluntariamente la muerte –muerte al pecado y al apego de todo lo creado, en cuanto nos aparta de Dios- y, por

<sup>9</sup> *Ibidem*: “Secundo, quia hoc genus mortis maxime conveniens erat satisfactioni pro peccato primi parentis, quod fuit ex eo quod, contra mandatum Dei, pomum ligni vetiti sumpsit. Et ideo conveniens fuit quod Christus, ad satisfaciendum pro peccato illo, seipsum pateretur ligno affigi, quasi restituens quod Adam sustulerat, secundum illud Psalmi, quae non rapui, tunc exsolvebam. Unde Augustinus dicit, in quodam sermone de passione, contempsit Adam praeceptum, accipiens ex arbore, sed quidquid Adam perdidit, Christus in cruce invenit.”

<sup>10</sup>Cf. Rm 5, 12-21.

<sup>11</sup>*STh III*, q. 46, a. 4, c.: “Tertia ratio est quia, ut chrisostomus dicit, in sermone de passione, in excelso ligno, et non sub tecto passus est, ut etiam ipsius aeris natura mundetur. Sed et ipsa terra simile beneficium sentiebat, decurrentis de latere sanguinis stillatione mundata. Et super illud Ioan. Et super illud Ioan. III, oportet exaltari filium hominis, exaltari audiens, suspensionem intelligas in altum, ut sanctificaret aerem qui sanctificaverat terram ambulando in ea.”

<sup>12</sup>Cf. Rm. 8,22: *Sabemos en efecto, que la creación entera está gimiendo con dolores de parto hasta el presente.*

<sup>13</sup>Cf. Pregón Pascual.





## DIMENSIÓN ESPIRITUAL



otra parte, vivimos con esperanza la alegría del encuentro con Dios, de la resurrección espiritual y corporal.

*[...] porque esto corresponde a la salvación universal de todo el mundo. Por lo cual dice Gregorio Niseno que la figura de la cruz dividida en cuatro extremidades a partir del punto medio de intersección, significa que el poder y la Providencia de Aquel que pendió en ella se difundieron por todas partes. Y el Crisóstomo dice también que en la cruz muere con las manos extendidas, a fin de atraer con una mano al pueblo del Antiguo Testamento, y con la otra al que proviene de los gentiles.<sup>14</sup>*

Como señalábamos antes, en la cruz se manifiesta simbólicamente la extensión de la redención de Cristo. Como enseña Santo Tomás en otro lugar de la Suma Teológica, Cristo es la Cabeza de todos los hombres de la historia,<sup>15</sup> desde el principio hasta el final de los tiempos todos los que están en este mundo están ordenados, de alguna manera, al Cuerpo de Cristo. Mientras algunos lo están en potencia –es decir de manera imperfecta, todavía no realizada–, otros lo están en acto, perfectamente, de un modo completo. Esos son los que tienen la caridad según distintos grados: los más unidos a Cristo, definitiva

y plenamente, son los que están en el Cielo, luego les siguen los que tienen la caridad en este mundo: a estos siguen los que tienen solamente la fe pero no la caridad;<sup>16</sup> después les siguen los que pueden creer en Cristo pero aún no creen, aunque lo harán; luego encontramos a los que pueden creer en Cristo pero no van a creer, porque no están predestinados; por último, hay que decir que los que están en el infierno no pertenecen a Cristo porque ya no tienen posibilidad de cambiar espiritualmente. De tal manera, desde el principio hasta el final del mundo Cristo es Cabeza de todos los hombres. En efecto, todo el género humano está ordenado a Él.

Por lo tanto, en el gesto de la cruz se significa la universalidad de la salvación de todo el linaje de Adán, de la eficacia de esa acción de Cristo que muere para la redención de todos y de cada uno de nosotros. Además, Jesucristo murió en la cruz

*[...] porque con este género de muerte se indican varias virtudes. Por esto dice Agustín en el libro Acerca de la escritura del Antiguo y del Nuevo Testamento: No en vano eligió tal género de muerte, sino para ser maestro de la anchura, la altitud, la longitud y la profundidad, de las que habla el Apóstol (cf. Ef. 3, 18). Pues la anchura se halla en el madero fijado transversalmente en lo alto; esto pertenece a las buenas obras, puesto que allí se extienden las manos. La longitud, en el trozo que es visible desde travesaño hasta la tierra; allí, en cierto modo, se está en pie, es decir, se persiste y se persevera, lo cual se atribuye a la longanimidad. La altitud se halla en aquella parte del madero que se prolonga desde el travesaño hacia arriba, esto es, hacia la cabeza del crucificado, porque representa bien la suprema expectación de los que esperan. Y, por último, la parte del madero que se oculta al estar clavado, de donde se levanta todo él, significa la profundidad de la grada gratuita. Y, como dice Agustín en el Comentario al Evangelio de San Juan, el madero en que estaban clavados*

<sup>14</sup>STh III, q. 46, a. 4, c.: “Quinta ratio est quia hoc competit universali salvationi totius mundi. Unde Gregorius Nyssenus dicit quod figura crucis, a medio contactu in quatuor extrema partita, significat virtutem et providentiam eius qui in ea pependit, ubique diffusam. Chrysostomus etiam dicit quod in cruce, expansis manibus, moritur, ut altera manu veterem populum, altera eos qui ex gentibus sunt, trahat”.

<sup>15</sup>Cf. STh III, q. 8, a.3

<sup>16</sup>Se trata de aquellos que perdieron la gracia por el pecado mortal: esos no están perfectamente unidos a Cristo y, por lo tanto, tampoco perfectamente unidos a la Iglesia. Están, en cierto modo, excomulgados. Fuera de la comunión de la Iglesia, tampoco participan del sacramento de la unión de la Iglesia y de los hombres con Dios,



*los miembros del paciente fue también la cátedra del maestro docente.<sup>17</sup>*

*En la muerte de Cristo se manifiesta, simbólicamente, la extensión de la virtud necesaria para unirse con Dios. El Verbo de Dios tenía todas las virtudes perfectamente, y nosotros aprendemos de su muerte todas las virtudes.*

*Por último, Cristo murió en la cruz*

[...] porque este género de su muerte corresponde a muchas figuras. Como dice también Agustín, en un *sermón* acerca de la pasión, un arca de madera libró al género humano del diluvio de las aguas (cf. Gn. VII, 6-8); cuando el Pueblo de Dios huyó de Egipto, Moisés dividió el mar con un cayado, derrotó al faraón y rescató al Pueblo de Dios (cf. Ex 14, 16-31), el mismo Moisés arrojó un madero al agua amarga y la convirtió en dulce (cf. Ex 15, 25); con el cayado de madera hizo brotar de la roca

espiritual agua saludable (cf. Ex 17, 5-6); y, para que Amalec fuera vencido, Moisés se alargó con las manos extendidas frente al cayado (cf. Ex 17, 8-13); y la Ley de Dios, el Testamento, se guarda en un arca de madera (cf. Ex 25, 10); de modo que mediante todas estas figuras se llegue, como por escalones, al madero de la cruz.<sup>18</sup>

En la historia de la salvación Dios restituye aquello que había sido hecho mal por el pecado de Adán, el cual pecó comiendo el fruto del árbol, que es madera. En la historia de la humanidad Dios restituye la obra porque la acción de Dios es infalible. El plan de Dios no puede ser frustrado por los hombres. Y esta restitución se hace con una perfección mayor, pues a lo largo de la historia se prepara la acción de Cristo.

El señor muere en la cruz padeciendo todos los tormentos y el mayor de todos los dolores. Sufrió todos los tormentos que pueden padecerse al mismo tiempo, aunque no aquellos que son incompatibles entre sí.

Aquí hablamos de los tormentos inferidos desde el exterior, porque no fue conveniente que padeciese los sufrimientos que provienen del interior, como, por ejemplo, las enfermedades corporales o los defectos psíquicos que provienen de la debilidad del espíritu humano. Todo eso no lo tuvo Cristo, y por eso no sufrió en ese sentido.

En cuanto al género, padeció todos los sufrimientos humanos. Y esto puede considerarse de tres maneras. Una, por parte de los hombres. Padeció tanto de los gentiles como de los judíos; de los hombres y de las mujeres, como es evidente por las sirvientas que acusan a Pedro. Padeció

<sup>17</sup>III, q. 46, a. 4, c.: "Sexta ratio est quia per hoc genus mortis diversae virtutes designantur. Unde Augustinus dicit, in libro de gratia vet. Et novi test., non frustra tale genus mortis elegit, ut latitudinis et altitudinis et longitudinis et profunditatis, de quibus apostolus loquitur, magister existeret. Nam latitudo est in eo ligno quod transversum desuper figitur; hoc ad bona opera pertinet, quia ibi extenduntur manus. ;persistitur et perseveratur; quod longanimitati tribuitur. Altitudo est in ea ligni parte quae ab illa quae transversa figitur, sursum versus relinquitur, hoc est, ad caput crucifixi, quia bene sperantim superna expectatio est. Iam vero illud ex ligno quod fixum occultatur, aunde totum illud exurgit, significat profunditatem gratuitae gratiae. Et, sicut Augustinus dicit, super Ioan., lignum in quo fixa erant membra patientis etiam cathedra fuit magistri docentis."

<sup>18</sup>*Ibidem*: "Septima ratio est quia hoc genus mortis plurimis figuris respondet. Ut enim Augustinus dicit, in sermone de passione, de diluvio aquarum humanum genus arca lignea liberavit; de Aegypto Dei populo recedente, Moyses mare virga divisit, et Pharaonem prostravit, et populum Dei redemit; ídem Moyses lignum in aquam misit et amaram aquam in dulcedinem commutavit; ex lignea virga de spirituali petra salutaris unda profertur; et, ut Amalec vinceretur, contra virgam Moyses expansis manu extenditur, et lex Dei arcae testamenti creditur lignae, ut his ómnibus ad lignum crucis, quasi per quosdam gradus, veniatur".



## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

también de los jefes y de sus ministros, e incluso de la plebe, según las palabras del Salmo II, 1-2: *¿Por qué se amotinan las naciones, y los pueblos planean un fracaso? Se alían los reyes de la tierra, los príncipes conspiran contra el Señor y contra su Mesías.* Padeció también de los familiares y conocidos, como es claro en el caso de Judas, que le traicionó y en el de Pedro, que le negó. Otra, por parte de todo aquello en que el hombre puede padecer. Cristo padeció, efectivamente, en sus amigos, que le abandonaron; en la fama, por las blasfemias proferidas contra él; en el honor y en la gloria, por las burlas y las afrentas que le hicieron; en los bienes, puesto que fue despojado hasta de los vestidos; en el alma, por la tristeza, el tedio y el temor; en el cuerpo por las heridas y los azotes. La tercera, por lo que atañe a los miembros del cuerpo. Cristo padeció en la cabeza la corona de punzantes espinas; en las manos y pies, el taladro de los clavos; en la cara, las bofetadas y salivazos; y en todo el cuerpo, los azotes. Padeció también en todos los sentidos del cuerpo: en el tacto, por haber sido flagelado y atravesado con clavos; en el gusto, porque le dieron a beber hiel y vinagre; en el olfato, porque fue colgado en el patíbulo en un lugar maloliente, llamado lugar de la calavera, a causa de los cadáveres allí existentes; en el oído, al ser herido por las voces de los blasfemos y burlones; en la vista, al *ver llorar a su madre y al discípulo amado.*<sup>19</sup>

Cristo murió sufriendo todos los tormentos. Por eso su dolor fue el más grande de todos los dolores, como se dice en el libro de las Lamentaciones: "Mirad y ved si hay dolor como mi dolor"<sup>20</sup>

Se trata en esto del centro de la teología. Por lo mismo, Santo Tomás considera tan atentamente el misterio de la muerte y resurrección de Cristo. Ciertamente, es a través de ese misterio que vemos la acción de la gracia en nosotros. Conocemos a Cristo mismo como la Persona del Verbo de una manera más profunda y real. En la Persona del Verbo tenemos acceso a la Santísima Trinidad, a todo el misterio pleno de Dios.

Cuando Cristo padeció se dio en Él verdadero dolor, porque asumió los defectos humanos compatibles con su divinidad, con su condición de Persona divina. Ciertamente, asumió los defectos, esto es, los límites humanos, pero no asumió el pecado, porque Él era Dios y tenía la plenitud de la gracia, por lo que estaba personalmente unido a Dios. Él asumió solamente aquello que servía asumir para la liberación del género humano de todos los pecados. Asumió defectos del cuerpo y del alma, que son propios de la naturaleza humana. Es decir,



<sup>19</sup>*STh* III, q. 46, a. 5, c.: "Sed secundum genus, passus est omnem passionem humanam. Quod quidem potest considerari tripliciter. Uno modo, ex parte hominum. Passus est enim aliquid et a gentilibus, et a Iudaeis; a masculis et feminis, ut patet de ancillis accusantibus Petrum. Passus est etiam a principibus, et a ministris eorum, et popularibus, secundum illud Psalmi, quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania? Astiterunt reges terrae, et principes convenerunt in unum, adversus dominum et adversus Christum eius. Passus est etiam a familiaribus et notis, sicut patet de Iuda eum prodente, et Petro ipsum negante. Alio modo patet ídem ex parte eorum in quibus homo potest pati. Passus est enim Christus in suis amicis eum deserentibus; in fama per blasphemias contra eum dictas; in honore et gloria per irrisiones et contumelias ei illatas; in rebus per hoc quod etiam vestibus spoliatus est; in anima per tristitiam, taedium et timorem; in corpore per vulnera et flagella. Tertio potest considerari quantum ad corporis membra. Passus est enim Christus in capite pungentium spinarum coronam; in manibus et pedibus fixationem clavorum; in facie alapas et sputa; et in toto corpore flagella. Fuit etiam passus secundum omnem sensum corporeum, secundum tactum quidem, flagellatus et clavis confixus; secundum gustum, felle et aceto potatus; secundum olfactum, in loco fétido cadaverum mortuorum, qui dicitur calvariae, appensus patíbulo; secundum auditum, lacessitus vocibus blasphemantium et irridentium; secundum visum, videns matrem et discipulum quem diligebat flentes."

<sup>20</sup>Lm 1, 12.



que asumió la naturaleza humana, la cual es limitada.

Así como es limitada la condición humana, así también son limitados los actos humanos, las potencias, el poder que tienen los hombres para actuar. Todo eso es imperfecto, y Cristo lo asumió para salvarnos, para manifestar el poder de la gracia –aun en esos límites humanos- y para darnos confianza en que, a pesar de nuestros límites, podemos también vencer.

Cuando padeció se dio en Él verdadero dolor, tanto sensible –causado por algo perjudicial corpóreo- como interior –proveniente de la aprehensión de algo nocivo, lo cual se llama tristeza-. Ambos dolores fueron en Cristo los mayores de entre los posibles de la vida presente. Es decir, sufrió corporalmente más que cualquier otro hombre y, en su alma, padeció la tristeza más que cualquier otro. Santo Tomás nos explica los motivos de esto, cuando señala que sus dolores fueron superiores

[...] por las propias causas del dolor. Pues la causa del dolor sensible fue la lesión corporal. Esta llegó a la acerbidad, tanto por la universalidad del

sufrimiento, de la que ya se ha hablado, cuanto por el género del sufrimiento. Porque la muerte de los crucificados es acerbísima, ya que son clavados en puntos saturados de nervios y sumamente sensibles, esto es, en las manos y en los pies; y el mismo peso de su cuerpo colgado aumenta continuamente el dolor; y junto con esto está la larga duración del dolor, porque no mueren inmediatamente, como sucede con los que son muertos a espada. Causa del dolor interior fue, en primer lugar, el cúmulo de todos los pecados del género humano, por los que satisfacía padeciendo; por lo cual se los atribuye a sí mismo, diciendo con Sal 21, 2: Las palabras de mis *delitos*. En segundo lugar, de manera especial, la ruina de los judíos y de otros que delinquieron ante su muerte; y principalmente de sus discípulos, que fueron víctimas del escándalo en la pasión de Cristo. Finalmente, también la pérdida de la vida corporal, que es naturalmente horrible para la naturaleza humana.<sup>21</sup>

Cristo padeció de la manera más cruel en su cuerpo, que era perfecto por haber sido formado por el Espíritu Santo, como veremos enseguida. Y por eso su capacidad para sufrir era mucho mayor, pues tenía mayor sensibilidad.

Pero, sobre todo, sufrió la tristeza interior, puesto que había venido para salvar a todo hombre – por la abundancia de su amor perfecto– y la respuesta que recibió a este amor perfecto fueron las traiciones: la de los judíos, su pueblo, y la de todos los hombres –representados por los romanos– que rechazaron su salvación. Aún más sufrió por los discípulos que lo traicionaron, se escandalizaron y se fueron. No sólo por Pedro, sino también por los demás.

Finalmente, está el hecho de la pérdida de la vida corporal, que es naturalmente horrible a la



<sup>21</sup>STh, III, q. 46, a. 6, c.: “Primo quidem, propter causas doloris. Nam doloris sensibilis causa fuit laesio corporalis. Quae acerbitatem habuit, tum propter generalitatem passionis, de qua dictum est, tum etiam ex genere passionis. Quia mors confixorum in cruce est acerbissima, quia configuntur in locis nervosis et maxime sensibilibus, scilicet in manibus et pedibus; et ipsum pondus corporis pendentis continue auget dolorem; et cum hoc etiam est doloris diuturnitas, quia non statim moriuntur, sicut hi qui sunt gladio interfecti. Doloris autem interioris causa fuit, primo quidem, omnia peccata humani generis, pro quibus satisfaciebatur patiando, unde ea quasi sibi adscribit, dicens in Psalmo, verba delictorum meorum. Secundo, specialiter casus Iudaeorum et aliorum in eius mortem delinquentium, et praecipue discipulorum, qui scandalum passi fuerant in Christi passione. Tertio etiam amissio vitae corporalis, quae naturaliter est horribilis humanae naturae.”





## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

naturaleza humana. Cristo sufrió el hecho de morir, al ser verdadero hombre: ciertamente no quería la muerte. Y sufrió máximamente “por la capacidad de la percepción del paciente. Porque Cristo estaba óptimamente complexionado en cuanto al cuerpo, ya que este fue formado milagrosamente por obra del Espíritu Santo [...]”.<sup>22</sup>

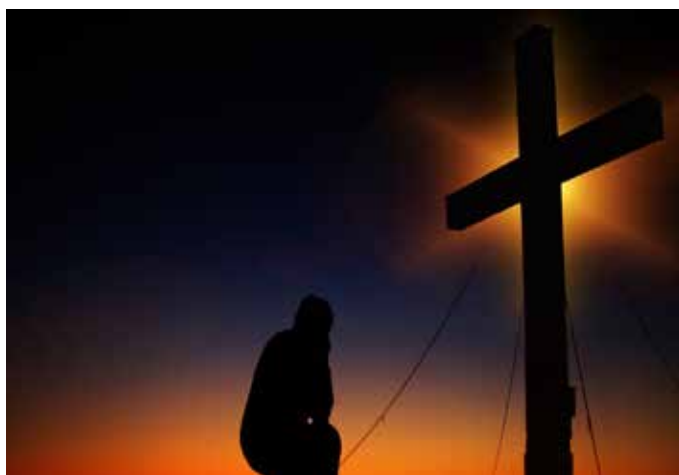
A diferencia de nuestro cuerpo, el de Cristo fue formado por obra del Espíritu Santo, como enseñan las Sagradas Escrituras.<sup>23</sup> Tenía una perfección ausente en el nuestro, por lo que su sensibilidad era mucho mayor: “[...] así como las demás cosas hechas milagrosamente son más perfectas que las otras, como comenta el Crisóstomo a propósito del vino en que Cristo convirtió el agua en las bodas.”<sup>24</sup>

Cristo, en efecto, se imaginaba claramente lo que sentían los discípulos, como también lo que sentía su madre, que sufría por esa muerte de cruz injusta y la huída de los primeros. Cristo se imaginaba también lo que significaba el pecado de todos los hombres a lo largo de la historia por los cuales vino a satisfacer.

Su dolor fue el más grande de todos los dolores, además,

[...] por la pureza del dolor. Porque en los demás pacientes se mitiga la tristeza interior, e incluso el dolor exterior, con alguna consideración de la mente, en virtud de cierta derivación o redundancia de las fuerzas superiores en las inferiores. Esto no aconteció en la pasión de Cristo, porque permitió a cada una de sus potencias realizar lo que le es propio, como dice el Damasceno.<sup>25</sup>

Los hombres comunes sufren el dolor sin quererlo padecer: por eso se preguntan por qué sufren el dolor. Más aún, piensan que existe algún motivo en ellos para tener que sufrir, meditan cómo puedan librarse del mismo,



consideran los beneficios que pueden venir del dolor – sufren y piensan que de su dolor puede venir “algo” – y se consuelan. Pero no era así en Cristo. Él tenía toda la felicidad y todo el gozo. Su pasión fue un sufrimiento querido, elegido deliberadamente. Él quiso sufrir y asumirlo todo –el más grande de todos los dolores– para la liberación del pecado universal. Luego, hizo que ese gozo que tenía en lo más alto de su mente –la visión beatífica de Dios, que seguía teniendo durante la pasión– no redundase sobre sus facultades inferiores, es decir, sobre su razón inferior, su imaginación, sus potencias afectivas y su cuerpo.

Él, en efecto, asumió voluntariamente el dolor; tomó aquella pasión y aquellos sufrimientos con el fin de liberar del pecado a los hombres; asumió todo el dolor necesario para que su pasión fuera proporcionada a la grandeza del fruto que de ella iba a seguirse, que no era otro que la misma redención de todo el género humano.

Nosotros apenas padecemos, normalmente, por nuestros propios pecados, y, eventualmente, a veces ayudamos con nuestros sufrimientos a liberar del pecado a otros. Pero Cristo asumió el sufrimiento necesario para

<sup>22</sup>*Ibidem*: “Secundo potest magnitudo considerari ex perceptibilitate patientis. Nam et secundum corpus erat optime complexionatus, cum sorpus eius fuerit formatum miraculose operatione Spiritus Sancti (...)”

<sup>23</sup>Cf. Lc 1, 35.

<sup>24</sup>*STh III*, q. 46, a. 6, c.: “(...) sicut et alia quae per miracula facta sunt, sunt aliis potiora, ut Chrysostomus dicit de vino in quod Christus aquam convertit in nuptiis.”

<sup>25</sup>*Ibidem*: “Tertio magnitudo doloris Christi patientis potest considerari ex doloris puritate. Nam in aliis patientibus mitigatur tristitia interior, et etiam dolor exterior, ex aliqua consederatione rationis, per quandam derivationem seu redundantiam a superioribus viribus ad inferiores. Quod in Christo patiente non fuit, unicuique enim virium permisit agere quod est sibi proprium, sicut Damascenus dicit.”



liberar a todo el género humano.

Esto es, ciertamente, misterioso. Se capta solamente a través de la experiencia espiritual que es parte de la Tradición de la Iglesia, así como es parte de ella lo que dicen los Santos Padres. Pero también lo es la experiencia espiritual del significado de ese sufrimiento –asumido por muchos santos, a través de la historia– para colaborar con esa redención de la humanidad entera, para que esa pasión de Cristo tuviera fruto en las distintas épocas de la historia. Esto es un gran misterio, es decir, el misterio de hasta qué punto nos asocia y quiere Cristo hacernos parecidos a su Persona y participantes de sus sufrimientos y acción. Por lo mismo decía San Pablo que completaba en su cuerpo “lo que falta a los sufrimientos de la pasión”

Nosotros somos verdaderamente el Cuerpo Místico de Jesucristo, que es, misterioso, real y verdadero cuerpo de ÉL. Somos el Cuerpo de Cristo y, por tanto, participamos de sus sufrimientos no sólo para la liberación de nuestros pecados sino también para la de todos los hombres.

El dolor de Cristo, juntando todas estas causas, fue el mayor de todos los dolores. El hecho de que

el Señor tuviera la visión de Dios no implica que Él se librara de este sufrimiento, puesto que la visión beatífica estaba en la capacidad sobrenatural que tiene el alma. Esta capacidad sobrenatural perfecciona toda el alma cuando está cumplida, cuando la gracia está plena, como en el caso de Cristo. Sin embargo, en Él esa capacidad estaba voluntariamente acotada a los términos de su razón superior, es decir, a la parte superior de su alma. Quiso voluntariamente que ese gozo que tenía, por estar estrechamente unido a Dios, estuviese solamente en la parte superior de su alma. Quiso, cuando asumió la condición humana, asumirla en todo semejante a nosotros, menos en el pecado.<sup>26</sup> Y por eso quiso también especialmente que, durante su pasión, el gozo de la visión de Dios no redundara sobre las otras facultades inferiores.

Acerca de este punto, nos dice Santo Tomás que en lo más alto de su espíritu Cristo tenía ese gozo:

Si entendemos la totalidad del alma por razón de todas sus potencias, no gozaba toda el alma, ni directamente, porque la fruición no puede ser acto de cualquier parte del alma; ni por redundancia, porque, mientras Cristo fue viador, no se producía la redundancia de la gloria de la parte superior en la inferior, ni del alma en el cuerpo. Pero como, por el contrario, tampoco la parte superior del alma era impedida por la inferior respecto de lo que le es propio, se sigue que la parte superior del alma de Cristo seguía gozando cuando este padecía.<sup>27</sup>

Este gran misterio es signo de otro fundamental: el de la unión hipostática de la naturaleza humana con la Persona divina del Verbo. La naturaleza humana de Cristo, verdadera como tal, que tenía alma y cuerpo, estaba unida en la Segunda Persona de Dios. Era Él, el Verbo de Dios, el cual no puede dejar de gozar de Dios. El Hijo de Dios es Persona divina al igual que el Padre y que el Espíritu Santo, Y tiene toda la perfección de Dios, la que redundaba sobre todo su cuerpo y toda su alma. Por esto Él desde el principio tuvo esa visión de Dios –incluso cuando su cuerpo no estaba desarrollado–,

<sup>26</sup>Cf. Hb 4, 15.

<sup>27</sup>STh III q. 46, a. 8, c.: “Si vero accipiamus totam animam ratione ómnium potentiarum eius. Sic non tota anima fruebatur, nec directe quidem, quia fruitio non potest esse actus cuiuslibet partis animae; nec. Per redundantiam, quia, dum Christus erat viator, non fiebat redundantia gloriae a superiori parte in inferiorem, nec ab anima in corpus. Sed quia nec e converso superior pars animae non impediabatur circa id quod est sibi proprium, per inferiorem, consequens est quod superior pars animae perfecte fruebatur, Christo patiente.”



## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

porque la visión beatífica no depende de las facultades inferiores ni del desarrollo del cuerpo para poder tocar, sentir, ver. Todo eso, ciertamente, es necesario para que el hombre pueda entender con conceptos naturales las cosas. Cristo tenía esa visión beatífica más allá de esas capacidades de entender con conceptos naturales. Porque la visión de Dios es de índole sobrenatural; no pertenece directamente a la naturaleza humana por lo que es. Sin embargo, sabemos que la naturaleza humana, llevada por Dios, tiene la capacidad de contemplar la divina esencia: eso proviene de la gracia y es su fruto más propio.

Cristo estaba lleno de gracia. Luego, veía a Dios. Su inteligencia estaba elevada para ver la esencia de Dios, siempre y desde el principio. Así también sucedía en la cruz.

No solamente es un misterio la unión de la divinidad y la humanidad en la Persona de Cristo, sino también todo lo que Él hace. Todas sus acciones son misteriosas y profundas. Se manifiesta en ellas tanto la humanidad como la divinidad; son teándricas, como decían los Padres.<sup>28</sup> Permanecen, así, lo divino y lo humano juntos.

Eso ocurre también de una manera especial en la muerte de Cristo. En efecto, ocurre allí una acción muy misteriosa; y por ser esta tan misteriosa, puede ser la causa de nuestra salvación.

Por eso, por ser esa acción tan misteriosa, puede ser la causa de nuestra salvación. Sin embargo, puede serlo también la pasión. Más aún, no es propiamente la muerte la que nos salva –como enseña Santo Tomás–, sino que es la pasión la que lo hace. La muerte es el resultado de la misma. La muerte como tal, el hecho de que Cristo muriera, no es lo que nos salva. Lo que nos salva es que el Señor asume voluntariamente morir, y morir de esa manera. En otras palabras, el acto de amor por el que Jesucristo asume la muerte es lo que nos salva; ese amor se manifiesta del modo más elevado en la pasión,

o sea, en el proceso voluntario de asumir la muerte como resultado de la injusticia de los hombres y de todos esos dolores, que fueron los más grandes en lo corporal y en lo espiritual.

Cristo murió en la cruz manifestándonos, de esa manera, plenamente el misterio de Dios. Por eso nos dicen las Sagradas Escrituras que el Hijo murió por obediencia a su Padre: “Se hizo obediente hasta la muerte”,<sup>30</sup> y en este sentido, explica Santo Tomás:

Fue sumamente conveniente que Cristo padeciese por obediencia. Primero porque esto convenía a la justificación de los hombres, a fin de que, como por la desobediencia de un solo hombre muchos fueron constituidos pecadores, así *por la obediencia de un hombre muchos sean constituidos justos, como se dice en Rm 5, 19.*<sup>31</sup>

Así como veíamos antes que nuestra pobreza continúa la pobreza de Cristo –que se hizo pobre voluntariamente para cumplir su misión–, así también nuestra obediencia manifiesta el sentido de la pasión de Cristo. Él padeció por obediencia, y por eso resulta lógico que la obediencia tenga también ese aspecto doloroso de participación en la pasión de Nuestro Señor.



<sup>28</sup>Cf. SAN JUAN DAMASCENO, *Exposición de la fe*, III, 19 (63)

<sup>29</sup>Cf. STh III, q. 48, a. 6.

<sup>30</sup>Flp 2, 8.

<sup>31</sup>STh III, q. 47, a. 2, c.: “Convenientissimum fuit quod Christus ex obedientia pateretur. Primo quidem, quia hoc conveniebat iustificationi humanae, ut, sicut per unius hominis inobedientiam peccatores constituti sunt multi, ita per unius hominis obedientiam iusti constituentur multi, ut dicitur Rm. V.”



Así como en nosotros el dolor no es solamente un dolor como el de Jesús –puesto que Él sufrió sólo por los demás– sino que sufrimos por nuestra propia condición de pecadores, así también el dolor de la obediencia no es un dolor que continúa solamente la pasión de Cristo, sino que es también un dolor causado por nuestra propia imperfección. Sin embargo, lo más profundo, lo más sobrenatural de esa obediencia, es misterioso. Es continuación de la acción de Cristo que es obediente a Dios.

Por otra parte,

[...] eso convino a la reconciliación de Dios con los hombres, según el pasaje de Rm 5, 10: Hemos sido reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo; es saber, en cuanto que la misma muerte de Cristo fue sacrificio gratisimo a Dios, de acuerdo con lo que se lee en Ef 5, 2: Se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave olor, Pero la obediencia se antepone a todos los sacrificios, según 1 Sam 15, 22: Mejor es la obediencia que las víctimas. Y por eso fue conveniente que el sacrificio de la pasión

y muerte de Cristo brotase de la obediencia. [...] eso convino a su victoria, mediante la cual triunfó de la muerte y del autor de la muerte. El soldado no puede lograr la victoria si no obedece a su jefe. Y así Cristo hombre alcanzó la victoria porque obedeció a Dios, conforme a las palabras de Prv 21, 28: El hombre obediente cantará victorias.<sup>32</sup>

De este modo, cuando vivimos nuestra vida cristiana de manera auténtica, cuando nos ejercitamos espiritualmente, participamos de este combate espiritual. Pero en el combate hay un orden cuya Cabeza es Dios. Es Él quien mandó a su Hijo a morir al combate, sabiendo que iba a morir, pero sabiendo también que iba a ganar, a salir victorioso.

De igual manera nosotros continuamos con nuestra obediencia a la de Cristo. Esto es, con nuestra obediencia interior –que es la debida a la Iglesia– y con nuestra obediencia exterior –en el género de vida en lo que debemos hacer–.

Cristo fue entregado por el Padre. En la pasión tenemos acceso al misterio de Dios. Así como toda la encarnación del Verbo nos manifiesta la vida de la Santísima Trinidad –y conocemos la Santísima Trinidad porque conocemos al Verbo de Dios, que nos habla de su Padre porque nos envía el Espíritu Santo–, así también se nos manifiesta en su pasión.

Cristo padeció voluntariamente por obediencia al Padre. De donde Dios Padre entregó a Cristo a la pasión de tres modos: Primero, en cuanto que, por su eterna voluntad, dispuso de antemano la pasión de Cristo para liberación del género humano, conforme a lo que se dice n Is 53, 6: *El Señor cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros; y de nuevo (v.10): El Señor quiso quebrantarlo con la flaqueza.* Segundo, en cuanto que le inspiró la voluntad de

<sup>32</sup>*Ibidem*: “Secundo, hoc fuit conveniens reconciliationi Dei ad homines, secundum illud Rm. V, reconciliati sumus Deo per mortem filii eius, in quantum scilicet ipsa mors Christi fuit quoddam sacrificium acceptissimum Deo, secundum illud Ephes., tradidit semetipsum pro nobis oblationem et hostiam Deo in odorem suavitatis. Obedientia vero omnibus sacrificiis antefertur, secundum illud I Reg. XV, melior est obedientia quam victimae. Et ideo conveniens fuit ut sacrificium assionis et mortis Christi ex obedientia procederet. Tertio, hoc conveniens fuit eius victoriae, qua de morte et auctore mortis triumphavit. Non enim miles vincere potest nisi duci obediat. Et ita homo Christus victoriam obtinuit per hoc quod Deo fuit obediens, secundum illud Proverb. XXI, vir obediens loquitur victories.”

<sup>33</sup>STh III, q. 47, a. 3, c.: “Christus passus est voluntarie ex obedientia patris. Unde secundum tria Deus pater tradidit Christum passioni. Uno quidem modo, secundum quod sua aeterna voluntate praeordinavit passionem Christi ad humani generis liberationem, secundum illud quod dicitur Isaiae LIII, dominus posuit in eo iniquitatem omnium nostrum; et iterum, dominus voluit conterere eum in infirmitate.





## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

padecer por nosotros, infundiéndole la caridad. Por lo que, en el mismo lugar, se añade (v. 7): Se ofreció porque quiso.<sup>33</sup>

Ese querer es un acto de amor de la voluntad, El centro de la pasión de Cristo es ese acto de amor por el cual Él nos salva. En efecto, la salvación no la realiza la muerte como pérdida de la vida. No nos salva el proceso material de morir, sino que nos salva el amor de Cristo que asume voluntariamente todo eso. Es decir,

[...] no poniéndole a cubierto de la pasión, sino exponiéndole a los perseguidores. Por eso, como se lee en Mt 27, 46, Cristo colgado de la cruz, decía: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?, porque efectivamente lo abandonó en poder de sus perseguidores, como dice Agustín.*<sup>34</sup>

No se trataba de un abandono interior –Cristo estaba siempre con Dios–, sino que lo que sucedió en el interior de Cristo, el Hijo de Dios lo asumió, lo quiso y lo hizo. Se trata, por el contrario, de un abandono exterior. Dios Padre hizo que los soldados, los judíos, los discípulos y el pueblo lo abandonaran, es decir, que siguieran sus propios pecados, sus propios impulsos. Los dejó abandonados a su libertad y, así, hicieron matar a Cristo. En ese abandono, también abandonó a Cristo de la misma forma en que a veces nos abandona a nosotros cuando sufrimos injustamente. Pero cuando padecemos ese sufrimiento injusto participamos y os unimos de manera más profunda al misterio de la pasión. Por eso los santos, a lo largo de la gran Tradición de experiencia espiritual en la historia, han querido voluntariamente sufrir como Cristo todas esas injusticias, para participar así del misterio de su pasión y, también, del misterio de su resurrección, que está unido necesariamente al primero.

La pasión de Cristo termina en su muerte. Ella no es por sí misma, como antes señalábamos, la que nos salva, sino el hecho de asumirla. Es decir, la pasión



misma de Cristo en cuanto es fruto de su acto de amor. Su efecto es la liberación del poder del demonio y de la pena del pecado. Por eso, la pasión produce todos esos efectos a modo de devolver la libertad que es lo que quiere decir la palabra liberación: el hombre se vuelve libre de aquello de que era esclavo. El hombre se libera del pecado, porque no se puede librar de la culpa sin que Dios confiera nuevamente la belleza sobrenatural de la gracia arruinada por el pecado.

Y por la caridad logramos el perdón de los pecados, según aquel pasaje de Lc 7, 47: *Le han sido perdonados muchos pecados, porque amó mucho.*<sup>35</sup>

La pasión, que tiene como motor fundamental la caridad, enciende el amor en aquellos que reciben su efecto. Además, nos libra del demonio, puesto que el hombre caído en el pecado está en poder del Maligno.

Dice el Señor, en Jn 12, 31-32, cuando se acerca su pasión: *Ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera, y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré todas las cosas hacia mí.*<sup>36</sup>

Secundo, in quantum inspiravit ei voluntatem patiendi pro nobis, infundendo ei caritatem. Unde ibidem sequitur, oblatum est quia voluit."

<sup>34</sup>Ibidem: "Tertio, non protegendo eum a passione, sed exponendo persequentibus. Unde, ut legitur Matth. XXVII, pendens in cruce Christus dicebat, Deus meus ut quid dereliquisti me? Quia scilicet potestati persequentium eum exposuit, ut Augustinus dicit."

<sup>35</sup>Sth III, q. 49, a. 1, c.: "Per caritatem autem consequimur veniam peccatorum, secundum illud Luc. VII, dimissa sunt ei peccata multa, quoniam dilexit multum"

<sup>36</sup>Sth III, q. 49, a. 2, sc.: "Dominus dicit, Ioan. XII, passione imminente, nunc princeps huius mundi eiicietur foras, et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum."



La doctrina de Santo Tomás es muy clara con respecto a este punto:

Acerca del poder que ejercía el demonio sobre los hombres antes de la pasión de Cristo, hay que tener en cuenta tres cosas: La primera, por parte del hombre, que, con su pecado, mereció ser entregado en poder del diablo, que le había vencido mediante la tentación. La segunda, por parte de Dios, ofendido por el hombre al pecar, el cual, en virtud de su justicia, dejó al hombre en poder del demonio. La tercera, por parte del mismo diablo que con su pésima voluntad, impedía al hombre la consecución de la salvación. Así pues, en cuanto a lo primero, el hombre quedó libre del poder del diablo por la pasión de Cristo, dado que esta es causa de la remisión de los pecados, como se ha dicho. Por lo que se reconciamos con Dios, como luego se dirá. Y en lo que atañe a lo tercero, la pasión de Cristo nos libró del diablo, porque este

excedió, a la hora de la pasión de Cristo, el límite del poder que Dios le había concedido, maquinando la muerte de Cristo, que no la había merecido, por estar exento de pecado.<sup>37</sup>

Así sucede también cuando nosotros luchamos contra el diablo que, cuando estamos unidos a Dios, se equivoca y va más allá de los límites que Dios le concede para tentarnos, es decir, más allá de los límites de aquello que verdaderamente nos sirve en nuestra vida espiritual. En efecto, cuando va más allá de ello, podemos vencerlo únicamente si estamos profundamente unidos a Dios como lo estaba Jesucristo, que era el mismo Hijo de Dios. Por el contrario, cuando caemos en el pecado o nos preparamos a ello, poco a poco nos vamos poniendo en la disposición de recibir ese influjo negativo. Al acercarnos a Dios, nos vamos liberando de esa posibilidad aunque, como explica Santo Tomás<sup>38</sup>, eso no significa que el diablo nos deje, sino que significa la necesidad de luchar más.

Los hombres, por la pasión de Cristo, son liberados de la pena del pecado, que es el infierno. Más aún, se trata del único modo de liberarse del mismo. Ciertamente, Él padeció, en cierta manera, pagando la pena que correspondía a los pecados, el infierno. Padeció de una manera que es suficiente para restituir el orden de la justicia violado por el pecado y que requería la pena del castigo eterno.

El acto de la pasión es un acto de amor; no es sólo un acto de justicia, aunque la incluye. Por eso Cristo con su pasión nos libera de la pena. Pero, sobre todo, por ese acto de amor nos hace amigos de Dios, nos reconcilia, nos pone en condición de comunicación y amistad con Dios, precisamente porque “[...] quita el pecado por el que los hombres se constituyen en enemigos de Dios,



<sup>37</sup>STh III, q. 49, a. 2, c.: “Circa potestatem quam diabolus in homines exercebat ante Christi passionem, tria sunt consideranda. Primum quidem est ex parte hominis, qui suo peccato meruit ut in potestatem traderetur deaboli, per cuius tentationem fuerat superatus. Aliud autem est ex parte Dei, quem homo peccando offenderat, qui, per suam iustitiam, hominem reliquerat potestati diaboli. Tertium autem est ex parte ipsius diaoli, qui sua nequissima voluntate hominem a consecutione salutis impediabat. Quantum autem ad secundum, dicendum quod passio Christi nos a potestate diaboli liberavit, in quantum nos Deo reconciliavit, ut infra dicetur. Quantum vero ad tertium, passio Christi nos a diabolo liberavit, in quantum in passione Christi excessit modum potestatis sibi traditae a Deo, machinando in mortem Christi, qui non habebat meritum mortis, cum esset absque peccato.”

<sup>38</sup>Cf. STh III, q. 41, a. 1, c.

<sup>39</sup>STh III, q. 49, a. 4, c.: “Uno modo, in quantum removet peccatum, per quod homines constituuntur inimici Dei, secundum illud Sap. XIV, similiter odio sunt Deo impius et impietas eius; et in Psalmo, odisti omnes qui operantur iniquitatem.”



## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

---

según el pasaje de Sab14, 9: *Dios aborrece por igual al impío y a su impiedad; y en Sal 5,7 se dice: Odias a todos los que obran iniquidad.*<sup>39</sup>

Pero, también, retornamos a esa amistad porque Cristo ofrece a Dios

[...] un sacrificio gratisimo. Es un efecto propio del sacrificio el de aplacar a Dios, como acontece con el hombre que perdona la ofensa cometida contra él, en atención a un obsequio que se le hace. Por esto se dice en 1 Sam 26, 19: *Si es el Señor quien te excita contra mí, que Él reciba el olor de una ofrenda.* Y, de igual modo, fue un bien tan grande el que Cristo padeciese voluntariamente que, por causa de este bien hallado en la naturaleza humana, Dios se aplacó en relación con todas las ofensas del género humano, en cuanto a aquellos que están unidos a Cristo paciente.<sup>40</sup>

*Artículo tomado del libro Experiencia Espiritual, una introducción a la vida mística con la autorización del P. Ignacio Andereggen, autor del mismo.*

---

<sup>40</sup>Ibidem: "Alio modo, in quantum est Deo sacrificiym acceptissimum. Est enim hoc proprie sacrificio effectus, ut per ipsum placetur Deus, sicut cum homo offensam in se commissam remittit propter aliquod obsequium acceptum quod ei exhibetur. Unde dicitur I Reg. XXVI, si dominus incitat te adversum me, odoretur sacrificium. Et similiter tantum bonum fuit quod Christus voluntarie passus est, quod propter hoc bonum in natura humana inventum, Deus placatus est quod propter hoc bonum in natura humana inventum, Deus placatus est super omni offensa generis humani, quantum ad eos qui Christo passo coniunguntur secundum modum praemisum."



# Conferencia sobre María, Rosa Mística, Madre de los sacerdotes



**P. Pedro Barraón, L.C.**

Doctor en Teología, Rector de la Universidad Europea de Roma y profesor de Antropología teológica.

Queridos amigos, me da mucho gusto saludarles en este congreso dedicado a la devoción de María como Rosa Mística. Sabemos que las letanías lauretanas invocan a María como Rosa Mística y que en el santuario de Montichiari y en muchos otros santuarios marianos Ella es invocada con este apelativo.

Quisiera en un primer momento recordar el significado de esta letanía, para ulteriormente detenerme más a considerar María como Madre de los sacerdotes, como es especialmente invocada en el santuario de Montichiari.

1. El significado de la simbología de la rosa
2. María Madre, educa al sacerdote en sus relaciones con Dios
3. María como Madre del sacerdote, lo impulsa a la misión
4. María Madre de la Iglesia, invita a amar a la Iglesia
5. Rosa Mística, Virgen Inmaculada, Madre de la sonrisa

## 1. La simbología de la rosa

Hay un refrán francés que dice: “*dites-le avec des fleurs*”. Se refiere al hecho de que el hombre, cuando quiere expresar sus sentimientos y sus afectos, debe hacerlo a veces con gestos o con realidades que a veces

dicen más que las palabras. La flor expresa muy bien la belleza y la delicadeza de un afecto, y Dios también quiere en su relación con el hombre manifestar su amor hacia nosotros a través de esos signos. Al querer darnos una flor como signo de su amor, nos ha dado en María una flor, una rosa, llamada por la tradición eclesial “rosa mística”.

La invocación “rosa mística” probablemente viene de algunos textos bíblicos que citaré a continuación. Curiosamente la palabra “rosa” no abunda en la Escritura. Aparece muy pocas veces. Vamos a recordarlas. En el libro de la Sabiduría (1, 7 y 8) aparece la palabra. Los que no son sabios quieren aprovechar la vida terrena, pero olvidándose de la vida eterna: “Embriaguémonos de vino exquisito y de perfumes, no dejemos pasar la flor de la primavera, coronémonos de rosas antes que se marchiten. Ninguno de nosotros quede libre de nuestra orgía. Dejemos en todas partes los signos de nuestra alegría porque esto nos corresponde; esto es nuestra parte”. La palabra “rosa” aquí no tiene ningún significado especial en cuanto que su contexto es simplemente el manifestar alegría y regocijo, como quien se corona con rosas antes de que se marchiten. Aquí la rosa representa la belleza de esta flor, pero es una belleza que pasa y que dura por un tiempo relativamente breve. En esta cita la palabra rosa significa la belleza de una flor que dura un tiempo más bien corto.





## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

Otra ocasión en donde aparece la palabra rosa es en el capítulo 24 del libro del Sirácide, en donde la sabiduría realiza un elogio de sí misma (v. 14). La Sabiduría que se presenta como nacida del Altísimo, pero que, por voluntad de Éste, se esparce por la creación y también pone su demora entre los hombres. Más en concreto ha querido habitar en Judá y en Jerusalén. El autor sagrado luego trata de describir la belleza de esta sabiduría como un cedro del Líbano, como un ciprés del monte Hermón, como una palmera en Engaddi o como una rosa en Jericó. La sabiduría es bella como estas plantas o como una rosa en la ciudad de Jericó, cuyo clima favorece el crecimiento de las rosas. En el mismo libro, en el capítulo 39 (v.13), en el que se hace una alabanza a la sabiduría, se desea a los hijos de la sabiduría que crezcan como una rosa al lado de un torrente. Aquí se ensalza también la belleza de la rosa que crece llena de color cuando tiene agua suficiente. En el capítulo 50 del mismo libro, en donde se hace una alabanza del sumo sacerdote Simón, se dice de él que era como “la flor de las rosas en la estación de la primavera” (50, 8). Se trata, como es lógico, de una metáfora en donde se habla sobre todo de las cualidades morales de este sumo sacerdote.

En el Cantar de los Cantares la esposa dice que es como una rosa de Sarón, como un lirio de los valles (2, 1). Algunas traducciones añaden qué tipo de rosa es: “un narciso”. No tenemos muchas más referencias de la rosa en la Biblia y no tenemos una referencia directa a la “rosa mística”. El adjetivo “mística” podría significar espiritual u oculta, no revelada. El apelativo de Rosa Mística aplicado a María podría provenir de ambos significados. Ella tiene la belleza espiritual propia de una rosa y también en ella se dan bellezas espirituales ocultas todavía no reveladas y que la Iglesia va descubriendo poco a poco movida por el Espíritu Santo.

El significado de la Rosa Mística también ha sido comentado por algunos autores espirituales. Entre ellos sobresale el de Newman, quien en su libro sobre María habla de Ella como

“la flor más bella que nunca se haya visto en el mundo espiritual. Es por el poder de la gracia de Dios que de esta tierra, árida y desolada, han despuntado las flores de santidad y de gloria. Y María es su Reina. Por esto es llamada rosa, porque justamente se considera como la flor más bella. Pero aún hay más: María es Rosa Mística o ‘escondida’, porque mística quiere decir escondido.



¿En qué modo María está ‘escondida’ a nosotros más que los otros santos? ¿Cuál es el valor de este singular título que nosotros le aplicamos a ella de una manera especial? La respuesta a esta pregunta nos invita a considerar un tercer motivo que justificaba la reunión del cuerpo sagrado de María a su alma y su ascensión al cielo después de su muerte, antes de la resurrección universal en el último día. El problema es el siguiente: ¿Si su cuerpo no estuviese en el cielo, dónde estaría ahora? ¿Cómo se explica el hecho que el lugar donde podría encontrarse permanece desconocido? ¿Por qué no escuchamos hablar de su sepulcro como si estuviera en un lugar bien determinado? ¿Por qué no se hacen peregrinaciones a ese supuesto lugar? ¿Y por qué no hay reliquias de ella como se encuentran de otros santos? Un instinto natural nos hace reverentes hacia los lugares donde nuestros muertos han sido sepultados. Sepultamos a los grandes hombres con honores. San Pedro habla del sepulcro de David, que era bien conocido todavía en sus días, aunque hubiera muerto mucho tiempo antes. Cuando nuestro Señor fue depuesto de la cruz, fue colocado en una tumba preciosa. Gran honor se tributaba a la tumba de San Juan Bautista, como resulta del testimonio de Marcos, que habla de un lugar universalmente conocido. Desde los tiempos antiguos los cristianos de toda la tierra iban a Jerusalén para venerar los lugares santos. Y cuando terminaron las persecuciones dieron un culto especial a los cuerpos de los mártires y de los santos, como ocurrió con San Esteban, San Marcos, San Bernabé, San Pedro y San Pablo, así como con los demás apóstoles y mártires. Los llevaban a las



ciudades más grandes, los exponían a la veneración pública, y mandaban sus reliquias a las diversas comunidades cristianas. Desde el inicio una gran característica de la Iglesia fue la de ser devota y reverente hacia los cuerpos de los santos. Ahora bien, si había alguien que debía ser especialmente venerado y amado era precisamente el cuerpo de la Bienaventurada Virgen. ¿Y entonces por qué no sabemos nada de él ni de sus reliquias? ¿Por qué es ella verdaderamente la rosa escondida? ¿Cómo es concebible el que aquellos que fueron tan premurosos y reverentes hacia los cuerpos de los santos y de los mártires hayan olvidado el cuerpo de aquella que es la reina de los mártires y de los santos y la Madre del Señor? Ello es imposible. ¿Por qué entonces María es la Rosa escondida? Sólo y seguramente porque su cuerpo sagrado no está ya en la tierra, sino en el cielo<sup>1</sup>.

## 2. María Madre, educa al sacerdote en sus relaciones con Dios

Para entender la maternidad especial de María en relación al sacerdote, tenemos que recordar primero su maternidad en relación a Cristo, su Hijo. Ella no sólo ha generado su Hijo sino que lo ha preparado también para su misión. Dice el beato Juan Pablo II: “María ha contribuido a preparar al Hijo a su misión sacerdotal, favoreciendo

el desarrollo de todas sus cualidades humanas. Cuando Jesús revela su corazón manso y humilde, abierto a todos, acogedor y benévolo, lleno de compasión hacia los infelices, a todos ofrecerá los frutos de un desarrollo en el que María ha tenido una parte notable, aunque escondida<sup>2</sup>. María ha formado primero Cristo también como sacerdote. Ha contribuido a la acción del Espíritu Santo que lo preparaba para su misión redentora. De igual modo ella ayuda a los discípulos de su Hijo, especialmente a los sacerdotes, a cumplir su vocación específica. Esto lo realiza como educadora en ellos de las principales virtudes: la fe, la esperanza y la caridad; en una palabra, como hombres de Dios, lanzándolos al mundo para cumplir su misión específica que continúa la obra de Cristo.

### *Educadora en la fe*

La fe es una virtud esencial en la vida cristiana y aún más en la del sacerdote, que vive su consagración total a Cristo en el ministerio en la fe pura. “El sacerdote está llamado a dar testimonio de su fe con su actividad y con toda su vida. Cuando celebra la Eucaristía y administra los sacramentos manifiesta su fe. En sus contactos pastorales debe sostener a sus hermanos en la fe, responder a sus dudas y objeciones, reforzar a los que son turbados o que dudan<sup>3</sup>. En la formación de la fe del sacerdote, en la perseverancia en sus pruebas, en las dudas, en las vacilaciones, en los momentos de confusión y turbación, María está al lado del sacerdote para reforzar su fe y formar su fe. Ella, feliz porque ha creído, los ayuda a aumentar su fe, a celebrar los sacramentos con mayor devoción, a hacer una lectura sobrenatural de todos los acontecimientos de su vida, incluso aquellos que más podrían parecer como incomprensibles.

Ahora bien, el sacerdote no sólo debe cuidar su propia fe, sino que es un animador y un promotor de la fe en su comunidad. En la sociedad en la que vivimos hoy no podemos ser solamente hombres y mujeres de una fe para nosotros, sino que hemos de tener el valor de proponerla, contagiarla. El sacerdote que está al lado de María vive como Ella el misterio de Dios en sí mismo y es capaz de animar la fe de muchos, de iluminar la llama de

<sup>1</sup>J. H. NEWMAN, *Maria, pagine scelte*, Paoline, Cinisello Balsamo, pp. 211-212.

<sup>2</sup>JUAN PABLO II, *Angelus* del 10 de diciembre, 1989, en “Gli Angelus di Giovanni Paolo II verso il Sinodo sulla formazione dei sacerdoti”, LEV, Città del Vaticano, 1990, p. 11.

<sup>3</sup>JUAN PABLO II, *Angelus* del 17 de diciembre, 1989, en “Gli Angelus di Giovanni Paolo II verso il Sinodo sulla formazione dei sacerdoti”, LEV, Città del Vaticano, 1990, p. 13



## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

la fe en muchos corazones.

### *Educadora en la esperanza*

La esperanza es una virtud teologal que permite al cristiano mirar más allá del horizonte limitado de su existencia, más allá de los obstáculos, dificultades, nubarrones, oscuridad. El hombre de esperanza da en torno suyo entusiasmo, fuerza, vitalidad. María fue una mujer de esperanza, sea en los largos años de Nazaret que en los dolorosos momentos de la pasión, así como en los años primeros de la Iglesia naciente. Ella educa el corazón del sacerdote a la esperanza de tal modo que todo espera de Cristo, pero se compromete como si todo dependiera de él. "El mundo está sediento de esperanza. Se siente oprimido por muchos males, afligido por numerosas pruebas. Por todas partes se constatan los dramas de la miseria y de las tragedias provocadas por las pasiones humanas... El sacerdote, hombre de esperanza, dará valor a todos los esfuerzos de buena voluntad, pero tenderá sobre todo a desarrollar en torno a sí la esperanza que no engaña (Rom 5, 5)". María enseña al sacerdote a esperar contra toda esperanza, como Abrahán. A dar al mundo la esperanza de Cristo, el Hijo de María. El sacerdote que pone su sacerdocio bajo el manto de María sabrá esperar, sabrá ver la mano providente de Dios en el mundo, en los demás y en sí mismo, aún en medio del dolor, de aquellas situaciones en las que humanamente parece que no puede haber y ni es lícito poder esperar nada.

### *Educadora en la caridad*

El sacerdote es el hombre de la caridad, del mandamiento nuevo de Jesucristo. Aquél que vive a pecho aquel memorable: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado". El sacerdote sabe que tiene que amar a todos como Cristo amó, sin distinción de razas, sexo, condición; más allá de las simpatías o antipatías. El sacerdote sabe que a él Jesús le pide la caridad perfecta, aquella que describió san Pablo a los corintios: aquella que todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta; aquella que es benigna, que es magnánima, que es paciente, que no morirá jamás. ¿Dónde podrá aprender esa caridad sin límites el sacerdote? La caridad hay que aprenderla. No viene de modo espontáneo. El sacerdote la aprende del

Hijo de María y de María misma. María se presenta como Madre en cuanto educa al hijo sacerdote a saber amar a todos, a no tener preferencias, a ser buen samaritano con todos aquellos que han caído en poder de ladrones, a los miserables, a los pobres y oprimidos. "Como pastor del grey de Cristo, él (el sacerdote) no puede olvidar que su Maestro ha llegado a dar su propia vida por amor. A la luz de un tal ejemplo, el sacerdote sabe que no es dueño de sí mismo, sino que sabe que debe hacerse todo a todos, aceptando todo sacrificio relacionado con el amor"<sup>4</sup>.

### *María como Madre enseña al sacerdote a ser hombre de Dios*

Juan Pablo II ha dado una descripción muy bella del sacerdote cuando ha dicho que "el sacerdote es el hombre de Dios, que pertenece a Dios y que hace pensar a Dios". El mundo de hoy y de siempre necesita a Dios. Nosotros, cada uno de nosotros, necesita a Dios. El hombre, a pesar de lo que hayan propuesto algunos filósofos contemporáneos y algunos modelos de cultura, no puede vivir sin Dios. Mejor dicho, puede vivir una vida sin Dios, pero es una vida no humana. En el apogeo del marxismo se llegó a pensar que el hombre podía construir una sociedad sin Dios, que Dios era el opio del hombre. Habiendo derribado el gran ídolo del teísmo, el hombre quedaría definitivamente libre para ser él mismo. Sin embargo, ya sabemos que históricamente no fue así. El hombre sin Dios llegó a ser inhumano, a matar a tantos otros semejantes en el hombre de un humanismo de rostro inhumano. El hombre de hoy y de siempre busca a



<sup>4</sup>JUAN PABLO II, *Angelus* del 18 febrero del 1990, en "Gli Angelus di Giovanni Paolo II verso il Sinodo sulla formazione dei sacerdoti", LEV, Città del Vaticano, 1990, p. 27.





Dios. Y lo puede encontrar en la creación, en la historia, en la Sagrada Escritura. Pero por voluntad divina, siguiendo el dinamismo de la encarnación, el hombre encuentra a Dios a través del otro hombre, a través de quien ha sido constituido para las cosas que tienen que ver con Dios, el sacerdote.

Hombre de Dios significa que pertenece a Dios. Él es propiedad de Dios. Ya en el Antiguo Testamento la tribu de Leví, dedicada al culto de Dios, no recibió ninguna tierra en la repartición de la Palestina, porque su heredad era Dios mismo. El sacerdote pertenece a Dios y Dios es la herencia del sacerdote. El sacerdote no pertenece a una mujer, ni a un grupo, ni a un partido. El sacerdote es de todos y para todos. Esto quiere decir que ya no se pertenece, porque pertenece a Dios.

Por ello el sacerdote hace pensar en Dios. Su sola presencia es un reclamo de lo trascendente; se le podrá admirar o reprobado, rechazar o acoger; la gente podrá acercarse a él para una bendición o para un insulto; pero nadie se queda indiferente ante un hombre que ha optado en su vida por Dios.

“El sacerdote es el encargado de las relaciones de la humanidad con Dios. Por ello él está continuamente dirigido hacia Dios para hacer llegar a Dios los ofrecimientos humanos y para conducir a todo el pueblo de los creyentes a rendir homenaje a Dios”<sup>5</sup>. ¿Y de quién podrá aprender éste estar continuamente relacionado con Dios y los hombres, este ser “pontífice”, en el sentido literal de la expresión latina, sino María que vivió en su propia carne el misterio de Dios? ¿Quién sino de Ella se puede decir lo que Juan decía en su primera carta: “lo que nosotros hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que nuestras manos han tocado, es decir, el Verbo de la vida” (1 Jn 1, 1)? Ella, que vivió en su carne el misterio de Dios encarnado, es la que mejor que nadie puede hacer penetrar al hombre en el misterio de Dios. Y esto es especialmente válido para el sacerdote que sacramentalmente vive como nadie ese misterio también como María en su propia carne, en su propio ser, en su cuerpo y su alma de sacerdote.

“El mundo corre el riesgo de cerrarse en sí mismo, de buscar sólo las propias satisfacciones. Es necesario que



haya personas capaces de hacerlo salir de su horizonte limitado y de elevar la mirada hacia Dios”<sup>6</sup>.

Nadie como Ella es capaz de mostrar al hombre el rostro de Cristo. Para comunicar a Dios, al Dios Padre que nos revela su Hijo, el sacerdote debe él mismo asemejarse a Cristo. Deberá ser el “*alter Christus*” que el mundo espera con ansia. Si da a Cristo, el sacerdote cumplirá su misión. Si se da sólo a sí mismo, quedará vacío. María de nuevo está ahí al lado del sacerdote para ayudarlo a descubrir el rostro de su Hijo, para hacer del sacerdote otro hijo suyo en el Espíritu. En cierto sentido María ayuda a modelar en el alma del sacerdote la imagen de Cristo para hacerse más semejante a Él. En la medida en que esto sea así, el sacerdote será más amado por María, porque Ella verá en él la fisonomía espiritual de su Hijo.

### 3. María como Madre del sacerdote, lo impulsa a la misión

El sacerdote es un cooperador de Dios. Así se define a sí mismo San Pablo: “nosotros somos los cooperadores de Dios” (1 Cor 3, 9). El sacerdote coopera a la obra de la salvación de los hombres a través de su ministerio y la entrega de toda su vida al Reino de Dios. Él es un administrador de las cosas de Dios. Como cooperador y administrador, es pastor de las ovejas que Cristo le confía. No se puede concebir un sacerdote que no tenga clara su misión de ser pastor del rebaño de Cristo. La cooperación significa que el sacerdote, en

<sup>5</sup>J. JUAN PABLO II, *Angelus* del 4 de marzo del 1990, en “*Gli Angelus* di Giovanni Paolo II verso il Sinodo sulla formazione dei sacerdoti”, LEV, Città del Vaticano, 1990, p. 30.

<sup>6</sup>Ibid., p. 31.





## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

esta misión, no es un simple instrumento pasivo, sino que colabora con sus dotes naturales de inteligencia y voluntad y con los dones sobrenaturales que Dios le da, con los carismas del Espíritu Santo, en esta gran obra.

El sacerdocio es, en este sentido, esencialmente misionero en cuanto que el sacerdote es predicador de la palabra de Cristo, el embajador de su evangelio en el mundo. A él principalmente, aunque no exclusivamente, se le confía, junto con los Obispos, el gran mandato misionero: “Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda creatura” (Mc 16, 15). Él debe sentir en su corazón el mismo celo de San Pablo: “¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio! (1 Cor 9, 16). Ha habido sacerdotes ejemplares que han dedicado toda su vida a la difusión del Evangelio, sea en la misión “ad gentes”, sea también como misioneros en las zonas donde el Evangelio ya había sido predicado, pero donde se necesitaba una nueva evangelización.

María también fue cooperadora con su “sí” generoso al plan de Dios. Ella aceptó libremente los sacrificios y las renunciaciones que ello comportaba, asumió en su vida una actitud de colaboración generosa y consciente en la obra de la redención. “El futuro de la Iglesia –decía el Papa Juan Pablo II- depende en gran medida de la generosidad y de la cooperación de los sacerdotes”<sup>7</sup>. Ella viene considerada como “Reina de los apóstoles” porque perseveraba con ellos en oración esperando la venida del



Espíritu Santo (Hch 1, 14).

María abre el corazón del sacerdote ante la gran misión que Cristo le presenta, que no es sólo el estrecho ámbito de una parroquia o de una misión eclesial específica; es el mundo entero, el vasto horizonte de la Iglesia universal, aun si deberá ejercer su ministerio dentro del círculo concreto de sus deberes primordiales pastorales. El Papa Francisco nos ha recordado que el pastor tiene que tener “olor a oveja”. María enseña al sacerdote a saber entregarse por el rebaño, a saber dar, día a día, su vida por las ovejas a él encomendadas.

#### 4. María, Madre de la Iglesia invita a amar a la Iglesia

El Concilio Vaticano II, en un acto solemne, proclamó a María “Madre de la Iglesia”. El número 63 de la *Lumen Gentium* presenta a María como íntimamente unida a la Iglesia precisamente por ser Madre del Hijo de Dios, su Fundador. Ella es el tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo. La Iglesia, que es también madre y virgen, tiene en Ella un perfecto modelo.

La Iglesia dirige su mirada hacia Aquella que engendró a Cristo para que Él también nazca y crezca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles. Y ve en María el “ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres”<sup>8</sup>.

Una de las funciones maternas de María para con el fiel en general y el sacerdote en especial es el de saber forjar en ellos un amor hacia la Iglesia Madre, formando en ellos un “alma eclesial”. Pablo VI decía que María nos enseña a nosotros este amor a la Iglesia porque María nos obtiene el amor, el amor a Cristo su Hijo ante todo, pero también el amor a la Iglesia. Este amor a la Iglesia María lo enseña a sus hijos ayudándolos a ser hombres fuertes y fieles.

La Iglesia tiene necesidad de hombres fuertes que sean capaces de llevar a cabo el gran combate de la fe y que puedan decir al final de sus vidas lo que dijo

<sup>7</sup>JUAN PABLO II, *Angelus* del 25 de marzo del 1990, en “Gli Angelus di Giovanni Paolo II verso il Sinodo sulla formazione dei sacerdoti”, LEV, Città del Vaticano, 1990, p. 37.

<sup>8</sup>*Lumen Gentium*, 65.



San Pablo de la vida: “He peleado el buen combate, ha acabado la carrera, he guardado la fe” (2 Tim 4, 7). María es la mujer fuerte que sabe estar firme al pie de la cruz y que acepta con fortaleza el sacrificio. Ella enseña a sus hijos a resistir las tentaciones y a combatir con entereza por el bien de las almas.

La Iglesia también tiene necesidad de hijos fieles. Santa Teresa de Ávila decía que ella quería ser una fiel hija de la Iglesia. Ser fiel hijo de la Iglesia significa acogerla, amarla, defenderla, protegerla, expandirla. El sacerdote está llamado a una fidelidad especial en cuanto que él tiene también especiales privilegios. Uno de ellos es “tomar consigo a María”, llevarla a su casa, como hizo Juan después de que Jesús le dijera: “He ahí a tu Madre”. En este sentido, el sacerdote está llamado a ser “hijo predilecto de María”: “habiendo sido proclamada por Jesús madre de un sacerdote, María se ha convertido de modo muy especial en madre de los sacerdotes. Ella es la encargada de vigilar sobre el desarrollo de la vida sacerdotal en la Iglesia, desarrollo íntimamente ligado a la vida cristiana”<sup>9</sup>. Lo que aquí afirma Juan Pablo II es muy importante en cuanto que da a María un especial encargo en el cuidado de los sacerdotes. Ella es la madre de los sacerdotes, como Madre de la Iglesia, y además vigila por el desarrollo de la vida sacerdotal en la Iglesia. Esta verdad teológica ha sido vivida de modo espontáneo por tantos y tantos sacerdotes que, a lo largo de la historia, se han distinguido por su piedad mariana, así como por los testimonios de tantas vocaciones sacerdotales que han comprendido que María jugaba un papel de privilegio en el origen y desarrollo de su vocación.

Uno de los grandes eventos eclesiales de los últimos tiempos, el Concilio Vaticano II, ha sido puesto bajo la especial protección de María. El papa Benedicto XVI decía en la homilía del 8 de diciembre del 2005, a cuarenta años de la clausura de este gran evento eclesial: “Un marco mariano rodea al Concilio. En realidad, es mucho más que un marco: es una orientación de todo su camino. Nos remite, como remitía entonces a los padres del Concilio, a la imagen de la Virgen que escucha, que vive de la palabra de Dios, que guarda en su corazón las palabras que le vienen de Dios y, uniéndolas como en un mosaico, aprende a comprenderlas (cf. Lc 2, 19. 51); nos remite a la gran creyente que, llena de confianza, se pone en las manos de Dios, abandonándose a su voluntad; nos



remite a la humilde Madre que, cuando la misión del Hijo lo exige, se aparta; y, al mismo tiempo, a la mujer valiente que, mientras los discípulos huyen, está al pie de la cruz”. El concilio da inicio el 11 de octubre de 1962, que entonces era la fiesta de María como Madre de la Iglesia, y termina un ocho de diciembre, el día de la Inmaculada. Dos marcos de referencia marianos envuelven este evento eclesial que tantas gracias ha traído a la Iglesia, allí donde, como recordaba el mismo Papa Benedicto, ha sido correctamente interpretado.

Cuando Pablo VI, al terminar la tercera sesión del Concilio el 21 de noviembre de 1964, afirma: “Por lo tanto, para gloria de la Beata Virgen María y para nuestra alegría, declaramos a María Santísima Madre de la Iglesia (*Mariam Sanctissimam declaramus Matrem Ecclesiae*), es decir, de todo el pueblo cristiano, tanto de los fieles como de los Pastores, que la invocan como Madre amantísima, y declaramos que con este suavísimo nombre todo el pueblo cristiano le atribuya tal nombre para mayor honor de la Madre Dios y lo use en las súplicas”, está recogiendo un uso y una tradición que no es sólo fruto de una especulación teológica, sino de la fe vivida del pueblo de Dios por siglos.

<sup>9</sup>JUAN PABLO II, *Angelus* del 11 de febrero del 1990, en “Gli Angelus di Giovanni Paolo II verso il Sinodo sulla formazione dei sacerdoti”, LEV, Città del Vaticano, 1990, p. 24.



## 5. Rosa Mística, Virgen Inmaculada, Madre de la sonrisa

Concluimos nuestra conferencia sobre la Rosa Mística, título atribuido desde antiguo a María y de modo especial en el santuario de las Fontanelle en Montichiari, poniendo en relación este título mariano con el hecho de que María es Inmaculada desde su concepción.

María es Rosa Mística por su singular relación con Cristo, el más bello de los hijos de los hombres. Cristo, en cuanto hombre, quiso convertirse en Hijo suyo. Así, “al estar totalmente unida a Cristo, nos pertenece también totalmente a nosotros. Sí, podemos decir que María está cerca de nosotros como ningún otro ser humano, porque Cristo es hombre para los hombres y todo su ser es un ser para nosotros”<sup>10</sup>. Como Rosa Mística, María es capaz también de unir en Ella, precisamente por su estrecha relación con Cristo, el aspecto jerárquico y el aspecto carismático de la Iglesia. El papa Benedicto afirma que el “aspecto petrino de la Iglesia está incluido en el mariano. En María, la Inmaculada, encontramos la esencia de la Iglesia de un modo no deformado. De ella debemos aprender a convertirnos nosotros mismos en “almas eclesiales” —así se expresaban los Padres—, para poder presentarnos también nosotros, según la palabra de san Pablo, “inmaculados” delante del Señor, tal como él nos quiso desde el principio (cf. Col 1, 21; Ef 1, 4)”<sup>11</sup>.



Sabemos bien que la Rosa es símbolo tanto de pureza como de pasión. Quien no tiene pecado es capaz de amar con pureza y con pasión. El pecado deforma el amor. María Inmaculada nos ayuda, como Rosa Mística, a establecer en la Iglesia y en el alma el equilibrio propio del amor. Nos ayuda a amar como vírgenes y como esposos, a amar con total pureza y total pasión. La Iglesia necesita de estas almas que amen con la pureza del corazón de un niño y con la pasión de corazón de un enamorado. María, como Virgen, Madre y Esposa nos enseña la belleza de este amor.

Toda rosa tiene espinas. La Rosa Mística que es María sufrió las espinas de la Pasión de su Hijo. Pero esas “lágrimas que derramó al pie de la Cruz se han transformado en una sonrisa que ya nada podrá extinguir, permaneciendo intacta, sin embargo, su compasión maternal por nosotros”<sup>12</sup>. María, Rosa Mística, “ama a cada uno de sus hijos prestando una atención particular a quienes, como su Hijo en la hora de su Pasión, están sumidos en el dolor; los ama simplemente porque son sus hijos, según la voluntad de Cristo en la Cruz”<sup>13</sup>.

Recibir en regalo una rosa es causa de alegría para quien la recibe, y si quien da la flor lo hace con una sonrisa el regalo es doblemente apreciado. María nos regala, como Rosa Mística, su sonrisa. Esa sonrisa que los místicos han tratado de penetrar, que los artistas han tratado de inmortalizar, que el pueblo de Dios ha visto en el rostro amable y dulce de María. “Este sonreír de María es para todos; pero se dirige muy especialmente a quienes sufren, para que encuentren en Ella consuelo y sosiego. Buscar la sonrisa de María no es sentimentalismo devoto o desfasado, sino más bien la expresión justa de la relación viva y profundamente humana que nos une con la que Cristo nos ha dado como Madre”<sup>14</sup>.

“Desear contemplar la sonrisa de la Virgen no es dejarse llevar por una imaginación descontrolada”<sup>15</sup>, comenta el Papa Benedicto. A través de su sonrisa, ella comparte con nosotros la alegría de su corazón, que es la alegría de Dios. Los santos, como Bernardette o como

<sup>10</sup>J BENEDICTO XVI, Homilía del 8 diciembre del 2005

<sup>11</sup>*Ibid.*

<sup>12</sup>BENEDICTO XVI, Homilía en Lourdes, 15 de septiembre 2008.

<sup>13</sup>*Ibid.*

<sup>14</sup>*Ibid.*

<sup>15</sup>*Ibid.*



## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

Santa Teresa del Niño de Jesús, quedaron transformados por la sonrisa de María. A través de su sonrisa, María dio a conocer a Bernardette el misterio de ser Inmaculada. Quien no conoce el pecado, vive en la alegría de Dios. Esa sonrisa suya refleja toda la ternura de Dios hacia nosotros, sobre todo hacia quien sufre en el cuerpo o en el alma. Por eso, mirar a María es llenarse de la paz que viene de la ausencia de pecado, llenarse del gozo de la plenitud de quien es infinitamente inocente, sabio, todopoderoso y amable. Esa sonrisa nos ayuda a soportar con paciencia nuestra propia cruz y las debilidades de los demás.

“En una manifestación tan simple de ternura como la sonrisa nos damos cuenta de que nuestra única riqueza es el amor que Dios nos regala y que pasa por el corazón de la que ha llegado a ser nuestra Madre. Buscar esa sonrisa es ante todo acoger la gratuidad del amor; es también saber provocar esa sonrisa con nuestros esfuerzos por vivir según la Palabra de su Hijo amado, del mismo modo que un niño trata de hacer brotar la sonrisa de su madre haciendo lo que le gusta. Y sabemos lo que agrada a María por las palabras que dirigió a los sirvientes de Caná: “Haced lo que Él os diga” (Jn 2,5)”<sup>16</sup>. ¡Qué bella reflexión del Papa Benedicto, que nos sitúa en esa gratuidad propia de quien da una flor y de quien la recibe con gratitud!

Dios ha querido regalar a la humanidad la flor de María, esa rosa encendida del amor que nos invita a elevar nuestros corazones a Dios, que nos revela la belleza divina y el perfume del amor, y que, como Madre de la Iglesia y madre de los sacerdotes, derrama su perfume de amor, de humildad, de dulzura y de sencillez a un mundo donde reina el odio, la soberbia, la dureza y la complicación excesivamente racional.

Por eso quisiera terminar mi intervención con una oración a María que, como Rosa Mística, inunda nuestros corazones del perfume de Dios, del “*bonus odor Christi*”, una oración tomada del Papa Paolo VI: “María, te pedimos el amor, el amor único, el amor sumo, el amor total, el amor don, el amor sacrificio. Enséñanos lo que ya conocemos y lo que ya humildemente profesamos: a ser inmaculados como tú lo eres... María, pediremos a tu ejemplo e intercesión la esperanza. *Spes nostra, salve!* ¡También de esperanza tenemos necesidad y cuánta! Tú eres, María, la gran lección sobre la Iglesia de Dios, imagen

e inicio de la Iglesia, la cual deberá tener su cumplimiento en la edad futura. Así, sobre la tierra resplandeces ahora ante el Pueblo de Dios como signo de cierta esperanza y de consolución, o *Mater Ecclesiae!*”<sup>17</sup>.



<sup>16</sup>Ibid.

<sup>17</sup>PABLO VI, Audiencia del 22 de octubre de 1969.





# “La ideología del “gender” denunciada en su esencia por Benedicto XVI, y el deber de la Iglesia ante la misma”



**P. Alfonso López Muñoz, L.C.**

Doctor en filosofía, Licenciado en teología dogmática

“La Iglesia no debe limitarse a transmitir a sus fieles sólo en mensaje de la salvación” ya que “la fe en el Creador es una parte esencial del credo cristiano [...]. Ella tiene una responsabilidad ante la creación y debe hacer valer esta responsabilidad también en público [...]. Y al hacerlo debe defender no sólo la tierra, el agua y el aire como dones de la creación que pertenecen a todos [...]. Debe defender al hombre contra la destrucción de sí mismo [...]. Es necesario que haga una especie de ecología del hombre, entendida en sentido justo”.

En este discurso a la Curia Romana en ocasión de la presentación de los saludos navideños, el 22 de diciembre del 2008, del cual están tomadas estas frases que sirven de pórtico a este artículo, nos parece que el Papa Benedicto XVI dice lo esencial sobre la ideología del género, la cual está siendo promovida con una gran fuerza y tremenda virulencia desde organismos internacionales y desde los gobiernos mismos en muchas naciones del mundo, o mejor dicho en la mayoría de

éstas. Se trata de algo bien orquestado, perversamente ideado y diabólicamente promovido como si fuera un bien, como si realmente fuera un ‘derecho’, e impuesto con una soberbia que no puede provenir sino del mismísimo demonio. En efecto, dicha ideología toca tan de lleno la esencia de la creación en general, y la creación del hombre en particular, que realmente habría que adjudicarle al enemigo primero de la naturaleza humana (“enemigo de natura humana” lo llamará San Ignacio de Loyola en los Ejercicios espirituales, en las Anotaciones), es decir al mismísimo demonio, en primera persona, su parte en esto. Es algo realmente diabólico. Es, como también diría en alguna ocasión Benedicto XVI, “el pecado contra Dios Creador”<sup>1</sup>.

En efecto, como el demonio no ha podido vencer ni al Dios Redentor, Jesucristo, ni a su Esposa, la Iglesia, contra la cual “las puertas del infierno no prevalecerán” (Mt. 16, 18)<sup>2</sup>, por eso lo que la astuta serpiente ataca, en los últimos tiempos, es al hombre en su esencia, al ser

<sup>1</sup>Esto se lo dijo al Papa Francisco antes del viaje de éste a Polonia en julio del 2016, lo cual fue referido por él mismo en su encuentro con los Sres. Obispos en el país de san Juan Pablo II, con quienes habló precisamente sobre la ideología del género. Decía el Papa Francisco que se había reunido con Benedicto y que le había dicho justamente eso: “Estamos en la época del pecado contra Dios creador”.

<sup>2</sup>Como es sabido, el término “infierno” se refiere en este texto al “hades” griego, que equivale al “seol” hebreo, que indicaba simplemente el destino o mansión de los muertos; sin embargo, Jesús, al indicar las “puertas” de tal lugar o estado, se refiere



humano en su raíz, en su origen, para lo cual se vale de 'los poderosos de este mundo', o que se creen tales. Sin embargo, se ha de insistir, no prevalecerán: "*Sed non prevalevunt*".

Decimos que la ideología de género es algo demoníaco y que no se entiende como fruto de la sola maldad del hombre -que en sí misma puede ya ser mucha, como lo demuestra la historia de la Humanidad, antigua y reciente-, dado que es tan claro el ataque a la razón natural y a la evidencia, a la realidad, que no se entiende tamaño engaño al sentido común sin hacer intervenir una fuerza preternatural, es decir, de un espíritu maligno muy poderoso. Dicho "sentido común" pareciera ser hoy -como diría alguien- "el menos común de los sentidos". Negar la evidencia de la diferencia sexual es, insistimos, negar la realidad. Pero lo curioso es que quienes quieren imponer esta mentira antropológica supina son materialistas que, en su pretensión, resultan más espiritualistas que quienes creen en la trascendencia de las cosas y en la Trascendencia misma. Es decir, quienes propugnan tamaña orgía intelectual (o mejor: pseudo-intelectual) no son sino portavoces del espíritu del mal, es decir del diablo, precisamente porque éste es un espíritu puro, es decir un ángel, pero un ángel que se rebeló para siempre contra Dios.

La tradición cristiana, en la primera referencia que hace al inicio de la rebelión del diablo y los ángeles que siguieron a aquél, es decir, los demás demonios,



apenas insinúa, con un pudor del todo particular, el inicio del fracaso de esa criatura que, siendo hermosa e inteligentísima -como de suyo son los ángeles-, se rebeló contra Dios y Sus designios, cuando refiere un simple "No serviré ("*Non serviam*") en labios de Satanás. Por lo tanto, a la raíz del pecado, del pecado original y de todo pecado personal, se trata de un acto soberbia supina y absoluta, entendiendo este término literalmente: ab-soluto: es decir, que no se puede ya deshacer, disolver. No se puede dar marcha atrás. Y es que "el que es homicida desde el principio" (Jn. 8, 44), y lo será sin fin, irreversiblemente. Es pues, el Lucifer mismo, el 'autor intelectual' -o mejor: el autor 'anti-intelectual' (contra la inteligencia)- de este sinsentido de la ideología del género.

El Papa Francisco llamó en alguna ocasión verdadera "revolución", y también se refirió en otra ocasión a ésta como una "bomba atómica", en el sentido de que aniquila al hombre completamente. En efecto, se trata de la destrucción del hombre por el hombre mismo, como dice el Papa Benedicto XVI según referíamos al inicio de este artículo; pero es una destrucción radical (es decir en su raíz misma). Por tanto, se trata de un ataque frontal del mal en persona contra la persona del hombre, contra su ser persona, pues la persona humana es imagen de la Persona con mayúsculas, del Dios personal. Ir en contra de esta verdad fundamental y primigenia es destruir al hombre; es proponer una 'nueva creación', mas no en sentido paulino de re-creación del hombre desde su naturaleza caída, sino todo lo contrario: hundirlo más en su caída; es eso: deshacerlo, destruirlo, anularlo. Se trata, pues, de una rebelión muy profunda, a nivel metafísico. Por ende, es algo que supera al hombre mismo; es una mentira que procede de una inteligencia superior, pero perversa, enferma de odio mortal; es algo que viene de un ser que está inmerso y sin salida en una "enfermedad mortal" -para decirlo con Kierkegaard- y eterna, porque así lo decidió él mismo.

Todo pecado es una ofensa contra la razón, la verdad y la conciencia recta, como enseña el Catecismo de la Iglesia Católica (Cfr. nn. 1849 y 1850). Mas este pecado metafísico, insistimos, es decir esta rebelión contra el mismo ser originario del hombre es aún más: es un pecado contra la misma realidad, contra la creación misma, contra el designio creador de Dios. En ese sentido,

en concreto a las potencias del mal, que tras haber arrastrado a los hombres hacia la muerte del pecado, los retienen en la muerte eterna, de la cual nos ha liberado Cristo con su muerte y resurrección.



## DIMENSIÓN INTELECTUAL



podemos decir que es un pecado directo para con Dios, por lo cual se trata de un pecado especialmente grave el afirmarlo, defenderlo y propagarlo. Es una rebelión radical hacia Dios, hacia el ser creado por Dios, hacia el ser mismo. Se trata de un nihilismo antropológico, como el de Nietzsche o Sartre, pero en realidad es más profundo, más sutil, que nace en el orgullo más radical de la creatura que se alza contra el Creador, pero que tiene su causa última no en el ser humano sino que, como venimos diciendo, en una inteligencia superior, pero totalmente tergiversada y para siempre, totalmente decidida por el mal, habiendo traicionado de una vez y para siempre su inclinación natural al bien. Por eso estamos ante un mal muy fuerte, muy poderoso en su mal mismo; una verdadera rebelión, o, para decirlo una vez más con el Papa Francisco, una verdadera “revolución” en el ser, una ‘revolución metafísica’; o para decirlo en palabras de Jesús mismo: “es el reino de las tinieblas” en pleno.

Pero volvamos a lo que afirmaba Benedicto XVI; a manera de síntesis:

- 1) La Iglesia tiene la responsabilidad del mensaje de creación, no sólo del mensaje de salvación;
- 2) Debe hacerlo públicamente;
- 3) Haciéndolo, defiende al hombre contra la destrucción de sí mismo;

Por ello, el Papa Emérito afirma que “si la Iglesia habla de la naturaleza del ser humano como hombre y mujer, y pide que este orden sea respetado”, es porque ésta no es una metafísica superada”. ¡Para nada! Todo lo contrario. Pues en realidad dicha “metafísica” es el mensaje escrito en la naturaleza misma del hombre, y éste

es el único mensaje válido que lleva al hombre a su propia realización y felicidad; lo contrario es en realidad una ‘anti-metafísica’, en el sentido que no es, ni expresa, ni pretende tal realización y felicidad del ser humano en su propio ser, pues no puede ni ser, ni expresar ni pretender construir y realizar al hombre, sino todo lo contrario, ni mucho menos puede ser el camino de su felicidad verdadera; más bien dicha supuesta metafísica busca precisamente la destrucción de su ser, pero de su ser más íntimo, de su ser último: precisamente de su ser “metafísico”, para reiterarlo con Benedicto XVI. En definitiva se trata de una -podríamos decir- “anti-metafísica”, es decir una metafísica del *no ser*, o mejor: del *anti-ser*; lo cual es lo opuesto a la verdadera “metafísica”, a la metafísica en sí misma. De hecho, como bien sabemos, dicho nombre tiene su origen, en primer lugar, en un dato meramente cronológico-espacial, en cuanto Aristóteles colocó dicho tratado después del que trataba la Física; en efecto, “meta” significa ‘más allá’, o simplemente ‘después de’: ‘lo que está después de’, ‘lo que sigue a’. Ahora bien, ciertamente no se trata de un simple orden de colocación de tratados en una estantería; lo que el Estagirita pretende con tal nombre es que se considere a dicho tratado como el estudio de ‘las cosas que están detrás de las cosas’, es decir de las “causas últimas” del ser mismo de las cosas: causa eficiente, causa material, causa formal, causa final. A dicho análisis profundo de la realidad el gran filósofo la llama también “Ciencia primera”, por la misma razón de que llega hasta las causas primeras del ser. No podemos en este artículo explayarnos en el tema; por lo demás, se trata de conceptos fundamentales de la metafísica que estudiamos todos en el seminario, como parte fundamental del programa de estudios filosóficos, e incluso ya en los estudios preuniversitarios durante la preparatoria en la mayoría de los programas de estudios en todas partes se incluye por lo menos algunos elementos esenciales de dicha metafísica de Aristóteles, que, como bien sabemos, está a la base del pensamiento y cultura occidentales. Basta concluir al respecto que la metafísica que defiende la Iglesia es la metafísica verdadera, perenne, indispensable, evidente e irrefutable. Es lo que es: es simplemente; simplemente es.

En ese mismo discurso del cual citábamos algunas frases al inicio de este trabajo, el Papa Benedicto XVI insistirá en que de lo que se trata es de “la fe en el creador” y “de la escucha del lenguaje el desprecio del cual significaría una autodestrucción del hombre, y por lo tanto de una destrucción de la obra misma de Dios”. Dicho lo cual, el Papa afirmará “eso que muchas veces se dice



y se entiende con el término de *'gender'* en definitiva no indica sino "la auto-emancipación del hombre del Creador". Se trata, por tanto, de una emancipación, de un separarse de Dios; se trata –según ese dicho tan plástico– de un "cortar el cordón umbilical" respecto del Creador: es decir, en el fondo es un pecado de autosuficiencia, de soberbia y orgullo. Es la perenne tentación y el pecado de nuestros primeros padres, más allá de una desobediencia transitoria, de una caída sólo 'leve': es apartarse de Dios, mas no sólo, porque aquí se trata de una pretendida auto-donación del poder creador mismo de Dios: "seréis como dioses" (*"eritis sicut dii"*: Gen. 3, 5).

"El hombre quiere 'hacerse' por sí mismo y disponer, siempre y exclusivamente por sí mismo, de lo que le atañe", es decir, de lo que le pertenece, o mejor dicho: de lo que cree que le pertenece o pretende que le pertenezca. De esta manera, señalará también Benedicto XVI, el hombre "vive contra la verdad, contra el Espíritu Creador". Esto me recuerda cómo san Juan Pablo II, en su encíclica sobre el Espíritu Santo, *"Dominum et vivificantem"*, hablaba del marxismo o comunismo marxista como un 'pecado contra el Espíritu Santo'. Por tanto, "el pecado contra Dios creador" a nivel colectivo es el marxismo leninista; en cambio, ese mismo pecado a nivel individual se llama hoy *"ideología de género"*.

Una de las caras de ese pecado contra el Espíritu Santo también se llama hoy día "ecologismo", tan preocupado de los bosques, pero casi para nada preocupado por el hombre «y de su verdadera salud integral: no sólo física, y ni siquiera solamente psicológica, sino netamente espiritual»; es por eso que el Papa Benedicto XVI en susodicho discurso volverá al ataque contra éste: "Los bosques tropicales ameritan, sí, nuestra protección; sin embargo no lo amerita menos el hombre en tanto creatura, en la cual está inscrito un mensaje que no significa una contradicción de nuestra libertad, sino su condición". Es decir, la verdad se cumple en el hombre en la medida en que éste respete en sí mismo lo que él es, en lugar de buscar defender lo que él no es, es decir una mentira, a costa de anular la verdad sobre sí mismo, y con ello anularse a sí mismo. Eso es precisamente lo que está a la base del término "autodestrucción" que utiliza el Papa.

Ahora bien, lo que está aquí en juego es, en efecto, el principio de creación; es decir, el principio de vida. Y Dios es el principio de todo lo creado. Dios creó la vida; participó su vida eterna intramundana, y

en la creación ésta adquirió una esencia multiforme, símbolo y manifestación de esa 'sobreabundancia' que es la misma vida de Dios; es más, la vida, la Vida con mayúsculas, es Dios mismo, como bien dice Jesús mismo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Jn. 16, 6); y un poco antes: "Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia" (Jn. 10, 10); y ya antes el mismo discípulo amado señalará en el Prólogo de su Evangelio, refiriéndose a Jesús como Palabra de Dios, como Verbo Eterno "que se hizo carne" (Jn. 1, 14): "Lo que se hizo en Ella, era la vida" (Jn. 1, 3-4).

Jesús mismo, pues, verdadero Dios y verdadero hombre, nos ha revelado a Dios Padre, con el cual, y juntamente con el Espíritu Santo, son la Vida misma, la Vida de la Trinidad eterna. Jesús es, pues, "resplandor de la gloria de Dios e impronta de su [de Dios] sustancia" (Heb. 1, 3). Y este mismo texto nos presenta esa vida que da vida, como la vida misma que "sostiene" toda vida y todo lo creado, cuando a lo anterior añade: "y el que sostiene todo con su palabra poderosa" (Ib.). Por tanto, es Dios mismo la Vida Eterna, y Jesús, en cuanto "resplandor" e "impronta de su sustancia" es la manifestación de esa Vida Eterna, e la vida en su misma esencia y fuente.

Esa vida que Él nos compartió desde la creación, ya que somos creados en el Hijo (Cfr. Gal. 4, 4-5), nos la compartió nueva y nuevamente en la Redención (somos 'hijos en el Hijo'), dándonos una "nueva vida" en Él, ya que "en Él vivimos, existimos y somos" (Hch. 17, 28). Y esa vida de la que venimos hablando, y que en último término es participación de la misma Vida Divina, tiene que ver, por supuesto, con la sexualidad, y por tanto con el matrimonio y con la familia.







## DIMENSIÓN INTELECTUAL

El entonces cardenal Joseph Ratzinger, en el primero de los libros-entrevista que le hicieran –en este caso el converso escritor y periodista italiano Vittorio Messori fue el entrevistador-, afirmaba que un tal concepto de “género” “disimula una insurrección contra los límites que el hombre lleva dentro de sí mismo como ser biológico”; por eso, el mismo Ratzinger ya como Benedicto XVI –siempre en el mismo discurso ya citado- hace ver cómo “grandes teólogos de la Escolástica han calificado el matrimonio como el vínculo por toda la vida entre un hombre y una mujer como sacramento de la creación que el mismo Creador ha instituido y que Cristo –sin modificar el mensaje de la creación- acogió después en la historia de la alianza con los hombres”. Es decir, Jesús elevó el matrimonio natural a sacramento, pero al designarlo como “sacramento de la creación”, los teólogos escolásticos subrayaban la sacralidad de la misma creación y por ende de del matrimonio natural, el cual Cristo y con Él la Iglesia respetan, porque, para decirlo precisamente con aquel principio de la teología católica que afirma que “la gracia no destruye la naturaleza sino que la presupone”, al mismo tiempo que “la sana, la eleva y la perfecciona”. Es por eso que a no ser por las excepciones denominadas como “privilegio petrino” y “privilegio paulino”, el matrimonio natural ha de ser respetado y conservado. Es por eso por lo que, como dice el Papa, “forma parte del anuncio que la Iglesia debe dar el testimonio en favor del Espíritu Creador presente en la naturaleza del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios”.

Al final de su discurso, el Papa indica como una necesidad el “releer la Encíclica *Humanae vitae*, con la cual “la intención del Papa Paulo VI era el defender el amor contra la sexualidad como consumo, el futuro contra la pretensión exclusiva del presente y la naturaleza del hombre contra la manipulación de ésta”. “Manipulación” dice “manejar”, “someter”, “modelar”, “hacer con las manos”. El libro del Génesis, en efecto, utiliza un verbo análogo para describir la creación del ser humano: “Y tomando barro en sus manos, lo moldeó y sopló él [el hombre] aliento de vida” (Gen. 2, 7). Si el Papa Benedicto recuerda que Paulo VI lo que quería era hacer frente a la tentación del consumismo en el amor, a tal pretensión del “*carpe diem*” y contra la “manipulación” del hombre, de la naturaleza del ser humano, entonces es urgente que la Humanidad misma testimonie, con su propia historia, las consecuencias del olvido de su estatuto antropológico -es decir de su naturaleza en cuanto tal-, que no son sino las consecuencias graves y por demás nefastas del escuchar



a la serpiente y creerle cuando, como ya recordábamos antes, ésta les tentaba con aquel “Seréis como dioses”, en lugar de -como decía Benedicto XVI- “escuchar el lenguaje de la creación”. Lo contrario, insistimos con el Papa, significa simple y llanamente la “autodestrucción del hombre”, es decir, “la destrucción de la obra misma de Dios”.

Por todo ello, insistimos, el gran Papa Emérito Benedicto XVI nos dice que hoy, más que nunca, la Iglesia tiene la grave misión y obligación de anunciar, promover y defender “el mensaje de la creación”, y no sólo “el mensaje de la redención”, precisamente porque el demonio está ahora atacando a la Iglesia y al hombre en general precisamente en este registro fundamental y primario de su ser creatura. Pero ha de hacerlo “públicamente”, aun y cuando ello signifique -y esté ya significando- el ser perseguidos, atacados, e incluso privados de nuestra libertad y de nuestros derechos más elementales. Así, la Iglesia defiende al hombre en cuanto tal, al hombre contra “la destrucción de sí mismo”. Por tanto, seamos valientes, oremos y actuemos con valentía.



# El perfil actual del confesor: actitudes esenciales



**Mons. José Rafael Palma Capetillo**  
Obispo Auxiliar de Xalapa

## Introducción

Es evidente que ser sacerdote siempre significa el maravilloso fruto de la llamada de Dios, es decir, es una vocación, no solamente una profesión. En efecto, la labor de un presbítero exige determinadas características que no pueden faltar en su vida y ministerio. ¿Cuáles son esas características? Se pueden señalar con precisión al referirnos al perfil del presbítero, el cual es señalado con una recapitulación asombrosa, contenida en el decreto del Concilio Vaticano II, *Presbyterorum ordinis*.

Ordinariamente cuando se habla del 'perfil' de una persona se refiere a sus rasgos más característicos; también se le da el significado de lo distintivo e incluso los requisitos para ejercer alguna encomienda importante. Ahora vamos a referirnos de manera especial al 'retrato moral' del confesor. Se trata de un perfil ideal del confesor, es decir, un anhelo profundo que lleva cada presbítero impreso por Dios en su corazón, con sus metas y líneas de acción señaladas con claridad y en forma motivadora.

En realidad, el perfil es un ideal alcanzable, posible para todo presbítero, es decir, accesible a todo aquel que ha descubierto y se ha propuesto firmemente responder a su vocación como persona elegida por Dios e inserta en cada Iglesia local. Aunque se trata de unos rasgos definidos y objetivamente siempre válidos, no es un esquema rígido, limitado y unívoco, sino una orientación significativa acerca de las nobles virtudes y capacidades que, a lo largo de la historia, han distinguido a los sacerdotes ordenados como ministros de la misericordia. Aquí nos vamos a referir a un aspecto del perfil sacerdotal, que es el que tiene como confesor.

## I. LA ACTITUD DEL CONFESOR

### 1. El confesor como buen pastor

La gente que solicita el sacramento de la penitencia, y con mayor razón quienes lo frecuentan o acuden periódicamente, tienen unas expectativas que nos indican cuál es el perfil ideal del confesor. La experiencia que va teniendo el sacerdote en el ejercicio de su ministerio, su oración por el pueblo que se le ha encomendado y su actitud permanente de buen pastor, las va expresando en su deseo firme de servir a Cristo en los hermanos, quienes necesitan crecer en la esperanza de ser sanados y liberados del mal moral, que es el pecado.

El Papa Juan Pablo II se dirige a todos los sacerdotes, como ministros del sacramento de la reconciliación, para que seamos también los beneficiarios de este signo del perdón:

*"Como en cada uno de los sacramentos, el sacerdote, ministro de la penitencia, actúa **in persona Christi...** Éste es, sin duda, el más difícil y delicado, el más fatigoso y exigente, pero también uno de los más hermosos y consoladores ministerios del sacerdote; y precisamente por eso, no me cansaré nunca de invitar a mis hermanos obispos y presbíteros a su fiel y diligente cumplimiento". "Cada confesionario es un lugar privilegiado y bendito, desde el cual, canceladas las divisiones, nace nuevo e incontaminado un ser humano reconciliado, un mundo reconciliado. Finalmente, la vida espiritual y pastoral del sacerdote, como la de los hermanos laicos y consagrados, depende, por su calidad y fervor, de la asidua y consciente práctica personal del*



## DIMENSIÓN PASTORAL

sacramento de la penitencia. Toda la existencia sacerdotal sufre un inevitable decaimiento, si le falta, por negligencia o cualquier otro motivo, el recurso periódico e inspirado en una auténtica fe y devoción al sacramento de la reconciliación. En un sacerdote que no se confesase o se confesase mal, su ser como sacerdote y su ministerio se resentirían muy pronto. El sacerdote necesita recurrir a la fuente de gracia y santidad presente en este sacramento. Nosotros sacerdotes podemos decir con toda razón que, en la medida en la que recurrimos atentamente al sacramento de la penitencia y nos acercamos al mismo con frecuencia y buenas disposiciones, cumplimos mejor nuestro ministerio de confesores y aseguramos el beneficio del mismo a los penitentes”.

Todo sacerdote es un buen confesor, porque tiene la gracia del sacramento del orden y ha recibido la formación satisfactoria durante su formación en el Seminario; sin embargo, el perfil del confesor se resalta y perfecciona en su actitud atenta y paciente al recibir al pecador arrepentido que se acerca al sacramento, para ayudarlo a ponerse en la presencia de Dios.

### 2. ¿Cómo reconocer y cultivar el perfil del confesor?

La respuesta la encontramos en el ejemplo de Jesús, Buen Pastor (cf. Jn 10,1-7), que es un texto que cada vez podemos ir profundizando cada vez más en la oración y el ejercicio del ministerio.

En la confesión, el presbítero hace una verdadera labor ‘pastoral’, porque representa a Cristo Buen Pastor, quien conoce, cuida, alimenta y da la vida por las ovejas. Es recomendable usar siempre la creatividad cuando el confesor impone alguna penitencia, tratando de que lleve al penitente hacia una conversión más profunda y a la liberación plena y saludable. Si el confesor nota que alguien no da signos de sincero arrepentimiento, deberá exhortarle a realizar una satisfacción o penitencia saludable. En el ejercicio de esta labor sanadora, el sacerdote ha de pedir a Dios paciencia y caridad ante la insensatez y la cerrazón, dejando que el Espíritu Santo dé frutos de penitencia a su tiempo en el que se ha acercado a la confesión. Aunque el confesor se sienta alterado, ya sea por el cansancio o el disgusto, deberá hacer el esfuerzo de transparentar a Cristo Buen Pastor, “juez y



médico” (canon 978), al aconsejar, corregir e indicar la penitencia adecuada.

“La misericordia es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. Es la vía que une a Dios con el ser humano, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados, no obstante el límite de nuestro pecado”. Cristo en su trato con los pecadores no hace trivial el pecado, porque quiere más bien atraerlos hacia sí. Jesús no sólo espera a que acudan a Él; frecuentemente es Él quien va a buscarles.

Una indicación profunda y a la vez muy práctica para el confesor es que: “No menoscabar en nada la saludable doctrina de Cristo es una forma de caridad eminente hacia los fieles. Jesús fue ciertamente intransigente con el mal, pero misericordioso con las personas”. Jesús justifica su conducta de acercamiento y compasión hacia los pecadores, diciendo que así actúa el Padre celestial. Ser misericordiosos se presenta así como un aspecto esencial del ser “a imagen y semejanza de Dios”. “Sean misericordiosos, como su Padre es misericordioso” (Lc 6,36).

Un elemento primordial del sacramento de la reconciliación, después de la confesión de los pecados confesados, es la *absolución*, la cual compete al confesor. Éste, como es instrumento de la misericordia de Dios, acoge y perdona a aquél que regresa a casa (cf. Lc 15,11,31). Este elemento tan importante a veces

<sup>1</sup>JUAN PABLO II, Exhortación Reconciliatio et paenitentia, 2 de diciembre de 1984, 29.

<sup>2</sup>JUAN PABLO II, Reconciliatio et paenitentia, 31.

<sup>3</sup>Papa FRANCISCO, Carta apostólica Misericordiae vultus, 11 abril 2015, 2.



no logra tener siempre suficientemente el significado e impacto que requiere; porque mayormente se simplifica, incluso con frecuencia se reduce a su mínima expresión –por ejemplo, al usar la fórmula más breve–, cuando en realidad debe representar la maravillosa oportunidad de sentirse ‘abrazados’ espiritualmente por la misericordia divina. De acuerdo a las normas litúrgicas, para la absolución sacramental es necesario mantener el signo de la imposición de la mano (al menos la derecha) sobre la cabeza del penitente, acompañado de la fórmula: *Dios, Padre misericordioso, que reconcilió al mundo consigo por la muerte y resurrección de su Hijo, y envió al Espíritu Santo para el perdón de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.* Es necesario –en el procedimiento ordinario del sacramento– que el confesor escuche los pecados confesados que va a ‘desatar’ (cf. Mt 18,18) y sea escuchado en los consejos y correcciones que presente al penitente, sobre todo al pronunciar las palabras con las que Dios disuelve las culpas cometidas. La absolución es una parte del sacramento de la reconciliación que debe ser más valorada por todos.

El confesor tendrá presente su labor de ser un instrumento, que lleva al coloquio de la conciencia con Dios. La confesión es el signo que nos hace conservar la disposición necesaria para aceptar la humillación merecida por nuestros pecados, cuya declaración va acompañada a veces de la confusión, la vergüenza o el miedo. La firmeza del sigilo sacramental y la santidad de la confesión como signo sagrado resguardan cuidadosamente del peligro de escandalizar o de perder la buena reputación.

## II. LA ACTITUD DEL PENITENTE

### 1. ¿Cómo llega el penitente a la confesión?

El penitente puede llegar al sacramento de la reconciliación ya sea bien preparado y motivado, ya sea con prisa y confundido. De cualquier manera, lo importante es que se acerca a confesar y se presenta delante de Dios para pedir perdón de sus pecados.

Con frecuencia, se da en el corazón de los seres humanos el *sentido de culpa* auténtico, que es una llamada de Dios a un arrepentimiento sincero, profundo, definitivo y movido por el amor a Dios, que conduce al firme propósito de no volver a pecar jamás, con la ayuda de la gracia de Dios. Se da, en cambio, el *complejo de culpabilidad*, que es como remordimiento obsesivo, como una remembranza insana de sus faltas pasadas, de quien no ha aprendido a perdonar o no se siente perdonado por Dios. Algunos no han tenido la formación de su conciencia y viven sin reflexionar ni examinar su vida. Hay quienes se sienten con una carga muy pesada y se sienten con frecuencia indignos y a veces desalentados. Hay otros que tratan de echar la culpa a otros o justificarse, disminuyendo su responsabilidad, y hay quienes cargan incluso las culpas de otros, sintiéndose incluso cómplices de lo que vieron u oyeron, o de lo que están enterados sin poder hacer algo en contra para superar el mal.

*“Hacer memoria de nuestros pecados, de los cuales el Señor nos ha salvado, es dar gloria a Dios”.* Uno de los aspectos que requieren la disponibilidad del penitente es la aceptación de la culpa, que corresponde a los pecados que ha cometido conscientemente y con plena voluntad, y que requieren una cuidadosa revisión de vida y un proceso de conversión. Desde la moral cristiana, la aceptación de la culpabilidad de lo que cada uno ha cometido y también cuando se ha dado una complicidad, refleja una conciencia sincera y recta, que conduce a un auténtico arrepentimiento y un cambio de actitud. Sabiamente la psicología como ciencia nos advierte de tener cuidado de los complejos de culpa, que se dan con frecuencia en el ser humano, y que influyen en su comportamiento personal y social. La expresión del *Miserere*: *“Tengo siempre presente mi pecado, contra ti solo pequé, cometí la maldad que aborreces”* (Salmo 50), expresa un reconocimiento de la necesidad de Dios





## DIMENSIÓN PASTORAL

y su perdón. El que ha pecado y tiene presente toda la vida esa desagradable experiencia de ‘alejamiento’ de Dios, la recuerda permanentemente para no caer en lo mismo o en algo peor. Se reconoce, además, que todo pecado representa una maldad detestada por Dios. Puede darse que una persona, movida por el miedo o confusión, se resista a aceptar la parte de la responsabilidad que tiene en lo que ha cometido, a pesar de la evidencia de la gravedad del acto pecaminoso cometido y sus consecuencias. También puede influir en esta resistencia a la sensatez la falta de preparación moral o la superficialidad para confrontar su conciencia, debido a las distracciones o ritmo de vida. Tenemos que reconocer la nobleza del hecho de confesar los pecados, aunque sea de modo imperfecto. Algunas personas se afanan por explicar el motivo por el que han caído en una falta, o dicen le pecado: Insulto, digo mentiras, odio a tal persona, etcétera, y añaden: “pero no mucho”; es decir, se acusan y se justifican al mismo tiempo. A pesar de esta limitación, ¡se están confesando!, y con eso ya tienen el derecho para solicitar la absolución; desde luego siempre y cuando no tengan algún impedimento.

*“Dado que el fiel está obligado a confesar, según su especie y número, todos los pecados graves cometidos después del bautismo y aún no perdonados por la potestad de las llaves de la Iglesia, ni acusados en la confesión individual, de los cuales tenga conciencia después de un examen diligente, se reprueba cualquier uso que restrinja la confesión a una acusación genérica o limitada, a sólo uno o más pecados considerados más significativos. Por otro lado, teniendo en cuenta la vocación de todos los fieles a la santidad, se les recomienda también confesar los pecados veniales”.* En efecto, para cada ser humano –mortal y pecador– es necesario e imprescindible presentarse ante el ministro de Cristo, que es el presbítero, para enunciar individual e íntegramente sus pecados, y recibir con mayor exactitud y provecho la absolución sacramental de tales faltas cometidas.

El arrepentimiento sincero y definitivo es un elemento imprescindible para el perfeccionamiento o santidad que Cristo nos ofrece con el sacramento del perdón. Sin embargo, con frecuencia, el arrepentimiento más que un requisito previo, es el resultado o fruto que se da en quienes han entrado en la dinámica de la reconciliación. Por lo tanto, ningún confesor debe negar la absolución al pecador que se acerca a decir sus pecados, acompañado por el miedo o el cumplimiento

de una promesa o el acatamiento de un requisito, etcétera, ya que de esta confesión puede resultar como fruto, con la fuerza de la gracia sacramental, la contrición que provoca el amor misericordioso de Dios. *“Ante la conciencia del fiel, que se abre al confesor con una mezcla de miedo y de confianza, éste está llamado a una alta tarea que servicio a la penitencia y a la reconciliación humana”.* De cualquier modo, el confesor debe ayudar al perfeccionamiento del arrepentimiento y sostener que la contrición es un elemento básico e imprescindible de la conversión y la vida nueva de todo discípulo de Cristo.

Finalmente, la satisfacción o penitencia es considerada la ‘corona’ (o el culmen) de la confesión sacramental. *“Hacer penitencia quiere decir, sobre todo, restablecer el equilibrio y la armonía rotos por el pecado, cambiar de dirección incluso a costa de sacrificio”.* Así el pecador arrepentido acepta entrar a una dinámica de renovación de vida. El arrepentimiento auténtico exige, además, que el hombre revise la propia vida, reintegrándola a Dios y a su designio de amor, y repare diligentemente los daños cometidos. La satisfacción no es propiamente el precio que se paga por el pecado absuelto y por el perdón recibido; porque ninguna aportación humana puede equivaler a lo que se ha obtenido como fruto de la preciosísima Sangre de Cristo, *“derramada por muchos para el perdón de los pecados”* (Mc 14,24; Mt 26,28).

*“Las obras de satisfacción son el signo del compromiso personal que el cristiano ha asumido ante Dios al participar del sacramento de la reconciliación, en vistas a comenzar una existencia nueva. Por ello no deberían reducirse solamente a algunas fórmulas para recitar, sino también deben consistir en acciones de culto, caridad, misericordia y de auténtica reparación. Las obras de satisfacción incluyen la idea de que el pecador perdonado es capaz de unir su propia mortificación física y espiritual, buscada o al menos aceptada, a la pasión de Jesús, que le ha obtenido el perdón; recuerdan que también después de la absolución queda en el cristiano una zona de sombra, debida a las heridas del pecado, a la imperfección del amor en el arrepentimiento, a la debilitación de las facultades espirituales en las que obra un foco infeccioso de pecado, que siempre es necesario combatir con la mortificación y la penitencia. Tal es el significado de la humilde y sincera satisfacción”.* Las satisfacciones impuestas para pagar las penas, que merecemos por las culpas que hemos cometido, deben ir despertando una actitud penitencial en el corazón de



cada discípulo de Cristo. Tales penitencias tienen un sentido reparador y suelen tener también un sentido correctivo.

Cada ser humano, cuando cae en el pecado, tiene que levantarse y pedir perdón para que Dios lo libere y restituya a la vida de gracia. El individuo humano puede y debe intentar 'reparar el orden' infringido por el pecado; pero, en su raíz, necesita reconocer como absolutamente indispensable una ayuda que le venga de fuera, es decir de Dios, quien es el único que puede librarlo de la condición de esclavitud en la cual ha caído. Al respecto, los textos el Concilio Vaticano II señalan que: *"El ser humano se encuentra incapacitado para superar eficazmente por sí mismo los asaltos del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado (encadenado o atrapado). Pero el Señor mismo ha venido a liberarlo y a darle fuerza, renovándolo interiormente y expulsando de él al príncipe de este mundo, que lo retenía en la esclavitud del pecado"*. Ésta es la necesidad que tiene todo discípulo de Cristo de acudir al sacramento de la reconciliación y cubrir una adecuada penitencia o satisfacción.

### 2. ¿Cómo se retira el penitente al salir de la confesión de sus pecados?

Hay que ayudar al penitente para que tome mayor conciencia de que está participando de un sacramento, para ponerse con toda confianza en las manos de Dios. Y no debe irse con una sensación de vacío, sino perdonado y lleno de la experiencia de la misericordia. Si el pecador arrepentido se siente bien recibido podrá participar mejor del ambiente sagrado de la confesión. Y aunque no fuera así, Dios se vale de los errores humanos para purificar

la conciencia y multiplica los caminos de la conversión. Incluso cuando alguna persona que se acerca a confesar tiene un impedimento para recibir la absolución, debe reconocer una nueva luz para reiniciar, con la ayuda de Dios, un camino de renovación interior y de su vida.

El confesor debe ayudar al que se acerca al sacramento de la reconciliación a comprender que la conversión es un proceso, es obra de Dios, Él mueve los corazones cuando quiere. De nuestra parte, colaboramos con disponibilidad, con apertura a la gracia. El mismo sacramento hará efecto a su tiempo. Todos estamos en las manos de Dios: el confesor y el penitente. En este proceso, el sacerdote es un valioso instrumento de la gracia y la misericordia de Dios. Para algunas personas la conversión ya se ha logrado desde que se levantaron de su caída y han reencontrado el camino con la ayuda de Dios. Otros más tarde renovarán su respuesta a la gracia de la vida nueva en Cristo. La excelente obra de los padres de la Iglesia, titulada El Pastor de Hermas, señala que: *'La conversión no es solamente encontrar el camino que se había perdido, sino comenzar de nuevo, recuperar el entusiasmo como al principio del recorrido'*.

Otra ventaja de examinar la conciencia y acercarse a la confesión es la maravillosa oportunidad de hacer un alto delante de Dios e interiorizar lo que el pecador ha cometido o le ha hecho falta. Los seres humanos –por el ritmo de vida que llevamos– vivimos a veces como exteriorizados, es decir, volcados hacia afuera, absorbidos por el qué hacer. Y no tenemos tiempo para pensar ni para revisar seriamente nuestra actuación diaria, ni cuestionarnos sobre nuestras actitudes sobresalientes. Sin embargo, Dios ha dado a cada ser humano la capacidad ordinaria de detenerse frecuentemente en su actividad diaria, para reflexionar, revisar más detenidamente sus proyectos y compromisos, y, sobre todo, fomentar en su persona una coherencia de vida.

Tenemos que responder, pues, a la llamada de Dios, quien nos habla desde el interior de nuestro corazón e ilumina nuestras prácticas externas. Cuando el Concilio Vaticano II se refiere a la constitución de la persona humana, resalta la superioridad de ésta sobre el universo material, precisamente por la conciencia que Dios lo ha dado. En este contexto, la conciencia moral equivale a esa profunda interioridad: *"Por su interioridad el ser humano es, en efecto, superior al universo entero; a esta profunda interioridad retoma cuando entra dentro de su corazón, donde Dios le aguarda escrutador de los*





## DIMENSIÓN PASTORAL



corazones y donde personalmente, bajo la mirada de Dios, decide su propio destino". Cada persona que se acerca al sacramento del perdón tendrá la oportunidad de abrirse al proceso de conversión permanente e interiorizar con atención en su vida y el servicio que realiza en el nombre de Dios a favor de su prójimo.

### Conclusiones

En cada confesionario nace un ser humano reconciliado. La confesión de los pecados debe ser siempre revalorada como signo sagrado de la misericordia del Señor, que nos llama a la conversión permanente y a purificar la conciencia. Siempre debe darse el ambiente para decir los pecados y expresar el signo del perdón, al ser absueltos de las faltas confesadas. Abrir la conciencia a Dios en el sacramento de la reconciliación es la manera más exacta de ser liberados de las culpas cometidas y encontrar la paz de Cristo en lo más profundo del corazón. Tales signos sagrados deben ser custodiados principalmente por cada sacerdote, que es instrumento de la gracia y la misericordia de Dios.

Es muy importante que, en lo que nos corresponde como ministros de los signos sagrados, sepamos promover el sacramento de la reconciliación, ya que somos servidores del pueblo de Dios, y la confesión lo expresa con plenitud y dignidad. Es necesario seguir profundizando en la enseñanza de Cristo acerca de la gracia y del pecado, y estar al día respecto a la doctrina de la Iglesia, con las aportaciones de los teólogos y de los pastores expertos, y estar atentos a la manera como nuestras comunidades afrontan la realidad actual.

El perdón de los pecados no es sólo un punto de llegada, sino también un punto de partida. Así el perdón, fruto del amor sincero y duradero. Ante la debilidad del pecador, está la grandeza de la misericordia de Dios, que siempre perdona, y la fuerza del arrepentimiento sincero. *"La Iglesia es una madre misericordiosa, que nunca cierra la puerta de su casa. La Iglesia pone en las manos del Señor todas las situaciones de sus hijos. ¡Él sabe siempre sorprendernos!"*.

Concluamos invocando la valiosa intercesión de María, Madre de la misericordia, a favor de los confesores y penitentes: *"La dulzura de María, la Madre de la misericordia, nos hace redescubrir la alegría de la ternura de Dios... Todo, en su vida, se fue plasmando por la presencia de la misericordia hecha carne. Custodió en su corazón la divina misericordia en perfecta sintonía con su Hijo, Jesús. Su canto de alabanza, en el umbral de la casa de Isabel, estuvo dedicado a la misericordia que se extiende 'de generación en generación' (Lc 1,50). Al pie de la cruz, María es testigo de las palabras de perdón que salen de la boca de Jesús. El perdón supremo ofrecido a quien lo ha crucificado nos muestra hasta dónde puede llegar la misericordia de Dios"*.

*El perfil del confesor se mantendrá actualizado a la realidad que vive el sacerdote, siempre y cuando se proponga seguir siendo imagen de Jesús Buen Pastor y dócil instrumento de la misericordia y la paz de Cristo en los corazones.*

*¡Alabado sea Jesucristo, por siempre sea alabado!*



# Aspectos pastorales y espirituales del exorcismo: el discernimiento de espíritus



**P. Francois Dermine, O.P.**  
Doctor en Teología Moral, exorcista en Italia

## I. El discernimiento de los espíritus en general

### I.1. El discernimiento de los espíritus en las Sagradas Escrituras

Se debe decir desde un inicio que el discernimiento de los espíritus es una categoría estrechamente teológica por tres motivos indiscutibles:

En primer lugar, porque proviene esencialmente de una luz espiritual: «El discernimiento es una “luz” particular que nos hace ver desde Dios cómo están las cosas. Una “luz perdida en la oración” que se consigue en la oración y se ejercita en la oración» (LA GRUA, M., *La preghiera di liberazione*, Herbita editrice, Palermo: 1985, p. 70); esto es el «don de distinguir los espíritus» (1 Cor 12,10), que san Pablo cuenta explícitamente entre los diversos carismas.

En segundo lugar, porque se ejercita exclusivamente sobre aquellas realidades, elecciones o inspiraciones, acontecimientos o situaciones que comportan una valencia espiritual o salvífica.

En tercer lugar, el discernimiento de los espíritus es una categoría teológica porque implica la consciencia de que la concreción de tales realidades o situaciones

necesita la intervención de los espíritus presentada por la Revelación: Dios -que, no lo olvidemos, es siempre el primer protagonista del exorcismo- y los ángeles -buenos o malos (demonios)-. Justamente se subraya que «no basta con discernir si el hombre obedece a las propias inspiraciones o bien si padece desde fuera impulsos; cuando la existencia de estos últimos ha sido verificada, hace falta dar un paso más y preguntarse su origen. ¿Vienen de Dios o del demonio?» (*Dictionnaire de Théologie catholique, voce discernement des esprits*, col.1405). En efecto, «el hombre se encuentra inmerso en una triple oscuridad: oscuridad de un Dios que se impone sin dejarse ver; oscuridad de Satanás que se esconde, que sugiere más que afirmar, que propone más que imponer, que sabe azuzar las fantasías haciendo olvidar la realidad; oscuridad también del hombre mismo, incapaz de ver claro en el propio corazón, incapaz de comprender totalmente la gravedad de sus propios gestos y sus consecuencias, oscilante entre dos llamadas que él percibe y que son capaces de suscitar en él un eco. Elegir, para el hombre, no es poner solamente tal o cual gesto, sino que consiste más bien en identificar las voces que él siente; en fin, es discernir» (*Dictionnaire de spiritualité, voce discernement des esprits*, col. 1222-3).

En otras palabras, las elecciones descritas en la





## DIMENSIÓN PASTORAL

Biblia no ocurren sencillamente entre la virtud o el vicio, o bien entre valores opuestos; sino que tienen fundamento sobre todo en quien las inspira (Dios o el tentador), sin restarle nada a la responsabilidad y a la iniciativa humana, sin sustituirlas. Los mismos profetas recuerdan a Israel que los acontecimientos no corresponden «a un juego de elementos naturales, de fuerzas humanas y políticas, y que el meollo de toda esta historia es el conflicto entre el diseño de Dios y las resistencias del pecado, [...] el conflicto entre las potencias del mal y el Espíritu de Dios» (DSp, col. 1228).

He aquí porque en la Biblia, por ejemplo, no se habla solamente de celos, sino de un real y verdadero espíritu de envidia «que se apodera del marido y éste se pone celoso de la mujer» (Num 5,14.30). El mismo rey Saúl es también presa del mismo espíritu: «un mal espíritu sobrehumano se adueñó de Saúl, quien se puso a delirar en su casa. David tocaba la cítara como los días anteriores y Saúl tenía en mano la lanza. Saúl empuñó la lanza, pensando: “¡Clavaré a David en el muro!”. Pero David huyó dos veces» (1 Sam 18,10-12).

También la discordia es atribuida a un espíritu; «Después Dios mandó un espíritu entre Abimelech y los señores de Siquem, y los señores de Siquem se rebelaron en contra Abimelech» (Jueces 9,23). Los príncipes de Egipto llevaron su país a la ruina porque «el Señor ha mandado en medio de ellos un espíritu de extravío» (Is 19,14). Los falsos profetas engañaron a los judíos «ya que el Señor ha vertido sobre ustedes un espíritu de entumecimiento» (Is 29,10). Incluso es famosa la visión de Miqueas sobre el espíritu encargado de engañar al rey Ajab y a sus falsos profetas: «Preguntó Yahveh: “¿Quién engañará a Ajab para que suba y caiga en Ramot de Galaad?”. Y el uno decía una cosa y el otro, otra. Se adelantó el Espíritu, se puso ante Yahveh y dijo: “Yo le engañaré”. Yahveh le preguntó: “¿De qué modo?”. Respondió: “Iré y me haré espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas”. Yahveh dijo: “Tú conseguirás engañarle. Vete y hazlo así”» (1Re 22,20-22) (Cf. Jueces 9,23; 2 Re 19,7).

Sin embargo, otros espíritus son benévolos como aquél concedido por Dios a Moisés y a los ancianos, sus colaboradores: «Tomaré el espíritu que está sobre ti para ponerlo sobre ellos» (Num 11,17). O también como el que le da a Saúl la fuerza de corresponder a la tarea asignada: «Invadió a Saúl el espíritu de Dios en oyendo estas palabras, y se irritó sobremanera» (1 Sam 11,6); y como el que produce en David el mismo efecto: «Tomó



Samuel el cuerno de aceite y le ungió en medio de sus hermanos. Y a partir de entonces vino sobre David el espíritu de Yahveh» (1Sam 16,13).

Por cuanto concierne al Nuevo Testamento, «la expresión *discernimiento de los espíritus* aparece en las epístolas (1 Cor 12,10; 1Jn 4,1), pero no en los evangelios. No porque estos últimos lo ignoren: absortos como están en contar las palabras y los gestos de Jesús, los evangelios se preocupan poco de elaborar una doctrina. Las epístolas, en cambio, frente a los problemas que asedian a las comunidades cristianas, dejan mayor espacio a los principios y a la teoría. Hablando en manera aproximativa, se puede decir que el *discernimiento de los espíritus* se encuentra de manera vivencial en los evangelios y reflejado en las epístolas» (DSp, col. 1231). En efecto los evangelios son una invitación a discernir en la persona y la acción de Jesús la potencia del Espíritu de Dios contrapuesta a la del espíritu malvado: «El Hijo de Dios ha aparecido para destruir las obras del diablo» (1Jn 3,8). Tal discernimiento se ejercita inicialmente y no siempre con facilidad (Cf. por ej. Lc 2,50) en María, José, Elisabeth, en los magos, en Simeón y en Ana; y luego en Juan Bautista, en los apóstoles y en todos los que, de alguna manera, lo vienen a conocer como el Mesías. Es muy significativo que el primer gesto puesto por Jesús después su investidura bautismal consista en ser «conducido por el Espíritu en el desierto para ser tentado por el diablo» (Mt 4,1): enfrentándose con este personaje que nadie, aparte de él, ha visto nunca cara a cara, desenmascarándolo junto a sus caminos: gozar, brillar, dominar, y contraponiéndole los caminos del Espíritu que traslucirán esencialmente por las Bienaventuranzas. Él mismo practica el discernimiento de espíritus con lucidez, determinación y paso a paso,



es decir, sin encerrarse nunca en juicios esquemáticos; tal actitud le permite puntualizar durante la confesión de Pedro (Mt 16,17) en Cesárea una clara manifestación de la acción del Padre y, justo después, ver que es Satanás quien está detrás del rechazo de la Pasión inminente por parte del mismo apóstol: «¡Aléjate de mí, Satanás! Quieres hacerme tropezar; porque no piensas según Dios, sino según los hombres» (Mt 16,23). La persona misma de Jesús se convierte en señal de contradicción; sus milagros y sus exorcismos no bastan para descubrirlo a los ojos de todos como signo de la presencia del Reino.

Y tampoco aquí, como tampoco en el Antiguo Testamento, se trata de discernir entre valores, estado de ánimo, modos de pensar o de actuar contrapuestos y meramente humanos, es decir, arrancados de las intervenciones preternaturales (ángeles buenos o malos) o hasta sobrenaturales (Dios). Por ejemplo, los fariseos del sanedrín llamados a pronunciarse sobre el apóstol Pablo afirman: «no encontramos nada malo en este hombre. ¿Y si un espíritu o un ángel le hubiera hablado de verdad?» (Hch 23,9). El mismo Pablo atribuye la eficacia de sus palabras no a sus virtudes oratorias sino a la intervención del Espíritu: «mi palabra y mi mensaje no se basaron en discursos persuasivos llenos de sabiduría, sino en la manifestación del Espíritu y de su potencia» (1 Cor 2,4). Incluso la capacidad de juzgar es reconducida también al Espíritu: «En caso de que uno sea sorprendido en alguna culpa, ustedes que tienen el Espíritu lo corrigen con dulzura» (Gal 6,1). Las ideas que son valoradas sobre la base de un discernimiento espiritual: «El Espíritu declara abiertamente que en los últimos tiempos algunos se alejarán de la fe, haciendo caso a espíritus mentirosos y a doctrinas diabólicas» (1 Tim 4,1). Las mismas contraposiciones humanas se convierten como en el teatro

de una lucha de dimensiones cósmicas: «nuestra batalla en efecto no es contra criaturas hechas de sangre y de carne, sino contra los principados y las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal que habitan en las regiones celestes» (Ef 6,12). Por otro lado, las artes adivinatorias de una joven esclava no son reconocidas como dotes naturales, sino se deben a «un espíritu de adivinación» que el mismo Pablo desenmascara y exorciza (Cf. Hch 16,16ss). No raramente la enfermedad misma es atribuida a un espíritu malvado y la curación a una liberación: es el caso de la hija de una mujer cananea (Mt 15,22ss). Un hombre recobra el uso de la palabra después de haber sido perseguido por un demonio mudo (Mt 9,32); un poseído ciego y mudo es «curado» (Mt 12,22ss); como también es curado un chico epiléptico a través de un exorcismo (Mt 17,14ss); e incluso «una mujer que tuvo durante dieciocho años un espíritu que la tenía enferma; estaba encorvada y no podía levantarse de ninguna forma» (Lc 13,11ss).

La misma fe en Jesucristo no es obra humana, asimilable a una mera elección ideológica, sino que se le atribuye a Dios, mientras el rechazo debe ser atribuido al diablo: «No pueden prestar atención a mis palabras ustedes que tienen por padre al diablo y quieren cumplir los deseos de su padre. Él es homicida desde el principio y no ha perseverado en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando dice el falso, habla de lo suyo, porque es mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8,43-44; Cf. también 8,47). Consecuentemente el autor humano de la mentira es movido por el espíritu de mentira: «¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? El anticristo es el que niega al Padre y al Hijo» (1Jn 2,22). El mismo concepto se encuentra en 1 Jn 4,2-3, así como en el conjunto de la enseñanza paulina: «Ahora bien, yo les declaro: así como nadie que hable bajo la acción del Espíritu de Dios puede decir: "Jesús es anatema", así tampoco nadie puede decir: "Jesús es Señor" si no es bajo la acción del Espíritu Santo» (1 Cor 12,3).

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento nos proveen de los criterios de discernimiento espiritual: Pablo ofrece pruebas morales oponiendo los deseos de la carne y aquellos del Espíritu (Gal 5,7): «Del resto las obras de la carne son bien conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, brujería, enemistades, discordia, celos, disensos, divisiones, facciones, envidias, embriagueces, orgías y cosas del género. [...] En cambio, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio



## DIMENSIÓN PASTORAL

de sí» (Gal 5,19-23). San Juan, como apenas hemos visto, provee más bien criterios doctrinales.

Se vuelve muy claro, pues, que cada elección nuestra actual (aquí y ahora) hace referencia a algo último, es decir, es reconducida a la instancia superior y es completa, sea en el orden del bien (Dios) o del mal (el demonio), y Dios obliga a cada uno preguntarse a cuál espíritu se inspira. «Carísimos, no presten fe a toda inspiración, sino que más bien pongan a prueba las inspiraciones, para saber si provienen realmente de Dios» (Jn 4,1).

### I.II El discernimiento de los espíritus en la tradición católica

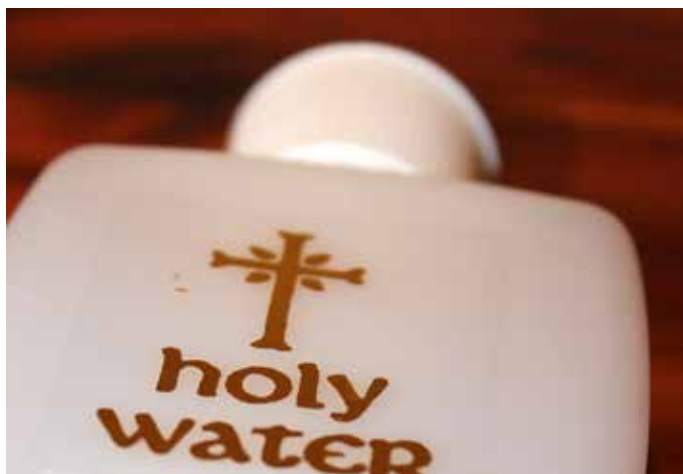
Las afinidades entre los padres de la Iglesia acerca del discernimiento de los espíritus son tan grandes que es «natural preguntarse si estas enseñanzas nos conducen a un origen común o si son el fruto normal de la reflexión cristiana» (DSp, col.1250): por el oriente: el Pastor de Ermas, Orígenes, san Antonio como nos lo presenta san Atanasio, Cirilo de Jerusalén, Evagrio Póntico, el Pseudo-Macario, Diadoco de Foticea, Juan Clímaco; y por el occidente: san Agustín, Casiano, san Gregorio Magno. Sin embargo, hay que decir que «en estos antiguos tratados sobre el discernimiento de espíritus vemos atribuidos a un influjo diabólico o angélico, sin llegar a dudar, muchos fenómenos que hoy, gracias al progreso de los estudios de psicología, de psicopatología sobre todo, sabemos, sin la menor duda, que son de origen puramente natural, o por lo menos que no suponen necesariamente ninguna intervención preternatural. Por lo tanto, las reglas puestas por estos autores, excelentes en general para ayudarnos a discernir los movimientos buenos que hay que seguir y

los movimientos malos que se deben rechazar, tendrán que ser usadas con mucha prudencia para solucionar estas cuestiones, a menudo sin solución, acerca de un origen puramente natural o preternatural» (J. DE GUIBERT, *Lecons de théologie spirituelle*, Toulouse, 1943, p.303. Citado en DSp, col. 1254).

Los autores espirituales y los teólogos del Medioevo se han ocupado de buena gana de lo que ellos llaman la *discretio spirituum*. San Bernardo, después de haber enumerado los tres espíritus susceptibles de intervenir, o sea: Dios, el ángel bueno y el demonio, tiene que admitir: «no creo fácil sin embargo discernir cuando es nuestro propio espíritu el que habla y cuando oímos la voz de uno de los tres espíritus anteriores» (Sermón 23, titulado *De discretione spirituum* 4). De cualquier forma, lo importante consiste en saber si al final se deba o no hacer caso a esa voz. Como regla general, dada por Dios en el Dialogo de la *Divina Providencia* de santa Catarina de Siena, existe -en el caso de la visita de Dios o del ángel bueno- «la alegría que dejó en el alma después de su visita y el deseo de conquistar la virtud, especialmente de la virtud de la auténtica humildad, junto al ardor de la divina caridad»- Y aunque también el demonio pueda «hacerse sentir, en un primer momento, como alegría», sobreviene luego «la tristeza, los remordimientos de conciencia y ningún deseo de virtud [...], mucho menos de la humildad» (c.106).

Es famoso el caso de santa Catarina de Boloña, engañada durante algunas semanas por el demonio, desafiado imprudentemente por ella, y que se presentó bajo los semblantes del Cristo crucificado o bien de la beata Virgen María, sembrando en el alma de la monja el germen de una peligrosa confusión.

Pierre de Ailly (†1420) y Gherson (†1429) continúan con la profundización sobre el discernimiento de espíritus, pero, más que nada, mantienen un valor universal las afirmaciones de los grandes autores espirituales san Juan de la Cruz y san Ignacio de Loyola. La Iglesia, justo porque no sobrevalora la inteligencia del demonio, es consciente que la telaraña del engaño puede durar años antes de manifestar sus verdaderos frutos podridos; así escribe san Ignacio de Loyola en la cuarta regla del discernimiento de los espíritus: «Es propio del ángel malo, cuando se transfigura en ángel de luz, introducirse en conformidad con el alma devota y luego coincidir con él mismo; es decir, insinúa buenos y santos pensamientos conformes al alma piadosa, y, después, poco a poco, trata de sacar





el mejor provecho arrastrando al alma hacia sus engaños ocultos y sus perversas intenciones» (IGNAZIO DE LOYOLA, *Esercizi spirituali*, Edizioni Paoline, Roma 1984, par. 332). En la nota 29 al mismo párrafo son reproducidas las siguientes palabras dirigidas por Ignacio a dos de sus cofrades: «El enemigo entra de la puerta del otro y sale de la suya, entra no contradiciendo sus hábitos, sino más bien alabándolos. Mientras tanto se familiariza con el alma, atrayéndola a buenos y a santos pensamientos y conduciéndola bajo el color del bien a algún error o "ilusión para siempre desembocar en el mal» (Epp. I, 179-181; en *Il messaggio*, 34).

Como conclusión de estas breves señas sobre el discernimiento de los espíritus en general, podemos sustentar, sin miedo a equivocarnos, que la visión cristiana de la vida, de los acontecimientos y de los pensamientos que implican al ser humano no tiene nada de intelectualista o racionalista, considerando como regla normal el interrogarse sobre su origen no sólo humano y natural, sino incluso, y sobre todo, sobre la eventual intervención de Dios y de los espíritus en su manera de concretarse y manifestarse. Dejar de lado esta dimensión reduciría indudablemente la vida cristiana a moralismo y a ideología, o, en la mejor de las hipótesis, a mera sabiduría humana.

### II. El discernimiento de los espíritus del exorcista

Si el discernimiento de los espíritus tiene lugar en la vida de todo cristiano, se impone -sobra decirlo, de una manera aún más urgente y más obvia, por ya no decir patente- al exorcista, encargado de expulsar al espíritu

maligno. A grandes líneas, el exorcista es llamado a pronunciarse sobre la efectiva intervención del demonio en algunas situaciones; a determinar si cuanto vive o dice vivir la víctima tiene relación con la patología, sobre todo la psicopatología, y a entender si los fenómenos efectivamente paranormales tiene una procedencia preternatural o bien sobrenatural.

#### •El discernimiento de los espíritus concerniente a las situaciones

La cuestión del discernimiento es prioritaria, teniendo en cuenta que se presentan ante el sacerdote sujetos que sufren de males a primera vista inexplicables a nivel natural, a veces explícitamente atribuidos a una intervención del demonio, en contra del cual se implora una bendición directa sobre las personas, o bien sobre aceite, agua y sal, para después con ellos exorcizar objetos o lugares. Si se trata de problemas de salud, los síntomas son variables, recurrentes y a menudo alternados: hemicráneas lancinantes, también nocturnas, calambres en el estómago y mala digestión, insomnios, repentinas oleadas de angustia que parten del esternón y suben hasta la garganta y a la cabeza (se trata de actos de pánico reales y verdaderos), angustiosas llamadas al suicidio o inmotivadas ganas de morir. Muchos precisan haber consultado a especialistas (médicos, psiquiatras, neurólogos, etc.), sin nunca encontrarse nada en ellos, sea a nivel diagnóstico, sea a nivel curativo. Incluso sucede que los primeros análisis resultan completamente equivocados, con resultados y porcentajes inadmisibles, mientras que los siguientes se certifican sorprendentemente sobre valores normales. Al final sucede que es uno de los especialistas el que dirige al paciente con el sacerdote.

En otros casos se sobreponen las desgracias con una frecuencia que sabe a ensañamiento: daños a la vivienda, viejos clientes que, sin motivo aparente, se escurren, accidentes en cadena y al parecer absurdos, comportamientos incomprensiblemente hostiles hacia amigos, parientes, parejas, prometidos, etc. Por otro lado, algunos experimentan de improviso violentas aversiones a lo sagrado, o bien momentos interiores de blasfemias, de las que se avergüenzan terriblemente. No es raro que estos casos se verifiquen en concomitancia de eventuales fenómenos paranormales, es decir, de fenómenos cuya explicación no es atribuible a los parámetros de las leyes de causa y efecto, colocándose más allá de las mismas. Por todo esto, hay quien vive en el miedo y en el insomnio







## DIMENSIÓN PASTORAL

porque advierte ruidos extraños en casa, la madera de los muebles que cruje o se parte, muebles que se desplazan, huellas de animales sobre el techo, fenómenos luminosos, voces que se hacen sentir en el interior (obsesiones) o al exterior, olores nauseabundos que aparecen y que vagan de una habitación a otra, etcétera.

El discernimiento de los espíritus acerca de estos casos es relativamente simple, en cuánto que si se trata de fenómenos ligados a la efectiva acción diabólica éstos ocurren habitualmente de manera extraña: por ejemplo, en los momentos ligados a elecciones importantes, de modo más o menos sistemático. Hay casos de comercios o de empresas que, justo en el momento en que parecen alcanzar un buen rendimiento, se precipitan de un día a otro, sin causas plausibles. Por lo general, la mejor prueba de la acción diabólica consiste en la desaparición, después de las bendiciones, de los susodichos «síntomas». Pero también aquí la prudencia es la regla, porque la liberación puede ser solamente aparente o por lo menos, temporal, con el fin de desanimar y llevar a la desesperación.

Los exorcistas, también los que tienen mucha experiencia, reconocen no tener una certeza absoluta acerca de la presencia diabólica o acerca de la distinción entre lo que es humano y lo que es preternatural: por todo esto, ellos admiten encontrarse a veces frente a señales bastante ciertas o sencillamente de dudosa procedencia, y, a veces, de haber cedido a meras y simples ilusiones.

Si se trata de fenómenos efectivamente ligados a la acción diabólica, su «diversidad depende de la combinación de tres factores: las características físicas y psíquicas de la persona poseída; el modo diferente de obrar; la diversidad de los demonios, que tienen muchos caracteres y comportamientos personales» (RS, 131). Es inútil precisar que nos puede faltar un conocimiento de las capacidades o de los poderes de los espíritus. Siguiendo a santo Tomás de Aquino (II Sent., d.8, p2), el demonio, siendo incapaz de causar mutaciones sustanciales y, mucho menos, de crear una sustancia, sí puede desplazar hábilmente una existente, suspender, poner en colisión los cuerpos o meterse en ellos, provocar una ilusión sensible y con el empleo de sustancias aptas, crear sonidos, olores nauseabundos o perfumes, luces, sensaciones o representaciones internas y externas, etc. El demonio también tiene un cierto conocimiento de los futuribles contingentes (que no dependen de la voluntad divina o humana), y la capacidad, por tanto, de engañar con lo que parece ser una profecía sin serlo en realidad.



Sea lo que sea, hay que subrayar el hecho del dato revelado según el cual Dios permite al demonio ponernos a la prueba y de actuar de varios modos, sea sobre nuestro cuerpo, sea sobre nuestra alma. Su acción sobre nuestro cuerpo se concreta en las infestaciones o en los raros casos de posesión, en los que el demonio irrumpe despóticamente en la vida de un hombre, moviendo su cuerpo como si fuera el dueño del mismo.

Tales fenómenos ligados a la presencia diabólica se pueden clasificar en seis tipos (Cf. RS, 200-201): infestaciones diabólicas (contra lugares, viviendas, o también contra animales y objetos), molestias externas (sufrimientos físicos como golpes, movimientos violentos...), vejaciones diabólicas (formas ligeras u ocasionales que pueden dañar directamente a la persona en su salud o en su vida afectiva; o bien en su trabajo, en sus asuntos personales, en las relaciones con los demás).

Siendo, sin embargo, el alma el objeto principal de la atención del demonio, él busca llevarla al mal y al pecado, obsesionándola con manifestaciones externas de su presencia o bien con impresiones íntimas; la obsesión interior es una persecución de la voluntad y de la imaginación humana y difiere de la forma más usual y más peligrosa de acción diabólica, que es la tentación, por su vehemencia y su duración. Se trata de una forma grave de tormento en el que es atacada sobre todo la mente y la fantasía con consecuencias negativas sobre el comportamiento: pensamientos obsesivos invencibles que llevan a la desesperación o al suicidio, actos de imprevisión violencia sin motivos proporcionados, bloqueo del cerebro o estado de confusión que puede llegar al



punto de inducir a una persona a no recordar ni quién es ni de dónde se encuentra.

Después se encuentra la posesión diabólica (es el caso de los endemoniados): una entidad extraña entra, como ya se ha señalado, a la personalidad del sujeto: se expresa y se mueve a través de su persona, hablando de cosas misteriosas y a veces en lenguas desconocidas, torturando su cuerpo, emanando por lo general una increíble fuerza física.

Qué se trate, en la posesión diabólica, de almas así llamadas errantes, parece por lo menos dudoso, ya que las almas de los muertos están destinadas a tres únicos lugares posibles (cielo, purgatorio e infierno). Por permisión de Dios aquéllas pueden intervenir con un objetivo pedagógico o para solicitar plegarias. Pero lo que se dice de la intervención de los espíritus en las sesiones espiritistas también se aplica a la presunta posesión de parte de los mismos: «La teología católica admite que los mismos demonios, siendo incapaces de hacer salir a los condenados del infierno y mucho menos a las almas salvadas del cielo o del purgatorio, se sustituyen habitualmente a las almas invocadas» (FD, 67). He aquí el motivo de la exhortación dirigida por la Iglesia al exorcista disuadiéndolo de creer «si daemon simularet se esse animam alicuius sancti vel defuncti» (*Rituale Romanum*, XII,1,14). Dando un paso más adelante, incluso podemos pensar que para actuar sobre nosotros no son los mismos espíritus de los muertos o los antepasados sino, como bien dice el padre La Grua «son un "quid" dejado por las criaturas humanas, que el espíritu del mal puede manipular para perjudicar al hombre, o bien simulaciones creadas por el mismo espíritu malvado para engañarnos»

(MLG, 27). Son incluso, en ocasiones, como una unión oculta o una tara que se transmite, y de las cuales sólo pueden liberarnos Misas u oraciones.

El caso más grave de posesión que pueda existir es aquel de la sumisión diabólica voluntaria (unión de sumisión a Satanás hecho con un pacto en el que la persona acepta sobre ella el dominio del demonio. Se puede hacer con una firma escrita con la propia sangre retirada del cuerpo con una jeringa; con un bautismo con la sangre, siempre del propio cuerpo, derramado sobre la cabeza con la aceptación del «libro del mando»; el ingreso a sectas satánicas con los ritos apropiados, como misas negras o rituales parecidos). Es inútil decir que de estos pactos o uniones de sumisión es difícil volver atrás.

#### •El discernimiento entre la patología y la acción diabólica

Cuando las personas que se presentan lamentándose de alguna intervención extraordinaria del demonio en su vida producen fenómenos paranormales (movimientos sobrehumanos, conocimiento de las cosas ocultas, etc.), hay motivos serios para creerles. La aversión o la reacción frente a lo sagrado escondido (objetos presentes y benditos a escondidas del sujeto, exorcismo a distancia) constituye una señal casi suficiente de la presencia del demonio.

Pero cuando un eventual poseído no se contiene a sí mismo frente a la señal de la cruz o con la aspersion del agua bendita, hay que pensar más bien de que se trata de un desequilibrado mental. Y donde faltan susodichos fenómenos paranormales, la prudencia es obligatoria, ya que con facilidad el tema de la posesión se presta a sugerencias y a simulaciones. Desde siempre la Iglesia ha sido consciente de ello, y más de lo que se pueda pensar; basta con recordar, a este propósito, una advertencia del Sínodo Nacional de Reims del 1583, en el que se pone en evidencia que «resulta más frecuente de lo que se pueda pensar que los que se creen presa del demonio tengan más necesidad del médico que del ministerio de los exorcistas» (indicando en G. ARRIGHI, *Espíritus y espiritismo moderno*, Borla, Turín 1954, 228). Hoy se reduce la pseudoposesión diabólica a una «molestia de disociación simple de la personalidad múltiple, a esquizofrenia, delirio paranoide, disturbio obsesivo-compulsivo, fobias, disturbio histriónico de personalidad» (G. GALLIARDI, «Estados modificados de la conciencia: bases neurofisiológicas de la "posesión diabólica y



## DIMENSIÓN PASTORAL

estudio comparativo con diferentes géneros de trance», *Revista italiana de hipnosis clínica y experimental* 13/2 [1993] 40).

En esto, para discernir, hace falta conocer bien, en la medida de lo posible, la naturaleza humana y sus potencialidades, incluso a nivel de la psicología consciente e inconsciente, así como conocer los temperamentos: por ejemplo, las personas influenciables pueden actuar como sonámbulos y producir fenómenos sorprendentes y a primera vista sobrehumanos.

«Muchos disturbios análogos se encuentran en los cuadros clínicos de muchas enfermedades neuropsíquicas. Disturbios alucinatorios (alucinaciones externas de la vista, del oído, del tacto, alucinaciones kinestésicas y alucinaciones psíquicas con presencia de objetos o personas extrañas); se encuentra también los orígenes de todo ello en la psicastenia, en el histerismo, etc. Disturbios impulsivos (actos inconexos o forzados, atentados sexuales o suicidios, laceraciones, mordidas, etc.) podemos encontrarlos también en la epilepsia, en la esquizofrenia, etc. Ideas delirantes (delirios de exaltación, de depresión, delirios de culpa, delirios de acusación) se encuentran en la paranoia y en otras psicosis maniaco-depresivas» (MLG, 66).

El padre La Grua reconoce aquí también al cuadro clínico de las formas histéricas, además de la sintomatología psíquica, y la subsiguiente sintomatología somática: «disturbios motores (parálisis parciales, contracturas frecuentemente en arco, etc.), disturbios sensoriales (anestias e hiperestias, clavo histérico sobre la cabeza, polo histérico o un cuerpo extraño que se mueve en el interior), disturbios neurovegetativos y viscerales (fiebre, palidez, rubor, dermografismo, espasmos, dolores intestinales, palpitaciones de corazón, vaginismo, picazón bostezos, etc.)» (MLG, 71). Sobre algunos de estos síntomas (pienso en particular en el así llamado clavo histérico sobre la cabeza y al polo histérico), es difícil que sean de origen histérico si el paciente, antes de la bendición, no sospechaba la existencia y tampoco admitía la posibilidad de los influjos diabólicos de los que queda inesperadamente como víctima. Se necesita en todo caso tratar de averiguar si los fenómenos son de algún modo predispuestos o provocados, aunque sea de manera inconsciente. O bien si suceden, si aparecen ex abrupto; entonces es más difícil que sean nuestros.

Frente a una fenomenología tan variada y

desconcertante, el exorcista presuroso o superficial en el discernimiento comete errores no sin consecuencias eventuales, sea para la víctima como para él mismo. Cuántos exorcistas, por ejemplo, se encuentran perdiendo el tiempo por falta de discernimiento ocupándose, y con frecuencia también agravando, casos que no son de su competencia sino más bien de médicos, psicólogos o hasta psiquiatras.

Desde mi punto de vista, una práctica que hay que tener como peligrosa a nivel psicológico es el uso sistemático del exorcismo llamado «diagnóstico»; en este punto me distancio, con todo respeto fraternal que me merece, del estimado padre Gabriele Amorth. Ahora bien, él parte del presupuesto, con fundamento, de que ciertas presencias maléficas sólo se manifiestan gracias al exorcismo, y de que, además, el exorcismo no puede hacer ningún daño, tratándose éste sencillamente de una oración. Pero justo esta última afirmación debe ser por lo menos redimensionada por la valencia, potencialmente morbosa y sugestionante, que el exorcismo tiene para los psicópatas, los deprimidos y, sobre todo, los histéricos, capaces de reproducir maravillosamente la parte del endemoniado. No por nada, el padre La Grua exhorta a «no proceder a una oración de liberación con el uso de la autoridad sobre el espíritu del mal si no se está moralmente seguro de la infestación malvada» (MLG, 60). Por lo demás, una simple y discreta oración con el objetivo liberador puede bastar para obligar a una presencia maléfica a manifestarse, si es que la hay. Por tanto, «nunca será suficiente la exhortación al discernimiento preliminar: al desatarse el trance de la posesión, si el sujeto es un inestable mental muy grave, se arriesga uno a hacerlo caer en el estado de trastorno, de bloqueo proyectivo





## DIMENSIÓN PASTORAL

y de detención de la personalidad. Se desarrollará un estado de dependencia del ritual mismo, cuya repetición se asemeja más a un condicionamiento mental que al inicio de una liberación, y será, ni más ni menos, igual a las técnicas de control mental puestas en acto por el mundo oculto, del que se quiere liberar al sujeto. Este condicionamiento es conocido en psicofisiología como "síndrome de dependencia ambiental". [...] El sujeto con esta disfunción no entenderá que la oración de liberación o el exorcismo es sólo el principio de un camino de curación y querrá siempre ser liberado o exorcizado». Esta precisa forma de dependencia concuerda demasiado con la mentalidad mágica, dos realidades que se fortalecen recíprocamente por lo que es descargada sobre el demonio la causa de todos los problemas y sobre el exorcismo la posibilidad de salir de ellos. Se trata de un triste proceso de desresponsabilización. Otras veces, el recurso al exorcismo se convierte en un modo para llamar la atención de los familiares; esto aparece particularmente claro en los casos en los que el paciente, aparentando patológicamente el trance de la posesión, se alaba a sí mismo con la voz del demonio y procede así a una verdadera y real auto celebración.

A medida que los exorcismos que se prolongan en el tiempo, el equilibrio aparente del paciente simulador degenera, mientras que el paciente que crece espiritual y moralmente, evitando además de encerrarse sobre él mismo y sus mismos problemas, demuestra no haber aparentado la interferencia diabólica. Aquí vale cuanto se dice sobre los místicos o los videntes auténticos, quienes no presentan los connotados típicos de la histeria, o sea el egocentrismo y la simulación, conscientes o no de que se «manipula la realidad ambiental y somática sólo para auto afirmar el propio supuesto provecho narcisístico» (P.M. MARIANESCHI, *La estigmatización somática – Fenómeno y señal*, LEV, Roma 2000, 36). «Más bien nos encontramos frente a sujetos capaces, al contrario de la personalidad psicopatológica, de sacrificarse por Dios y por el prójimo, de transmitir paz, consuelo y fuerza interior, y de hacerlo, a pesar de sus penas indecibles, con sentido del humor y con realismo, también socio-político. Estas señales no se concilian con la inmadurez y la vulnerabilidad neurótica indispensables al aflorar de enfermedades psicósomáticas» (FD, 5051).

Volviendo a los casos en que se sospecha una psicopatología (sugestión, histeria, alucinaciones, personalidades múltiples, etc.), es obvio que se tenga que solicitar rápidamente la intervención de un especialista en

la materia (psiquiatra, psicólogo). Permanece firme, sin embargo, que la última palabra tiene que corresponderle al exorcista, no sólo porque la eventualidad de una implicación del demonio siempre es verosímil, sino también porque se descuida demasiado fácilmente la dimensión espiritual de la enfermedad. Y si la enfermedad puede existir regularmente fuera de una acción diabólica, es también verdad que ésta última explota naturalmente los estados morbosos, sobre todo los de la mente, determinándolos o agravándolos; por lo general, es el demonio quien provoca la enfermedad, y no tanto lo contrario. Además, «los descubrimientos científicos no ofrecen ningún argumento válido para negar la realidad del maligno... Sin querer caer en excesos, nosotros somos llevados actualmente a considerar la posibilidad de una influencia maligna, sea como *fenómeno agregado, que agrava a veces una alteración psíquica ya en acto, sea como causa de una enfermedad psíquica evidente, que es sólo el efecto*. Conviene examinar la calidad y la tonalidad de los síntomas. Muchas afectaciones neuropsíquicas presentan síntomas análogos a aquellos de la posesión maligna. Alucinaciones internas y externas pueden encontrarse en los psicasténicos y en los histéricos; delirios, ideas impulsivas pueden encontrarse en los melancólicos y en muchas formas de depresión psíquica; también pueden encontrarse en los poseídos» (palabras escritas por el psicoanalista Philippe Madre en su libro *Más líbranos del mal*, REM, Roma 1980, 87-88). Y si es verdad que «todo el mundo yace bajo el poder del maligno» (1Jn 3,8), entonces hay que pensar que nos encontramos frente a una acción del todo abierta del demonio, y que, por tanto, el influjo maléfico sea más frecuente y difuso de lo que parece y no goce de la debida atención en la génesis de ciertos males nuestros. El padre Pío de Pietrelcina, como también el beato carmelita español, padre Francisco Palau, sostenían, por ejemplo, que muchos pacientes de los hospitales psiquiátricos en realidad no son enfermos, sino más bien víctimas de males preternaturales. Santa Teresa del Niño Jesús no titubeó en imputar la enfermedad padecida durante su infancia al espíritu maligno: «La enfermedad que padecí vino ciertamente del demonio. [...] No sabría escribir una enfermedad tan extraña: ahora estoy persuadida de que fue obra del demonio, pero por mucho tiempo después de mi curación he creído haberme hecho, a propósito, la enferma, y eso fue un verdadero martirio para mi alma» (Obras completas, ed. Vaticana, Roma 1997; Manuscrito A. nn. 86-88).

Para concluir respecto a algunas enfermedades





## DIMENSIÓN PASTORAL

sospechosas, se necesita del discernimiento diagnóstico del exorcista en las enfermedades o enfermedad, en cuánto puede tratarse de un engaño del demonio: «su inteligencia superior a las leyes naturales le permite hacer pasar a un ser humano por muerto –con muerte aparente únicamente- o de producir sobre los cadáveres movimientos interpretados como una vuelta a la vida. Siguiendo a Tertuliano, el demonio puede aparentar curaciones milagrosas suspendiendo sencillamente el influjo maléfico que provocó las enfermedades o enfermedad sin lesión orgánica» (FD, 73). O bien «puede curar enfermos en breve tiempo: él conoce las enfermedades, conoce las medicinas y su empleo. Y así se explica cómo a veces los brujos que están en relación con el demonio conocen las enfermedades y pueden conseguir curaciones» (MLG, 36). A veces se trata sólo de una suspensión o de una pausa antes de provocar un mal mayor.

### •Médiums y sensitivos

Hay exorcistas, incluso famosos (por ej. los mismos La Grua y Salvucci), que reconocen la existencia de la utilidad de los llamados «sensitivos», personas capaces de «localizar la negatividad» en otra persona o bien hasta de eliminarla, a veces tocando determinados puntos del cuerpo correspondientes a otros espíritus; o bien a las transfixiones infligidas durante eventuales rituales *vudú*: la confirmación ocurriría cuando el toque provoca una descarga de dolor. Otros exorcistas -y el que escribe es uno de ellos- no sólo no los consideran instrumentos confiables [a los supuestos “sensitivos”], sino que sospechan que sean más *médiums* que sensitivos. La diferencia entre los dos es que los primeros se meten en contacto con otra dimensión y solicitan la intervención de los espíritus; a este respecto Allan Kardec declara justamente que «el médium [...] es el instrumento de una inteligencia extraña; él es pasivo, y lo que dice no viene de él. En síntesis, el sonámbulo expresa el propio pensamiento, y el médium expresa el de otro» (A. KARDEC, *Le libre des médiums*, p.2, c.14, par.172).

En cambio, los sensitivos serían poseedores completamente naturales de facultad *psi* o paranormales (clarividencia o conciencia extrasensorial de objetos o acontecimientos objetivos, precognición, retro cognición, telepatía, premoniciones y sueños premonitorios, radiestesia, pranoterapia, etc.), sin encomendarse a la intervención de algún espíritu. Esta afirmación no parece resistir a la prueba de los hechos mismos, en cuanto que la



experiencia muestra la desaparición de estas «facultades» en los sujetos que hacen explícita renuncia de ellas y se someten a oraciones de liberación.

Por cuanto nos concierne, tendemos más bien a referir ello al ámbito de lo preternatural (o sea, a un espíritu de mediación o de adivinación) el conjunto de los fenómenos paranormales fuera de cualquier utilidad salvífica y espiritual, y aparentemente provocados por el hombre: aludimos ciertamente a las diversas formas de magia, ingenuamente dividida en blanca y en negra (astrología, cartomancia, quiromancia, etc.), y a las comunicaciones espiritistas, pero también a las susodichas formas de «sensitividad».

Incluso hay que desconfiar de las personas que han padecido alguna forma de persecución diabólica y aquellos en los que parecen aflorar dones carismáticos: hay serios motivos para pensar que se trate en cambio de medianidad, y, por lo tanto, de un engaño, como es la acción que el demonio ejerce sobre el cerebro, sobreexcitándolo de manera que se determine un estado de lucidez extraordinaria y que el sujeto toma o interpreta ingenuamente como una manifestación, una aparición o una comunicación divina.



# La pastoral juvenil y vocacional en la XV Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos



**Mons. Jorge Cuapio Bautista**  
Obispo Auxiliar de Tlalnepantla

## La asamblea sinodal y su preparación

Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional fue el tema de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, celebrado en Roma del 3 al 28 de octubre pasado. Participar en esta asamblea de la Iglesia universal ha sido una bendición de Dios y un regalo de parte de mis hermanos en el episcopado, quienes, con su voto favorable, me permitieron esta experiencia.

La institución del Sínodo fue establecida por San Pablo VI como la forma concreta de vivir la comunión episcopal bajo el primado de Pedro, mantener una constante reflexión sobre la vida de la Iglesia en el mundo de hoy, tener conciencia de los retos pastorales que afronta y buscar opciones pastorales que le permitan, no solo actualidad, sino, sobre todo, fidelidad a la misión que el Señor le ha confiado para la salvación de toda la humanidad.

La participación en el Sínodo es representativa y proporcional al número de obispos miembros de cada conferencia episcopal, para que la voz de las Iglesias particulares resuene en el aula sinodal y dé a conocer las circunstancias concretas en las que se vive la fe y se da testimonio de la caridad, se afrontan retos y se encuentran soluciones, se sufren ataques y tentaciones y se recibe el

consuelo de Dios y la fortaleza del Espíritu Santo.

El proceso del Sínodo se inició con la convocación del Papa Francisco, a la que siguió un documento de consulta dirigido a la Iglesia universal; las conferencias episcopales, las universidades católicas, los institutos de vida consagrada, los peritos y expertos de todo el mundo ofrecieron copiosas respuestas. Una novedad en esta asamblea fue que los jóvenes pudieron ofrecer directamente sus aportaciones vía Online.

Otra novedad del proceso de preparación de esta asamblea fue la realización de una reunión pre-sinodal, en la que el Papa convocó a jóvenes de todo el mundo para que, representando a distintas regiones y ambientes juveniles, le compartieran directamente su comprensión de la realidad, su experiencia de vida, sus anhelos e ilusiones para el futuro y, sobre todo, sus esperanzas para la Iglesia.

Con este cúmulo de información, la Secretaría General del Sínodo elaboró el Instrumentum Laboris, documento que se convierte, durante las participaciones de los Obispos en el aula sinodal, en el cuadro de referencia unitario y sintético, fruto de dos años de escucha, y que orienta y encuadra el análisis y la reflexión que cada padre sinodal hace desde su experiencia pastoral, su



## DIMENSIÓN PASTORAL

contexto vital y las preocupaciones de su Conferencia Episcopal.

El documento final de la asamblea sinodal

El fruto de la Asamblea es el documento final que recoge el trabajo de escucha, diálogo, discusión, reflexión y discernimiento de los padres sinodales. El documento está construido sobre tres grandes núcleos temáticos, que manifiestan la importancia de comprender la situación de los jóvenes, acompañarlos en esta circunstancia de cambio cultural y la necesidad de discernir el modo de anunciarles a Jesucristo para que alcancen la madurez. El texto del Evangelio de Lucas 24, 13-35 es el ícono desde el cual se quiso estructurar el documento final, porque asumimos que, en este momento histórico, los jóvenes, como los discípulos de Emaús, se están alejando; y al modo de Jesús debemos acercarnos y caminar con ellos, escucharlos y dialogar pacientemente para ayudarles a entender lo que están viviendo, a interpretar y comprender con la luz de la Escritura la presencia del resucitado.

Sabemos que a nuestros jóvenes el comprender el llamado de Dios a cada uno de ellos los impulsará a ponerse en camino, a recuperar su identidad, a encontrar su lugar en el mundo, a ser protagonistas de su propia historia, responsables de su prójimo, especialmente del más necesitado, a soñar con un estilo de vida más acorde con el testimonio de Cristo y con la dignidad de la persona humana, y a compartir con la comunidad la alegría del Evangelio.

En su primera parte el documento final busca iluminar lo que los padres sinodales han reconocido como el contexto en el que los jóvenes están insertos; ahí se evidencian los puntos de fuerza y los desafíos que en este momento se afrontan tanto por parte de las personas en edad juvenil como del universo de relaciones que configuran su vida y su ambiente, así como el modo adecuado de acercarnos respetuosamente a esta realidad. La segunda parte es interpretativa y ofrece algunas claves de lectura fundamentales sobre la fe, los jóvenes y el discernimiento. Nos invita a abrir los ojos y a contemplar a la luz de Cristo joven la grandeza de la etapa juvenil, nos recuerda la responsabilidad de acompañarlos para que maduren en el ejercicio de la libertad y cada uno sea capaz de dar una respuesta personal a Dios Padre que le ama, le dio la vida y lo llama a la santidad.



La tercera parte recoge las opciones por una conversión espiritual, pastoral y misionera. Porque al contemplar a los jóvenes en el aula sinodal hemos tomado conciencia de que en ellos y con ellos la Iglesia está llamada a rejuvenecer y a manifestar cada vez con mayor fidelidad a Cristo, el eternamente joven; esto nos impulsa a continuar el proceso de renovación pastoral propuesto por el Concilio Vaticano II e impulsado por el Papa Francisco.

### Tareas para la Iglesia

En un mundo pluricultural, con principios que se hacen confusos, valores que se diluyen, costumbres y tradiciones que se abandonan, relaciones cada vez más virtuales, ambientes hostiles y una violencia exacerbada que agota muchos sueños y muchas vidas, en ese mundo y frente a los jóvenes, estamos ante el reto de configurarnos como una Iglesia que, antes de mandar, es capaz de escuchar los anhelos e ilusiones de sus hijos con una actitud empática

Para escuchar necesitamos tiempo, disposición y preparación. Ésta es una urgencia, pues quizá nunca como ahora las nuevas generaciones viven en una situación de soledad o abandono, y no debido a la muerte de los padres, sino por las exigencias laborales, la multiplicación de actividades, las urgencias en la vida cotidiana, los compromisos sociales, etc. Por ello, es necesario preguntarnos: ¿cuánto tiempo dedicamos a escuchar el corazón de los más jóvenes?

Dios se comunica a través de su Palabra; para conocerlo y conocer sus designios debemos estar atentos, debemos aprender a escuchar. Como pueblo de Dios, recordemos que somos el pueblo de la Palabra que



## DIMENSIÓN PASTORAL

se pone al servicio del hermano y de toda la humanidad; escucha y servicio están en íntima relación; la Iglesia y los agentes de pastoral debemos escuchar a los jóvenes para servirles correcta y provechosamente.

En este tiempo, que para nosotros adultos está cargado de incertidumbre y confusión, debemos aprender a mirar a nuestros adolescentes y jóvenes con esperanza, porque ellos aportan nuevas preguntas y nos exigen nuevas respuestas, su sensibilidad nos impulsa a generar actitudes más humanas, a desarrollar nuestra sensibilidad ante el sufrimiento, nos abren nuevos caminos hacia Dios y nos piden mayor autenticidad en nuestra vida.

Ser joven hoy comporta una manera original de vivir. Los ambientes y las actitudes de nuestros jóvenes están orientados a satisfacer su preocupación por la imagen; sus comportamientos están condicionados por el universo de sus sensaciones y emociones que son la vía de acercamiento a la realidad. Desde la inmediatez de la emotividad viven la amistad, la relación, el compromiso social, la compasión y la creatividad artística.

Es un hecho que este modo de vivir condiciona su espiritualidad y su experiencia religiosa, y muchas veces confunden la plenitud de la vida con el bienestar y reducen el sentido de la vida a la autorrealización material. En el corazón del joven está el deseo de Dios, la necesidad de la trascendencia, los grandes ideales y una gran sensibilidad ante el sufrimiento. Ellos buscan a Jesús, pero están desencantados de la Iglesia y de las religiones.

El Sínodo valoró el don de la juventud y nos invita a tomar conciencia de la hermosa tarea de ayudar a nuestros jóvenes para que lleguen a ser adultos al modo de Jesús, en cuanto que están llamados al ejercicio pleno de una libertad que crece y madura en el universo de las relaciones y que posibilita una respuesta auténtica en el diálogo del amor. Ser libre es ser amado y disponible para corresponder al amor que se recibe, ésta es la auténtica vocación a la libertad.

A fin de que cada persona que vive su juventud alcance la madurez, el Sínodo recordó que la misión más importante de cada adulto, de cada institución y de toda la Iglesia es la de acompañar. Ofrecer un verdadero servicio personal y comunitario que permita a los jóvenes de hoy descubrir su identidad, sus talentos, los dones con los que el Señor les ha bendecido, el estado de vida al que los llama y el modo de servir a su prójimo.

Todo proceso de acompañamiento debe habilitar al joven en el arte de discernir, y la Iglesia, la familia y la escuela deben fomentar un ambiente propicio y brindar las herramientas necesarias para el discernimiento, a fin de que cada persona, joven o adulto, se ejercite en este arte y desde lo profundo de su conciencia reconozca la voz de Dios que le llama, asuma las circunstancias en las que le llama y sepa responder desde su propia identidad. Para acompañar a todos, pero especialmente a los adolescentes y jóvenes, la Iglesia necesita un modo más adecuado de comunión y participación entre los distintos carismas y ministerios de todos los bautizados. La sinodalidad misionera de la Iglesia es el modo que los padres sinodales proponen para generar un dinamismo interno, un estilo de vida y un estilo para la misión de anunciar a Jesucristo a las futuras generaciones.

Este estilo de vida sinodal no se reduce a la asamblea de Obispos convocada por el Santo Padre; es aprender a caminar juntos en el día a día de la vida de la comunidad y pasar de la estructura institucional a las relaciones que por el bautismo se han establecido entre los miembros de la comunidad, en la que, por ser hermanos, somos corresponsables los unos de los otros y debemos servirnos con amor y misericordia.

Alimentados por el amor del Padre somos llamados a vivir la comunión con Jesucristo y a ser dóciles a la fuerza del Espíritu, adquirir un renovado impulso misionero que alcance todos los espacios y ambientes, especialmente el ambiente digital que es el escenario de la vida de nuestros adolescentes y jóvenes, escenario en el que coinciden diversas culturas, valores, orientaciones, opciones políticas, sociales y religiosas.

Estas son algunas de las propuestas que aparecen en el documento final y que con profundo respeto y veneración los padres sinodales entregamos en manos del Santo Padre, con la ilusión de que, después de orar, meditar y recibir la luz del Espíritu Santo, nos regale una orientación pastoral que ilumine nuestro caminar y complete el hermoso diseño sobre la vida y misión de nuestra santa madre la Iglesia en el inicio del nuevo milenio.





# Tipos de predicación

## (continúa)



**Antonio Rivero, L.C**  
Doctor en Teología Espiritual

Después de haber explicado la homilía, el género de predicación más importante, expliquemos ahora otros tipos de predicación.

### II. PREDICACIÓN TEMÁTICA

- **Definición:** La predicación temática es la predicación sobre un tema de las verdades y realidades reveladas por Dios. El tema lo escoge el predicador libremente a partir de la doctrina de la Iglesia en libre conexión con un texto bíblico o bien elige el tema de la Sagrada Escritura.

- **Fines:** Tiene varios fines que el predicador puede escoger:

- **Predicación misionera y evangelizadora:** es la predicación de la Buena Nueva o kerigma dirigida al no creyente para que se convierta.

- **Predicación didascálica o catequesis:** busca enseñar las verdades de la fe, con temas del catecismo, cuestiones sociales y apoloéticas.

- **Predicación moral o parenética:** busca el cambio de algunas actitudes. Presentar la ley de Dios no en forma de mandatos y prohibiciones, sino como forma de respuesta amorosa al amor de Dios.

- **Predicación circunstancial:** ya lo explicamos antes. Sobre todo, en bautismo, bodas y funerales.

### III. PREDICACIÓN CIRCUNSTANCIAL

- **Aspectos generales:**

- **Son** todas aquellas predicaciones, dentro o fuera de la celebración eucarística, cuya razón de ser no es el domingo, sino otra circunstancia que puede variar ampliamente, desde la inauguración del curso escolar hasta las bodas de oro de una asociación civil o religiosa, pasando por la bendición de animales o de coches. Merecen atención, sobre todo: bautismo, bodas y exequias.

- **Los oyentes:** de ordinario se reúnen en estas ocasiones fieles de la parroquia, católicos no practicantes, indiferentes y hasta es posible que haya ateos o pertenecientes a otra confesión religiosa. Son los lazos familiares o sociales los que han traído a la mayoría, no el aspecto religioso. Es una ceremonia social, para muchos. Hay que tratar de conectar con ellos. Se aconseja que





## DIMENSIÓN PASTORAL



la predicación sea sencilla, cordial, positiva y respetuosa de las diversas creencias. El predicador debe aprovechar esa ocasión en que los oyentes están con más apertura emocional, para hablar de esos misterios humanos: el nacimiento, el amor y la muerte.

- **La situación:** Tiene que aprovechar esa situación para iluminarla con la Palabra de Dios. Es una ocasión para instruirlos en la doctrina cristiana con gran respeto: ¿para qué nacemos, de dónde procede esa nostalgia de amor y de comunidad, por qué acabamos en la tierra? Hay que hacerles ver cómo la Iglesia celebra el amor gratuito de Dios manifestado en Cristo en todas esas situaciones (bautismo, boda, entierro); Dios no se desinteresa del hombre, a quien ha creado con tanto amor.

- **Conclusiones:**

- El predicador no puede prescindir del estado anímico de los oyentes.
- El predicador debe preparar su predicación de modo que ayude a los oyentes a ir más allá de dónde se encuentran, para que lo vivan más profundamente. Así ofrece el consuelo objetivo con el calor de una participación verdaderamente humana.
- Y siempre predicará con palabras humanas, con tono auténtico y vocabulario

comprensible para todos, y con tacto, delicadeza y respeto a la intimidad de los variados asistentes; con calor humano, un gran corazón y una dosis de sabiduría adquirida en las experiencias de la vida.

- **Primera predicación circunstancial, un bautismo:** no debe ser una lección de teología de los sacramentos, pero debe decir de un modo cercano a la vida lo que el sacramento del bautismo significa para el hombre de hoy.

- **Tema:** la predicación del bautismo no tiene por contenido –aunque no lo debe excluir– ni la alegría por el nacimiento de un niño, ni la cuestión de su futuro, ni la tarea educativa de los padres. El tema debe ser la gracia divina de la que se hace objeto a este niño, el amor de Dios manifestado en Cristo. Se trata de relacionar la vida humana con los grandes hechos de Dios.

- **Características:**

- Real adaptación a los asistentes.
- Seleccionar alguno de los múltiples aspectos del bautismo, para evitar que la homilía sea un inventario rápido y total de ritos, símbolos y contenidos teológicos. Por tanto, una sola idea o tema.
- Debe ser breve.
- Convendría hacer alguna referencia a los signos más importantes, especialmente al baño de agua.

- **Segunda predicación circunstancial, una boda:** la atmósfera es más sentimental y está más expuesta al aire de fiesta que la predicación bautismal.

- **Tema y objetivo:** recordar el aspecto sacramental para evitar que las flores, la música, el vídeo, las fotos, los padrinos y testigos vestidos de etiqueta y el vestido de la novia sean más importantes que la celebración litúrgica.

- **Características:**



## DIMENSIÓN PASTORAL

- Aunque la homilía parta de un texto bíblico, sin embargo, hay que atender a la situación personal de los que van a recibir el sacramento: están gozosos y felices.
- El predicador debe ser muy cordial en la forma y expresión y sencillo en las ideas a la hora de la homilía.
- Debe también llevar a la pareja a la admiración, a la acción de gracias y a la petición de gracias a Dios para ser fieles a este compromiso que asumen.
- Debe infundir a la pareja ánimo y confianza sobre sus expectativas de una vida en común.

• **Tercera predicación circunstancial, exequias:** cada entierro es un caso serio para la fe. En cada entierro la fe o es fortalecida, avivada o también más o menos dificultada.

- **Objetivo:** la predicación de exequias tiene como objetivo poner la vida del difunto, y el dolor de los que quedan, bajo la cruz de Cristo como signo de la victoria sobre la muerte. Esto consuela y da sentido profundo a la muerte. Este tema tiene que ser sacado de un texto de la Sagrada Escritura de modo que pueda ser punto de apoyo y de orientación para los oyentes.

- **Características:**

- La predicación tiene que nacer de la convicción interior del sacerdote, creando un clima cálido y serio, profundo y sincero de fe. Sólo así la comunidad se siente interpelada personalmente. Por tanto tiene que evitar la frialdad o la rutina, y lograr una actitud de solidaridad, de empatía o comprensión empática, de ponerse verdaderamente en lugar de otro, de ver el mundo como él lo ve, sintonía con el dolor de los presentes.

- El predicador, al estar fuera del círculo de los afectados, puede prestar mejor su servicio de encontrar la palabra de consuelo. El sentimentalismo haría de él un participante

desvalido y su palabra no ayudaría a los oyentes, sino que hurgaría en su dolor.

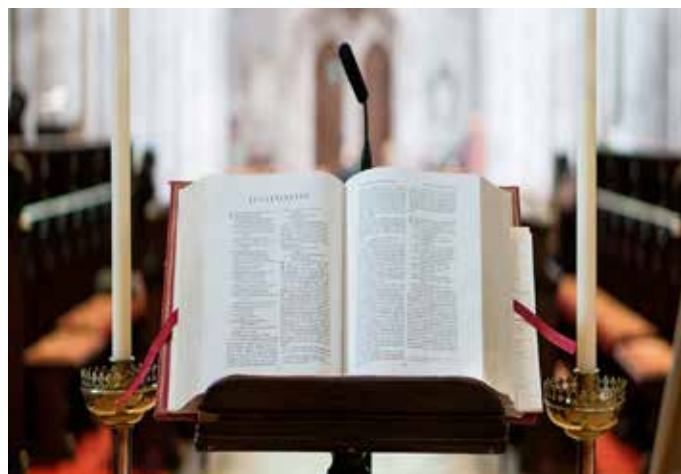
- Si ha sido uno de sus parientes el que murió, ese predicador puede pedir a otro sacerdote que dé la predicación; así sentiría, también él, el consuelo pastoral de la Iglesia.

- El predicador tiene que cuidar que no sean ideas generales estereotipadas. Al contrario, debe esforzarse por ofrecer una predicación con carácter personal. Ayudará a esto antes de iniciar la ceremonia dar el pésame a la familia y preguntar el nombre del difunto, su edad, su profesión, la causa de la muerte; ver también cómo está la sensibilidad espiritual de toda la familia.

- El predicador invitará a orar por el difunto, que es un pecador como todos nosotros necesitado de la misericordia divina.

- El predicador, al escoger el texto bíblico, trate de ponerlo en conexión con la vida del difunto y con el tiempo litúrgico en que estamos en ese momento. Sin que sea un elogio fúnebre –el ritual de exequias lo prohíbe–, el predicador puede en algunas ocasiones aludir brevemente al testimonio cristiano de la vida del difunto, como motivo de edificación y de acción de gracias.

- El predicador debe evitar aprovechar ese momento para querer a toda costa





## DIMENSIÓN PASTORAL

evangelizar a los asistentes, ni hacer propaganda de la Iglesia o lanzar invectivas contra los remisos o alejados. Esto heriría su justo dolor.

### • Cuarta predicación circunstancial, una fiesta:

Hay fiestas sagradas y profanas. Entre las primeras, unas vienen determinadas por el calendario, como la fiesta del patrono local o la de los patronos de gremios o asociaciones. Otras son fiestas personales con motivo de la recepción de los sacramentos: bautismo, primera comunión, confirmación y matrimonio. Entre las profanas, los motivos pueden ser incontables: bodas de plata o de oro de una promoción, aniversario de la fundación de una asociación, inauguración de un edificio, etc.

- **Objetivo:** interpretar esa fiesta a la luz del mensaje cristiano: Dios se alegra con nuestras fiestas, pues Él ha querido esto. Todo lo humano, a Dios no le es ajeno.

- **Características:** el predicador en las fiestas:

- Debe hacerse portavoz de los oyentes y expresar lo que mueve a los oyentes, lo que piensan y sienten.

- Debe despertar un recuerdo alegre y salvífico, pues Dios debe tener una razón hermosa para esta fiesta.

- Debe ayudar a una interpretación de la

actualidad, pues recuerdos del pasado se vivencian como actuales y así hay un motivo para la celebración.

- Debe despertar la esperanza en un futuro bueno, pues las fiestas siempre tienen una dimensión profética y escatológica; es decir, el buen recuerdo de la fiesta nos da fuerzas para el futuro.

- Debe ser testimonio de la comunidad de la Iglesia, es decir, una fiesta sólo es posible porque hay hombres que se alegren con ella.

### • Quinta predicación circunstancial, presentaciones:

- Hablar del homenajeado o presentado; nunca de uno mismo.

- No resumir la conferencia del conferencista que se presenta; por eso nunca hay que dar la conferencia a nadie antes de decirla.

- En cada lugar debemos portarnos de acuerdo con las costumbres y miramientos locales.

- Evitar tópicos adormecedores: *“Es una osadía que yo, que no tengo ningún título para merecer el honor de realizar esta presentación, tarea para la que hay aquí personas mucho mejor cualificadas, y además no soy orador, me atreva a presentar a N.N., cuyos méritos son conocidos de todos; lamento disponer de poco tiempo para ponerlos de relieve...”*.

- Informarse de aquel a quien se debe presentar: tema de hoy, relevar las cualidades especiales del orador, caldear al público a tono de lo que va a seguir, pues así se hace un gran favor al invitado.

- Ser sincero: no inventar virtudes del presentador.

### • Sexta predicación circunstancial, un brindis:

- Llevar algo preparado.







## DIMENSIÓN PASTORAL



- No hablar “de los fenicios”, es decir, al tuntún y por decir algo.
- No repetir la tan escuchada idiotez: “como dijo el poeta”.
- Ser natural y familiar.
- Breve.
- Un ejemplo podría ser este: “A lo largo de la vida vamos discriminando las cosas fundamentales de las que brillan y luego decepcionan. Entre los tesoros auténticos está el de la amistad, el del cariño (si usted es el invitado). Nuestro anfitrión *N.* es una de esas personas que iluminan la vida de sus amigos. Todos los que hoy me acompañan los he seleccionado entre esas amistades luminosas que dan calor a nuestra vida. Guardaré un recuerdo emocionado de esta velada y quiero que sepas que todos los que han sido convocados te queremos “casi” (recalcar y con una sonrisa) casi tanto como te mereces”.



# La vivencia de ejercicios espirituales en silencio

## TESTIMONIO

# 01

*¿Qué puedo decir? Que Dios se manifiesta en muchas maneras, y que cuando se viven unos Ejercicios Espirituales el toque de Dios es más fuerte.*

**Pbro. Dr. Juan Antonio Jarquín Ortega**  
Diócesis de Atlacomulco

*Tengo 16 años asistiendo a los ejercicios espirituales que año con año se realizan en Santa María de la Cascada, Amecameca, México; y cada ocasión ha sido una experiencia distinta.*

*Los de este año fueron muy especiales, pues tenía escasos 15 días que me había retirado del ministerio activo a causa de la enfermedad. Me sentía extraño; no sabía si había o no tomado la decisión correcta. Estaba abrumado, pues llegué a casa con muchísimas cosas y muebles de la casa parroquial en la que estaba; desde luego todas de mi propiedad. Mas no sabía por dónde empezar a organizar todo, pues la casa es la de mis padres, que me habían heredado y la cual estaba saturada con cuanto ellos habían dejado en ella.*

*Además, la incertidumbre de si el Sr. Obispo de Toluca me aceptaría o no para ayudar a algún párroco en la medida de mis posibilidades –ya que estoy incardinado a la diócesis de Atlacomulco–, pues necesitaba su permiso para poder ejercer mi ministerio en su diócesis.*

*Por todo ello, los Ejercicios Espirituales llegaron como anillo al dedo. Necesitaba urgentemente un tiempo para entablar un diálogo con Dios en un ambiente de silencio: algo que me ubicara en mi nuevo estado de vida, que me diera luces para ordenar mis pensamientos y encontrar la*

*paz que en esos momentos estaba un tanto alejada de mí.*

*Las meditaciones del padre predicador fueron muy acertadas para este fin. Muy profundas y de una riqueza inigualable. Sobre todo, estaba el hecho de que se había recuperado la disciplina del silencio total, la cual, en los últimos años, se había relajado un tanto entre algunos de los ejercitantes.*

*El silencio, el ver pasar los rayos de sol a través de los árboles, el ir a la cascada y escuchar la voz del Señor mezclada con el estrépito de las aguas que caían, el estar en la capilla completamente solo, el recibir la gracia de cada Celebración Eucarística –que, por cierto, me tocó el honor de presidir el día martes–, el gozar de la orientación del padre director espiritual y del Sacramento de la Reconciliación con Monseñor Rogelio Esquivel –quien acude desde El Salvador a estos Ejercicios Espirituales desde hace muchos años–, el sentirme parte*





## TESTIMONIO



de una comunidad sacerdotal en las concelebraciones, el rezo del Santo Rosario, el caminar con Cristo durante la meditación del Viacrucis, y un sinnúmero de eventos espirituales que me dieron el ánimo para continuar en mi vida ahora como sacerdote retirado.

En fin, como dije antes, fueron unos ejercicios muy especiales para mí, pues me hicieron valorar lo que fueron casi 25 años de ministerio activo como un don de Dios inmerecido para un servidor.

Doy gracias a Dios por esta experiencia tan fuerte y grande, al mismo tiempo que deseo reconocer la ayuda de los benefactores, gracias a los cuales pude asistir y gozar de todo esto. Que Nuestro Señor los bendiga por esta acción desinteresada y esta gran obra de caridad que hicieron a los sacerdotes que asistimos a los Ejercicios Espirituales.

Finalmente, reconozco el gran esfuerzo que el Centro Sacerdotal Logos hace al organizar estos Ejercicios Espirituales, los cuales me ayudan espiritualmente y me dan fortaleza para continuar en el cumplimiento del Plan de Dios sobre mi vida.

Cada año salgo más motivado para regresar el año siguiente a renovarme. Espero en Dios el poder hacerlo en las dos tandas que se ofrecerán los Ejercicios Espirituales durante el año venidero, pues es una riqueza que no puedo dejar a un lado; para tratar de llenarme de la alegría de ser sacerdote y compartirla con mis hermanos.

## TESTIMONIO

# 02

**P. Jesús Gutiérrez Ruíz**  
Diócesis de Teotihuacán  
Párroco Cuasiparroquia  
Nuestra Señora de Guadalupe

Me han pedido que comparta brevemente mi experiencia en los ejercicios espirituales de silencio, organizado por el Centro Sacerdotal Logos y para empezar quiero decir que me resultará muy difícil hacerlo ya que son tantas cosas que quiero compartir, que no sé cuál sería la más relevante,

pero lo intentaré.

En primer lugar, considero que el hacer un alto en mi vida de esta manera y poder darme la oportunidad de escuchar la voz de Dios en el silencio propuesto para estos ejercicios, ha sido algo que me hacía mucha falta y creo que me ha llevado a una profunda reflexión acerca del orden en el que se encontraba mi vida, y por ende mi sacerdocio ministerial.

Me ha quedado claro que el don del sacerdocio es el medio por el cual Dios de manera especial nos permite estar en comunión con Él y con nuestros hermanos.

Finalmente agradezco a Dios la oportunidad que me concedió de vivir estos ejercicios con el apoyo de ustedes. Le pido a Dios les conceda todo bien y así seguir apoyando esta noble causa.

## TESTIMONIO

# 03

**P. Lucio Alcántara García**  
Director espiritual  
Seminario Mayor de  
Atlacomulco

Soy el Presbítero Lucio Alcántara García, de la Diócesis de Atlacomulco en el Estado de México.

Doy gracias a Dios por derramar sus dones a la Iglesia a través de personas tan generosas que desinteresadamente comparten lo que han recibido de parte de Dios,

apoyando a sacerdotes de distintas partes de América Latina, en orden a que renueven su espíritu de servicio para ejercer mejor su ministerio en la Iglesia local a la cual pertenece cada uno de ellos.

He considerado que siempre es necesario renovar el espíritu de servicio dentro de la Iglesia, sobre todo en



## TESTIMONIO

nosotros los sacerdotes. Y la manera más indicada es en un ambiente de silencio, para profundizar en la palabra de Dios. Por eso puedo decir que Dios sabe cómo, cuándo y dónde nos concede las luces para nuestra vida.

La experiencia que pude vivir en esta tanda de ejercicios espirituales en el mes de octubre del año en curso, fue la de muchas gracias derramadas de parte de Dios en mi persona. A pesar de que el grupo de sacerdotes era numeroso, no hubo mayor convivencia entre nosotros, ya que el propósito no era ése, sino encontrarnos con el Maestro de maestros, Jesús; y se llevó a cabo el propósito. Para ello los requisitos primordiales son los siguientes: disponibilidad, un buen predicador, un lugar adecuado y un servicio excelente; y sin duda que todo esto se cumplió a la perfección.

La experiencia grata adquirida no sólo me lleva a seguir buscando estos espacios, sino a invitar a otros hermanos míos a vivir la misma experiencia, ya que es necesario para la vida espiritual de todo discípulo de Jesús. Sin duda salí renovado, y con ganas de seguir desgastando mi vida a causa del Evangelio.

Gracias, Dios providente, porque siempre vienes a la vida del necesitado de tu misericordia; permítenos saber administrar con humildad los dones brindados y recibidos de tu infinita bondad.

Gracias al equipo organizador, que con mucha entrega nos brinda su vida a través del servicio en el desarrollo de los ejercicios espirituales. Dios les bendiga y fortalezca constantemente en la fe.

Dios nos siga mostrando su amor y nos permita el que podamos, con mucha responsabilidad y madurez, seguir dando testimonio del Reino de Dios a los hombres.

## TESTIMONIO

# 04

### Agradecimientos

A Dios Nuestro Señor, por su Divina Providencia e Infinita Bondad.

Al Centro Sacerdotal LOGOS, por su compromiso en la atención en el área espiritual de la

**P. Roberto Delgado Suárez**  
Diócesis de Nezahualcóyotl

vida del sacerdote, a través de los ejercicios espirituales en silencio.



A la Señora Gabriela Sordo, por su fina atención e invaluable apoyo para que pudiese vivir el retiro espiritual.

A los Sacerdotes Legionarios de Cristo: el P. Roberto González, L.C., por su experiencia en la dimensión espiritual que conjuga con el área del conocimiento. Y al P. Alfonso López, L.C., que siempre está tan atento para que el ambiente sea propicio en la consecución de dicho fin.

A los Bienhechores, por su generosidad con la beca que hizo posible que este año su servidor pudiese vivir el retiro espiritual.

Soy el P. Roberto Delgado Suárez, originario de la Ciudad de México; me formé en el seminario de Tlaxcala y estoy incardinado en la Diócesis de Nezahualcóyotl, México. Tengo 26 años como presbítero, con estudios universitarios en filosofía, teología, psicooncología, logoterapia y bioética; los estudios en esta última los he realizado en la Universidad Anáhuac Norte, en el Estado de México, perteneciente a los Sacerdotes Legionarios de Cristo. Por invitación de mi profesora, la Dra. Martha Tarasco Michel, he asistido a los ejercicios espirituales que promueve el Centro Sacerdotal LOGOS; este año ha sido la tercera vez que participo en los mismos; la Sra. Gabriela Sordo ha velado para que su servidor atienda la dimensión espiritual tan importante en la vida del sacerdote.

El programa presentado por el P. Roberto está diseñado para que los sacerdotes asistentes meditemos en los temas expuestos en relación a la vida espiritual





## TESTIMONIO

del sacerdote. Las lecturas que se realizan durante las comidas favorecen la motivación para continuar con nuevos ánimos el ejercicio del ministerio. El ambiente en silencio es condición necesaria que hace posible los momentos de intimidad con Dios; la coordinación a cargo del P. Alfonso permite que los sacerdotes participemos de manera activa en la vivencia del retiro espiritual. En general esta percepción es sólo una mirada a vista de vuelo de pájaro de lo que son los “Ejercicios Espirituales” organizados por Logos en el centro de retiros que tiene la Legión de Cristo en Amecameca, Estado de México.

En particular, los ejercicios espirituales en silencio me han permitido hacer un alto en mi vida para retomar fuerzas, meditar, orar y descansar. Con estas condiciones, he tenido tiempo para tener contacto con Dios, con la naturaleza (el Centro de Retiros de Santa María de la Cascada, está ubicado geográficamente en una zona boscosa, con agua de deshielo venida del volcán Iztaccíhuatl, y a un kilómetro de distancia de la Ciudad de Amecameca), y conmigo mismo como persona-sacerdote.

Uno de los fines y frutos concretos de los Ejercicios Espirituales es el que cada uno elabore para sí mismo un “proyecto de vida”; por eso, los cinco días de retiro son para mí un tiempo de gracia porque me permiten programar mi vida como ministro y como profesional, ya que mi proyecto tiene que ver con el Instituto Diocesano de Formación para Agentes Pastorales, que fundé y que dirijo en mi diócesis, y en el cual imparto una especialidad pastoral en salud emocional y espiritualidad, mismo que contiene los siguientes módulos: filosofía y teología, tanatología y bioética, psicología y psicooncología, logoterapia y espiritualidad, concluyendo todo el currículum con el estudio de los documentos del Magisterio Pontificio en materia de salud (cfr. Especialidad Pastoral en Salud Emocional y Espiritualidad, 2018, periódico “Mensajero” n. 263). Doy terapia a los alumnos; ellos realizan un servicio gratuito de atención emocional en algunas parroquias y son supervisados.

Uno de los temas que el P. Roberto expuso me impactó de manera especial, pues la meditación era dirigida hacia: “¿qué aspectos de Dios –bondad, perdón, misericordia, providencia, etc.- dejo que lleguen a las personas a través de mi experiencia de vida con Él?”. En la

meditación personal surgió en mí la concretización de otro proyecto que había estado pensando, pero que le faltaba algo; ese algo era tener clara la pregunta para poder dar la propia respuesta. El proyecto es iniciar una pastoral hospitalaria, atender sacramental y emocionalmente a los pacientes en internamiento, así como a sus familiares; proponérselo a los alumnos e invitarlos a participar en él. A la distancia de un mes de haber asistido a los Ejercicios Espirituales, algunos alumnos han respondido que quieren colaborar en éste proyecto. En lo personal, espero en Dios iniciar ese proyecto en este mes, entrevistándome con las autoridades hospitalarias para que me faciliten el ingreso al hospital, presentar a mi equipo y ofrecer incluso cursos de bioética al Comité Hospitalario de Bioética.

Si me preguntaran cuál es el fruto en mí de los Ejercicios Espirituales para sacerdotes organizados por Logos en Amecameca, en octubre de 2018, respondería inmediatamente: “Vivir una nueva etapa de mi vida sacerdotal y profesional al servicio de Dios en la persona del doliente”. “Estuve enfermo y me visitaste”; “Consuelen, consuelen a mi Pueblo”.





# El aborto, ¿Un progreso moderno?



**H. Ismael González L.C.**

Licenciado en Filosofía. estudia actualmente la  
Licenciatura en Teología Dogmática.

El aborto no deja de ser una cuestión actual. Divide tanto la opinión pública que hasta acaba de teñirla de color: verde o celeste. Los grupos abortistas están luciendo sus pañuelos verdes con los lemas de «Aborto legal, seguro y gratuito», «Educación sexual para decidir, anticonceptivos para no abortar y aborto legal para no morir».

Y los pro-vida lucen sus pañuelos celestes con el lema «Salvemos las dos vidas». De este modo, la marea verde o la ola celeste se han manifestado hace poco en algunas ciudades latinoamericanas, desde México hasta Argentina.

¿Qué podemos pensar al respecto? Echemos una mirada a la enseñanza tradicional de la Iglesia, a la legislación de algunos países y al pensamiento del Papa Francisco.

¿Qué dice la Iglesia sobre el aborto?

Su enseñanza es clara: «La vida humana debe ser respetada y protegida de manera absoluta desde el momento de la concepción... Desde el siglo primero, la Iglesia ha afirmado la malicia moral de todo aborto provocado. Esta enseñanza no ha cambiado; permanece invariable. El aborto directo, es decir, querido como un fin o como un medio, es gravemente contrario a la ley moral» (Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 2270-2271).

A su vez, el Papa san Juan Pablo II publicaba la encíclica *Evangelium vitae* («El Evangelio de la vida») el 25 de marzo de 1995. En ella reafirmaba el valor y el carácter inviolable de toda vida humana desde su concepción hasta su muerte natural, al tiempo que denunciaba las amenazas modernas de «una verdadera cultura

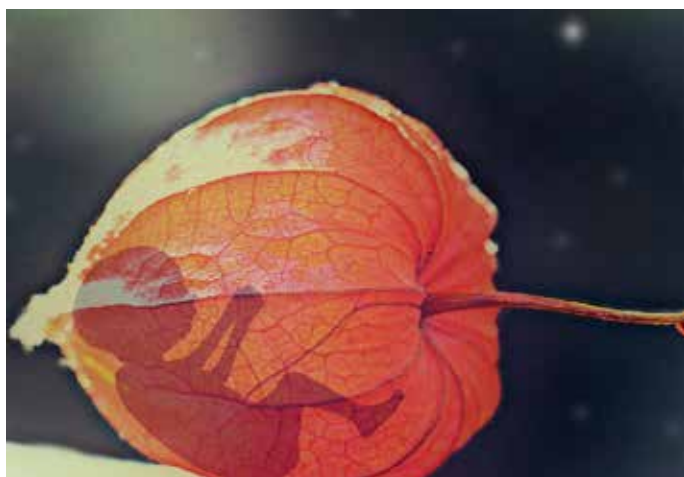


de muerte». No dudaba en describir el «espectáculo verdaderamente alarmante» de «una objetiva conjura contra la vida». Y señalaba la complicidad de los medios de comunicación:

Finalmente, no se puede negar que los medios de comunicación social son con frecuencia cómplices de esta conjura, creando en la opinión pública una cultura que presenta el recurso a la anticoncepción, la esterilización, el aborto y la misma eutanasia como un signo de progreso y conquista de libertad, mientras muestran como enemigas de la libertad y del progreso las posiciones incondicionales a favor de la vida (Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, n. 17).

¿Qué dice el mundo sobre el aborto?

Esta cultura de muerte continúa siendo muy insidiosa a nivel mundial, en las legislaciones y en los



medios de comunicación. Me parecen significativos tres casos actuales: Irlanda, Argentina y México.

Irlanda despenalizó el aborto con un referéndum el pasado 25 de mayo de 2018. El 66,4 % de los votos optó por eliminar la octava enmienda de su Constitución, que desde 1983 garantizaba de igual manera el derecho a la vida del feto y de la madre. Muchos celebraban que Irlanda por fin rompiera con su pasado y culminara su modernización social. Su primer ministro, Leo Varadkar, destacó que tendrían «una constitución moderna para un país moderno». Otros líderes europeos como la primera ministra británica Theresa May o el presidente francés Emmanuel Macron, mandaron sus felicitaciones. Macron declaraba: «Irlanda ha hecho historia otra vez. Este voto será un símbolo esencial de la libertad de las mujeres». La prensa generalista occidental exultaba con la ruptura del último tabú irlandés.

En Argentina se intentó legalizar el aborto. En una primera fase, el 15 de junio pasado, la cámara de diputados lo había aprobado con un estrecho margen de votos, pero en la segunda fase, el 9 de agosto, la cámara de senadores rechazó definitivamente la propuesta con otro estrecho margen de votos. Algunos ecos internacionales fueron agrídulces: «Las 38 senadoras y senadores que acaban de votar en contra del proyecto de interrupción voluntaria del embarazo hicieron oídos sordos al grito de millones de mujeres que claman libertad en Argentina... Votaron por el pasado... Más temprano que tarde, conquistaremos la libertad sobre nuestros cuerpos» (El País, 10 de agosto de 2018).

Y es que con Argentina se esperaba un cambio

de tendencia en América Latina y el Caribe, continente tachado de ultraconservador por algunos medios y organizaciones internacionales. Según eso está pendiente «una gran deuda de libertad con las mujeres». Se escandalizan de que solamente 3 de sus 49 países hayan legalizado el aborto (Cuba, Uruguay y Guyana, además de la Ciudad de México) y de que otros 3 lo prohíban totalmente so pena de cárcel (El Salvador, Nicaragua y República Dominicana). Y ahora mismo algunos están intentando zanjar esa «deuda de libertad» en otro país de la región: México.

En 2007 el aborto se despenalizó en la Ciudad de México durante las primeras 12 semanas del embarazo. Desde el 2009, por el contrario, 19 estados de 32 han reformado sus constituciones para blindar la vida desde su concepción. Y en estos últimos meses, algunos diputados y senadores de Morena, partido del presidente electo Andrés Manuel López Obrador, han ofrecido legalizar el aborto en todo el país. Por eso algunas asociaciones han pedido a López Obrador que se deslinde de la agenda que quiere imponer el aborto, ya que este tema no figuraba en su campaña electoral, además de que piden respeto a la voluntad de más de un millón de personas que se manifestaron en más de cien ciudades el pasado 20 de octubre («Ola Celeste México»).

¿Qué dice el Papa Francisco sobre el aborto?

Cabe preguntarse qué piensa y qué ha dicho el Papa Francisco. Su encíclica *Laudato si* (24 de mayo de 2015), por ejemplo, trató sobre el cuidado de la casa común, el planeta y la naturaleza, suscitando gran apoyo internacional y la gratitud de varias ONG como Greenpeace. En tal encíclica también hablaba de una ecología integral que incluía al mismo ser humano. Un párrafo se refería a la cuestión del aborto:

Dado que todo está relacionado, tampoco es compatible la defensa de la naturaleza con la justificación del aborto. No parece factible un camino educativo para acoger a los seres débiles que nos rodean, que a veces son molestos o inoportunos, si no se protege a un embrión humano aunque su llegada sea causa de molestias y dificultades (Francisco, *Laudato si*, n. 120).

Es cierto que el Papa Francisco había hablado poco del aborto y temas similares: «Yo no he hablado mucho de estas cuestiones y he recibido reproches por ello. Pero si se habla de estas cosas hay que hacerlo en



un contexto. Por lo demás, ya conocemos la opinión de la Iglesia y yo soy hijo de la Iglesia, pero no es necesario estar hablando de estas cosas sin cesar» (Entrevista de Antonio Spadaro al Papa Francisco, 19 de agosto de 2013). Por lo que, en conformidad, podemos constatar la mención del aborto en su encíclica en el contexto de una ecología integral.

Y recientemente sorprendió con dos declaraciones fuertes. La primera el verano pasado:

Cuando era joven, la maestra nos enseñaba historia y nos decía qué hacían los espartanos cuando nacía un niño con malformaciones: lo llevaban a la montaña y lo tiraban, para cuidar «la pureza de la raza». Y nosotros nos quedábamos sorprendidos: «Pero cómo, cómo se puede hacer esto, ¡pobres niños!». Era una atrocidad. Hoy hacemos lo mismo. ¿Vosotros os habéis preguntado por qué no se ven muchos enanos por la calle? Porque el protocolo de muchos médicos —muchos, no todos— es hacer la pregunta: «¿Viene mal?». Lo digo con dolor. En el siglo pasado todo el mundo estaba escandalizado por lo que hacían los nazis para cuidar la pureza de la raza. Hoy hacemos lo mismo, pero con guante blanco (Francisco, Discurso a la Delegación del Foro de Asociaciones Familiares, 16 de junio de 2018).

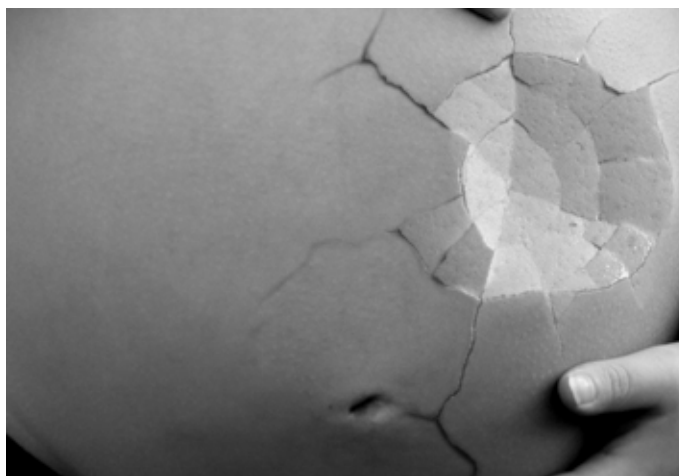
La segunda declaración fue en una catequesis semanal de octubre. Había estado tratando los diez mandamientos de la Ley de Dios y, al llegar al quinto mandamiento, «No matarás», tocó el aborto:

Un punto de vista contradictorio consiente también la supresión de la vida humana en el seno materno en nombre de la salvaguarda de otros derechos. Pero, ¿cómo puede ser terapéutico, civilizado, o simplemente humano un acto que suprime la vida inocente e indefensa en su florecimiento? Yo os pregunto: ¿Es justo «quitar de en medio» una vida humana para resolver un problema? ¿Es justo contratar a un sicario para resolver un problema? No se puede, no es justo «quitar de en medio» a un ser humano, aunque sea pequeño, para resolver un problema. Es como contratar a un sicario para resolver un problema (Francisco, Audiencia general del 10 de octubre de 2018). Estas dos declaraciones no pasaron desapercibidas. Algunos medios se extrañaban de estas durísimas palabras del Papa y se lamentaban de que, aunque había «progresado» en otros temas en consonancia con el desarrollo de la sociedad, en otros como el aborto no se diese el más mínimo cambio.

Es muy apreciado que el papa Francisco haya insistido en el aspecto de la misericordia, de las «periferias existenciales», de acoger a todo pecador. Sin embargo, esto no ha significado relativizar los pecados en sí mismos y mucho menos cambiar la doctrina moral. Con relación al aborto, hace dos años facilitó su perdón extendiendo la facultad de absolver este pecado a todos los sacerdotes, lo cual estaba reservado a los obispos. Sus intenciones fueron claras:

Quiero enfatizar con todas mis fuerzas que el aborto es un pecado grave, porque pone fin a una vida humana inocente. Con la misma fuerza, sin embargo, puedo y debo afirmar que no existe ningún pecado que la misericordia de Dios no pueda alcanzar y destruir, allí donde encuentra un corazón arrepentido que pide reconciliarse con el Padre. Por tanto, que cada sacerdote sea guía, apoyo y alivio a la hora de acompañar a los penitentes en este camino de reconciliación especial (Francisco, Carta apostólica Misericordia et misera, 20 de noviembre de 2016).

En todo esto verificamos que el Papa Francisco sin duda es hijo de la Iglesia. De modo claro y oportuno ha condenado el aborto. Se agradece mucho esta orientación necesaria, pues no debemos ser ingenuos ante el avance de la «cultura de la muerte». Ojalá que la enseñanza certera de la Iglesia y del Papa remueva al menos las conciencias de los propios católicos.







[www.centrologos.org](http://www.centrologos.org)